

La Explotación del Volcán

Octavio Hernández Jiménez



Universidad de Caldas - Fondo Editorial
Manizales - Colombia

LA EXPLOTACIÓN DEL VOLCÁN

OCTAVIO HERNÁNDEZ JIMÉNEZ

*Ángela y Cecilia:
Niñas de mis ojos.*

“Ni los diluvios, ni las pestes, ni las hambrunas, ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos, han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte”.

Gabriel García Márquez,

Estocolmo, 1982

TABLA DE CONTENIDO

MIÉRCOLES DE CENIZA	6
JUEVES DE PASIÓN	16
HOGUERA DE PALABRA	24
“CONSUMMATUM EST”	39
LA MÁSCARA DE LODO	60
LA VOZ DE UNA CORNETA	84
LA PALABRA CIFRADA	110
RESURREXIT	127

MIÉRCOLES DE CENIZA



El pavimento de la plaza de Bolívar estaba cubierto de un polvillo gris como si hubiesen vaciado sacos de cemento en la planicie ceremonial. Ese color cubría los techos ubicuos de la Catedral que así lucía más nueva. Los muñecos desnudos del Banco Central Hipotecario se notaban tan sucios como la estatua de Bolívar y los apóstoles del atrio. Una señora atravesó la Plaza diciendo en voz alta: - *Todas las cosas amanecieron como para limpiarlas con un trapo.*

La gente iba congregándose en distintos puntos de la Plaza para comentar acerca de la impertinente lluvia de ceniza que, desde la una de la tarde del miércoles once de septiembre de mil novecientos ochenta y cinco, cayó sobre ciudades,

pueblos y campos de Caldas, Risaralda, Quindío y Valle. En Manizales el fenómeno fue de menor intensidad que en Chinchiná, Pereira y el Occidente, aunque estamos a 24 kilómetros en línea recta del Cráter Arenas del Volcán Nevado de El Ruiz. El impulso de la expulsión hizo que la ceniza fuera a caer, con toda intensidad, más lejos, en dirección sur occidental.

Estos acontecimientos sirven para aprender geografía, anotó un compañero cuando oyó decir que en Colombia existen 38 volcanes, 10 de los cuales están más o menos activos, y que el flamante Ruiz no era solo Nevado; que el Cráter Arenas había recibido el nombre en honor de Carlos Julio Arenas, un empleado del Instituto Agustín Codazzi quien, en 1959, lo fotografió y lo denunció ante organismos competentes, con las siguientes especificaciones: Mil metros de diámetro y doscientos de profundidad aunque, en la edición del domingo 29 de diciembre de 1985, página 1A, el diario La Patria sostenga que “ en la actualidad la boca del volcán tiene un diámetro de 600 metros; en el fondo es de aproximadamente 130 metros y la profundidad oscila entre 180 y 130 metros”.

Es tan amplia y profunda la ignorancia de los colombianos, y en especial de los medios masivos de información sobre la Geografía Nacional que, después de los acontecimientos, Andrés Hurtado García presentó este desconcertante panorama:

¿Cuál es el Nevado del Ruiz? Para “El Mundo” de Medellín es el Nevado del Tolima, según una foto que publicaron. Para “Occidente” de Cali, El Ruiz que explotó es la Olleta, el cono arenoso apagado. Para el “Noticiero Promec” es el Nevado del Tolima. Nos lo mostraron en bellísimas tomas como si fuera El Ruiz. Para el diario “5 P. M.” es el cono inofensivo de la Olleta y también es la Sierra Nevada del Cocuy, según fotos del Anuario Turístico Colombiano... ¿cuál Ruiz, si tiene 5.270 metros y no los 5.400 que siempre endilga el Codazzi?

De buena o mala fe, hubo periodistas que se empeñaron en explotar la verdad, el error, la mentira, el engaño, la ignorancia, la duda, la conjetura y el miedo.

Allí, en la Plaza, supe que no sólo el viento dispersó la ceniza más allá de la capital caldense sino que los nervios de los manizaleños eran menores que los del resto de colombianos. La realidad social era casi normal, y no tan alarmante como la presentaban las noticias de la radio, la televisión y la prensa que exacerbaban la delirante imaginación de los consumidores de esos medios de información. Desde hace nueve meses venimos riendo de las desgracias que nuestros compatriotas nos endilgan, con cierta complacencia confusa... Tenemos que

calmar a quienes nos llaman de otras ciudades y sonreír ante el rostro y las palabras crucificadas de los presentadores de la televisión.

El Volcán dejó de expeler ceniza a las siete de la noche que, por su volatilidad demoró casi doce horas en asentarse. A las diez de la noche las gentes salían a curiosear. Observando las bombillas, en las avenidas, parecía que flotase una distraída nube de polvo enredada en la luz y sin poder caer del todo. Vi un grupo de señoras que contemplaba una lámpara al trasluz como si se les hubiese aparecido la Virgen de Manizales en persona. O la Virgen del Apocalipsis. Más tarde contaron que muchas personas se acostaron con el temor de repetir escenas de las películas de Semana Santa, con la explosión del Vesubio y la destrucción de Pompeya. Nadie quiere repetir, dos mil años después, las escenas que han explotado el cine y las novelas. Mi mamá, anoche, en vez de ponerse a contemplar o comentar con las vecinas el suceso, le dijo a mi hermana con la candidez del caso: - *Cecilia, guarda las frutas en la nevera para que no se empolven.* Tenía la certidumbre de saborearlas otro día menos sucio.

Varios dueños de carros no los lavaron por precaución, para no rayarlos, pues la ceniza es roca pulverizada, o como señal de distinción. Ni porque hubiese descendido maná para ellos solos. Al fin y al cabo estábamos ingresando en la onda meteorológica más curiosa percibida por estos lados de Colombia, en una época de pesadillas. Un manizaleño de tuerca y tornillo comentaba como si se tratase de una nueva maravilla universal: - *No demorará esta ciudad en convertirse en lugar de peregrinación, estudio y turismo para conocer las fosas nasales de la tierra.*

La ocurrencia del caballero podría tomarse como una profecía funesta, aunque él no quiso imprimirle ese carácter que luego los acontecimientos nos tentarían a darle. Por lo visto, partiendo de lo sucedido y mirando hacia atrás, es fácil ser profeta. Consiste en poner a funcionar al máximo el poder de la intuición y luego expresarse en lenguaje esotérico como si dijese: - *Las líneas curvas se ven forzadas a juntarse en alguna parte, a finales del año.*

Sin embargo, es curioso observar que el profetismo fue uno de los argumentos presentados por los caldenses al gobierno central para lograr la fundación de la Facultad de Geología y Minas en la Universidad de Caldas: En el año de 1983, se presentó el proyecto encaminado al estudio científico del Nevado de El Ruiz, de sus expectativas mineralógicas y térmicas. La Facultad arrancó con todas las campanillas y, como lo dijo un estudiante de la misma Alma Máter, no fue sino que los geólogos empezaran a escarbar con un palito los cráteres dormidos para que los torearán así como están hoy. La coincidencia es comentada por los viejos: - *Desde 1916, no salía azufre en tal cantidad, no estaban pasadas las noches lluviosas a olores infernales y no se escuchaban tantos ruidos en los alrededores del Ruiz.*

Abrieron las puertas de la nueva Facultad, empezaron a llegar científicos y personajes de esos menesteres emparentados con la alquimia y el misterio y se alborotó el fogoncito que habría de cobrar caro las ocurrencias de los primeros aguiluchos.

En otro corrillo de la Plaza, en la mañana abochornada de este jueves doce de septiembre, comentaban que nunca antes los voceadores de la ciencia habían estado tan de moda como hoy. - *Hablan más que un perdido cuando aparece.* Mantienen desde ayer ocupados los micrófonos y cámaras de televisión para dar declaraciones tan sagaces como ésta: - *No hay qué temer. Con esta lluvia de cenizas es posible que suceda una de estas dos posibilidades: Que se calme el Volcán o que se produzca una explosión mayor. Si se produce la explosión podría suceder una de estas dos posibilidades: Que sea leve o desastrosa. Si es desastrosa podría suceder una de estas dos posibilidades: Que el desastre sea hacia el Tolima o hacia Caldas. Pero si es el lado del Caldas podría suceder una de estas dos posibilidades... En todo caso, las autoridades deben tomar precauciones, aunque las probabilidades sean las dos cada diez mil años.* El tono utilizado por las autoridades civiles del departamento y el municipio era el mismo de los científicos: - *No existe razón suficiente para perder la calma.*

Aunque los científicos tienen controlada la situación, deben tomarse las siguientes medidas: Evitar salidas precipitadas de los espacios cerrados y almacenar agua pues se pueden romper o taquear las redes de distribución. Los tanques del acueducto municipal fueron cubiertos con plásticos para evitar que la ceniza destruya la tubería. Esta mañana, por la radio, un geólogo de la Central Hidroeléctrica de Caldas (CHEC) recordó a los Bomberos, Defensa Civil, Cruz Roja, Hospitales, Policía, Ejército y demás entidades afines, con el tono utilizado por el médico para comunicarle a la familia la gravedad del paciente, que deben permanecer en estado de alerta, aunque se crea que la situación no empeorará más. Y remató con la arcaica y castiza versión hispánica de la Ley de Murphy: - *No hay situación por mala que sea que no sea susceptible de empeorar.*

La única autoridad que no se ha pronunciado es la eclesiástica y es un mal síntoma, según los observadores, en un país en donde no se mueve una hoja sin su aquiescencia. Hace quince días se llevó a cabo, en Manizales, el VII Festival Internacional de Teatro, con la participación de once países de América y Europa y, que conste, contra la voluntad de Arzobispo Pimiento. Si por él fuera no se representaría a Aristófanes, Plauto, Moliere, Brecht, críticos mordaces de sus tiempos, y hasta ni existiría el Teatro Fundadores, templo mayor de la farsa. “Si la risa es la distracción de la plebe, la licencia de la plebe debe ser refrenada y humillada y atemorizada mediante la severidad”. (Humberto Eco, El nombre de la Rosa, 1984, p.487). Aves de la agüero creen que, por haber contradicho a su Excelencia, el Volcán acaba de bostezar. El Cráter Arenas sería, para su gusto, un invento diabólico para adelantarles en vida el infierno a los amantes de las artes

escénicas. Y, ¿si sucumben Sansón con todos los filisteos? La jerarquía eclesiástica esta tan desentendida de estos menesteres geofísicos y sociológicos que, el domingo ocho de septiembre, por las carreras más importantes de la capital de Caldas, puso en marcha la tradicionalísima Procesión del Corazón de Jesús, con participación de la mayoría de los municipios caldenses, con banderas y bandas marciales y con el propósito de “pedir al Patrono de Colombia, por la paz de la Patria” pero, en ningún momento, los organizadores imploraron para que cesara ese pestilente olor a infierno ni para que no cayesen piedras sobre la “pobre humanidad agobiada y doliente”. En 1547, según los cronistas coloniales, en Cartago y Toro pretendieron calmar la ira divina y del “Volcán de Cartago”, con procesiones y rogativas. Se le dio el nombre de Volcán de Cartago porque aún no habían hecho otras fundaciones de carácter hispánico, en el contorno. Selvas y pueblos indígenas dispersos, combatiendo o huyendo. Hoy, jueves, las elegantes banderas de los países latinoamericanos que cuelgan de la fachada de la Catedral muestran el deterioro producido por la lluvia de ceniza.

La autoridad civil ha programado para el lunes dieciséis, en la Gobernación frente a esta Plaza, una reunión para deliberar sobre este fenómeno. Un grupo cuchichea al pie del palacio amarillo sobre las conclusiones que los cuatro gobernadores de Caldas, Risaralda, Quindío y Tolima, podrán anunciar al finalizar la cumbre de emergencia: *Decrétese la ilegalidad de la explosión y prohibase terminantemente la alteración del orden cósmico. Publíquese y cúmplase.* Y para que no se diga que lo anterior es un mal chiste de los manizaleños, transcribo el siguiente documento, plagado de errores e imprecisiones inexcusables, emanado del Ministerio de Educación Nacional:

Bogotá, agosto 21 de 1985. Gobernador Jaime (era Pablo) Muñoz. Gobernador del Departamento. Manizales, Caldas, Señor Gobernador: Por considerarlo de gran interés no sólo para la institución (sic) a su cargo sino para los habitantes de Manizales y sus alrededores y con el fin de que ese instituto (sic) presente a través de esta Oficina una solicitud a la UNESCO para evitar que el Volcán del Ruiz se reactive (sic), remito adjunto a la presente la comunicación número 509/85 del 26 de junio, suscrita por nuestro (sic) embajador delegado permanente de Colombia ante la UNESCO y su anexos. En espera de su respuesta y sin otro particular, de Usted cordialmente, Olga Navia Tejada, Jefe Oficina de Relaciones Internacionales, Ministerio de Educación (sic) (La Patria, 29-XII-1985, Resumen Local, p.3).

A un propietario de cafetales esta lluvia penitencial le ha parecido una abonada gratis en esta época de escaso dinero para adquirir los carísimos productos químicos. - ¡Si tiene azufre combatirá la plaga de la roya! La roya cubre el noventa

por ciento de los cafetales del Gran Caldas. Para muchos es axiomático que las cenizas de El Ruiz, descompuestas en un largo proceso de millones de años, han sido unas de las causas de la fertilidad de las tierras, a pesar del susto que siempre han infundido a los habitantes de estas vertientes.

Desde mi niñez oí hablar de El León Dormido a los maestros de la escuela; según ellos, cuando al Occidente llegaron los colonizadores antioqueños y del norte de Caldas, encontraron en regiones tan apartadas del Volcán, como en San José de Caldas, ubicado en la tierra de la tarde, piedras enormes en las altas horquetas de árboles centenarios. Una referencia similar escuché a la Abuela María de los Ángeles quien, en 1916, al salir de la cocina al patio contempló la mañana oscurecida y las plantas de la huerta agobiadas de ceniza. Antes, había escuchado unos ruidos dentro de la tierra por lo que ella concluyó sabiamente: - *Este planeta está aún por hacer*. Lo más tétrico de su relato era la lluvia de golondrinas que, en bandada cruzaban el aire y, de un momento a otro, se estrellaron contra el atrio y la plaza del pueblo, al respirar las partículas de las cenizas y los gases de la explosión.

Por la mañana llamaron de varias partes del país, averiguando si aún estábamos vivos. Por el tono de las noticias llegaron a dudarlos. En Apía, puerta hacia el Pacífico, las monjas de la Normal pusieron a las alumnas a barrer el hermoso patio para no ensuciar los salones de maderas enceradas y brillantes y a limpiar las anchas hojas de las matas decorativas de esa capa gris que las podía quemar. En el norte del Tolima barrían la ceniza de los techos para que no se desplomaran.

El bochorno continúa ascendiendo, en esta mañana. La gente se aglomera a escuchar informes. Las cenizas están conformadas por cuarzo, plagioclasa (sodio, calcio, silicio, oxígeno) y anfíbol (hierro, magnesio, sodio, silicio y oxígeno), vidrio volcánico pulverizado y zucón. Pero, estos datos dejan apáticas a las personas que murmuran: - *Eso lo encontramos en los libros. Necesitamos diagnósticos con miras futuras*. Nadie quiere aceptar que los geólogos no sean médicos de su propio objeto de estudio. - *¿De qué nos sirven esos datos tan precisos, más precisos o menos precisos a la hora de salir corriendo?* Se repite aquello de que la ignorancia es atrevida. Cincuenta por ciento de ignorancia y cincuenta por ciento de miedo. Es más atractivo escuchar que la fumarola (una palabreja que se convertirá en el vapor de nuestro aliento por el resto del año), se elevó como un hongo atómico a 2.500 metros de altura. Cuando se esclarezca el firmamento lucirá como un penacho de humo blanco en una casita de campo. En la tarde cayó una tempestad adornada de truenos y relámpagos que prosiguió en forma de lluvia pertinaz. Para avanzar había que romper la niebla.

Este jueves de ceniza, en el atrio de la Catedral, un grupo de mujeres cuchicheaban: - *El principal problema está en que si llega a explotar con más fuerza el*

volcán, podemos quedarnos sin televisión, pues, ahí cerca, quedan las antenas repetidoras. Para otra, - el problema estaría en que las truchas de la Laguna del Otún pueden morir por envenenamiento... y a mí que tanto me gusta en salsa. La de más allá comentó que a su amiga la llamo el hijo de vive en Estados Unidos invitándola a irse para allá. - ¡Que dicha!, concluyeron todas. Allá el acontecimiento es tan famoso como el S.I.D.A., una enfermedad reciente de transmisión sexual que germinó en países ricos y que, como siempre, achacan a los países pobres y que amenaza con volver a poner de moda el condón de castidad. Se atreven a catalogarla como la peste del siglo XX y, de no encontrarse pronto remedio, los más pesimistas profetizan un retorno a la Edad Media en asuntos sexuales (al final del año los jóvenes encontrarán una relación humorística entre el SIDA y el Volcán).

En los televisores exhibidos en las vitrinas de los almacenes, grupos de curiosos observaban los noticieros ilustrados con videos, ya en colores, captados en los alrededores de El Ruiz. Uno comentó: - *Palabra que me quedé sin conocer el Nevado. No ve que, según las noticias, de la blanquísima nieve no quedan si no las postales. Cuentan que el Nevado es una roca pelada debido al deshielo que ha hecho crecer los cauces de ríos y quebradas.*

En “Obras Inéditas”, de don Manuel Pombo, prologadas por Ñito Restrepo, en 1914, el autor se detiene en otra explosión de El Ruiz, mucho más cercana que la de 1547: *“Una de las masas de tierra precipitadas desde El Ruiz, ocasionó, en 1845, la formidable inundación del Lagunilla. Obstruyó ella, por cinco días, el curso del río, el que luego arrastró, hacia el valle, un torrente de lodo, grandes piedras y árboles arrancados de cuajo y cubrió hasta la techumbre de las casas. Muchas gentes pudieron huir, advertidas por el ruido que se oía en El Ruiz; pero de las que no lo hicieron, perecieron muchas arrebatadas por la inundación, y muchas de hambre y sed, privadas de todo auxilio, en las copas de los árboles que sobresalían en aquel océano de barro. Según datos suministrados por personas competentes, esta inundación elevó el piso 3 metros y 20 centímetros, en cerca de 70 kilómetros cuadrados, de modo que la materia acarreada del Ruiz puede estimarse en 300.000 metros cúbicos”.* Se transcribe el texto anterior, como advertencia y con miras a tomar decisiones acertadas. De no tener en cuenta los relatos autorizados de los mayores, nos veremos obligados a repetir lo ocurrido.

En este 1985, se teme, vagarosamente, por la población. La erupción de 1845, según el Padre Goberna, Director del Instituto Geofísico de los Andes, produjo mil víctimas, sobre todo en el sector tolimense que es actualmente es el más tranquilo aunque debería estar preocupado ya que una borrasca inusitada en el río Lagunilla desbarató el acueducto de Armero por lo que entró en reparaciones. El Lagunilla rodea, como cinturón amenazante, la edénica población de tierra caliente. Según otro informador, dos mil cabezas de ganado vacuno serán evacuadas de las haciendas de tierra fría debido a la costra de ceniza que cubre los pastizales e impide que los ganados puedan alimentarse pues, al absorber ese

polvo, se producen ulceraciones en sus trompas. El Gobierno y los científicos aspiran al liderato de la tranquilidad. - *No hay de qué alarmarse, continúan repitiendo.* El sacerdote jesuita que estudió las tempestades y ciclones en Cuba y ahora los terremotos en Colombia en donde ejerce la dirección del Instituto Geofísico de los Andes, tampoco se muestra muy preocupado. Como si presintieran que no le tocarán más cataclismos. Por su avanzada edad, no le asustan los espantos.

Un curioso se retiró del corrillo mascullando: - *Primero asustan a la gente con las imágenes y luego tratan de calmarla con las palabras.* Alguien que aún logra conservar el humor preguntó a todos: - *Saben ¿cuál es el disco de moda? Pues “Cenizas al Viento”, canción de José A. Morales, de moda por estas calendas, en la que se refiere a un amor imposible. Buen título para esta emergencia.*

Dos personas atravesaron sonriendo la Plaza de Bolívar. Una comentó: - *Estamos a punto de convertirnos en la Pompeya del siglo XX y ojalá no nos coja como a los pompeyanos.* - *¿Cómo?* - *En pelota. Por estos días la primera recomendación de las autoridades si no fueran hipócritas debería ser: Caldenses: Es conveniente dormir con pijama.* El interlocutor le acotó: - *O, por lo menos, tenerla a la mano.* El otro le devolvió esta candorosa pregunta: - *¿A quién?*

Sin embargo, el desasosiego empieza a rondar entre las gentes. - *¿Si ven? El timbre sonoro del reloj catedralicio no suena.* Y esto es como dañarse para muchos el condicionamiento social. Un desbarajuste.

La confusión que se ha ido apoderando de los manizaleños es digan de la más estridente caricatura: dos señoras salían con sendas lámparas del almacén en medio de un gran alboroto: - *Esto no se comprende, decían. Primero, que paz. Luego anunciaron que deberíamos proveernos de velas con el propósito de afrontar la oscuridad en el caso de que se vaya la energía eléctrica a causa de un terremoto. Después de haber vendido toda la existencia de velas en las tiendas, vienen con el cuento de que no se puede encender fogones, ni siquiera fósforos, pues podría prenderse la atmósfera impregnada de gases emanados en la explosión volcánica... Y eso equivaldría a una explosión atómica. Esta campaña debe haber sido adelantada por una fábrica de pilas.*

El Presidente de la República declaró que, desde principios de 1985, impartió órdenes para que científicos europeos, gringos y japoneses viniesen y tomaran medidas como lo demuestra la carta de marras, fechada en agosto. Entonces, ¿Por qué nos ha cogido este suceso en la más absoluta ignorancia? Parece que la improvisación es divisa nacional colombiana.

En la práctica, si mucho, prohibieron a los aviadores que sobrevolaran el Nevado y los alejaron a cincuenta millas para evitar que las cenizas penetren en las turbinas y derriben los aviones. Noticias como éstas han continuando calentando

la cabeza del pueblo colombiano. No se sabe qué pensar, ni qué decir, ni para dónde coger.

El Padre Goberna dijo ante las cámaras de televisión lo más razonable que haya escuchado en esta batahola: - *No se puede predecir qué nos depara el futuro ya que fenómenos naturales tienen un tiempo distinto al nuestro; es más amplio. No podemos pensar que un año humano sea mucho para un fenómeno natural. Puede que haya empezado a fraguarse una cadena de síntomas que se desencadene, por fin, al cabo de milenios.*

El Padre Goberna está tan perplejo y ambiguo como el Canónigo Ignacio Margallo Duquesne quien, a comienzos del Siglo XIX, lanzó esta profecía:

El 31 de agosto

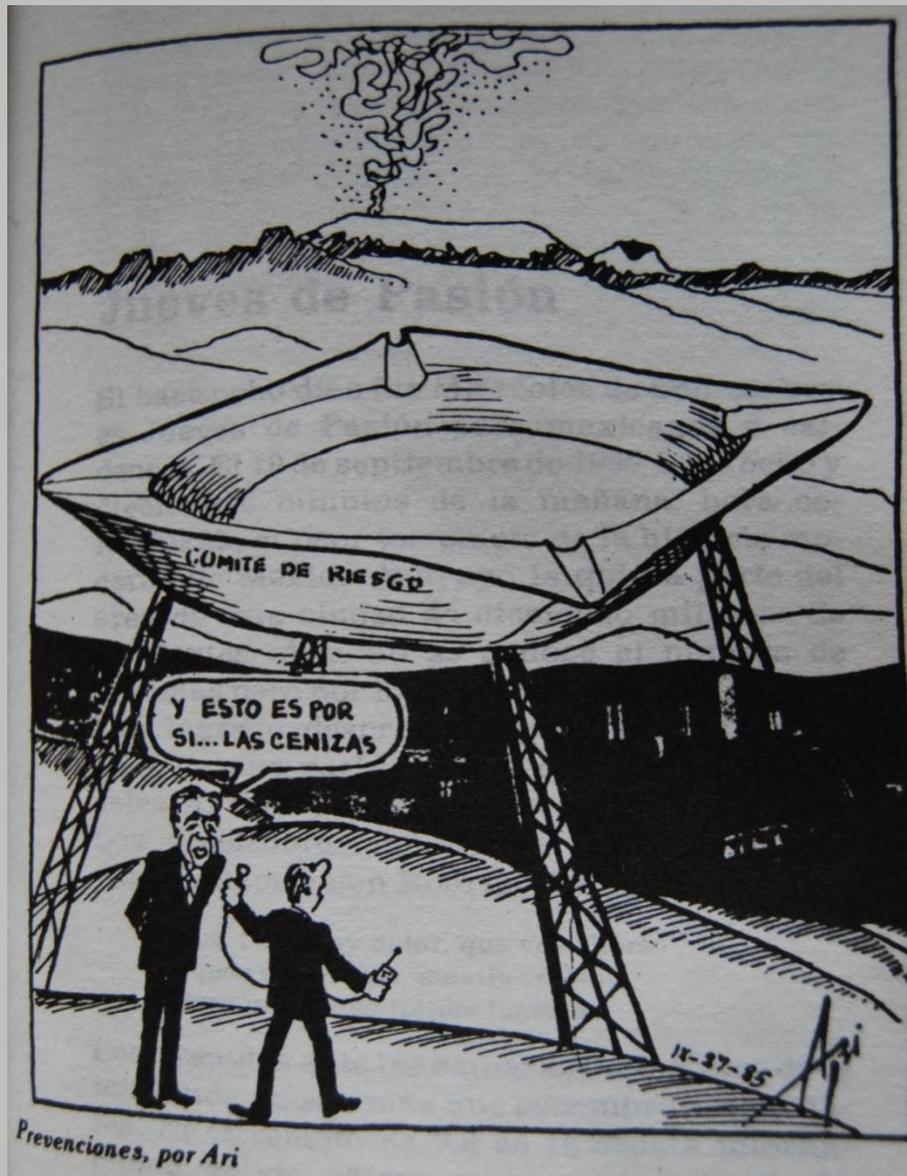
De un año que no diré

Sucesivos terremotos

destruirán a Santafé.

Empezamos a transitar los predios escabrosos de una Cultura del Desastre.

JUEVES DE PASIÓN



Si hace ocho días fue Miércoles de Ceniza, hoy es Jueves de Pasión, para mexicanos y caldenses. El 19 de septiembre de 1985, a las ocho y diecinueve minutos de la mañana, hora colombiana, el peor terremoto de la historia moderna de México destruyó la quinta parte del área de ese distrito de dieciocho millones de habitantes. Aún no se conoce el número de víctimas pero, por lo que la radio y la televisión han logrado describir, narrar y mostrar, se trata de una

catástrofe de dimensiones colosales. El centro histórico parece que resultó muy afectado. Los alrededores del Zócalo quedaron como para exclamar con Rodrigo Caro: “Estos, Fabio, ay dolor, que ves ahora/ Campos de soledad, mustio collado,/ Fueron un tiempo Itálica famosa...”

Ante las cámaras indiscretas de la televisión, las principales avenidas de la capital mexicana no son más que escombros imperiales. El terremoto de 7,8 grados, en la escala internacional, volvió añicos monumentos gloriosos para tres culturas. Edificios enhiestos reposaban de lado como vacas descaderadas. El daño para el patrimonio cultural del mundo supera con creces las pérdidas de Popayán, la Roma colombiana, por el terremoto, a las ocho y trece minutos de la mañana del Jueves Santo, treinta y uno de marzo de 1983. La ruina es la vocación del ser. La catarata en que se precipita el río de Heráclito.

Lo más cruel para todos los caldenses ha sido constatar con la noticia de México que llega un momento en el que el aguante no aguanta, se revienta y, por tanto no es extraño que en este día haya personas traspasando el umbral del drama. Se han puesto a pensar con el presentimiento y ya se sabe que es esto es desolador. Para muchas personas no hay duda que la catástrofe mexicana es un preludio de la explosión de El Ruiz. Se mira el Nevado como a un heraldo amenazante. “Los heraldos negros”. La gente no se reúne en corrillos. Comenta aisladamente, en voz baja, con pocas palabras, con la comisura de los labios apretada para impedir que se escape el vapor contenido. Regresamos a la etapa mítica del lenguaje, en la prehistoria, cuando se creía que evocar un fenómeno natural equivalía a provocarlo. ¡Conjurar la palabra!

Una señora paso al apartamento del lado para expresar: - *Es imposible que el gobierno nos deje perecer con en México.* Otra señora llamó a casa para comunicar que el Papa Juan Pablo II envió un mensaje a los católicos caldenses, pero lo curioso es que aún no se conoce su contenido. Quieren hacer de un telegrama protocolario otro mensaje de Fátima. Mi mamá, un tanto escéptica, se limitó a opinar: - *¿El Papa no tendrá folios con Dios como para conseguirnos un milagrito?*

Las noticias provenientes de México se han ido agrandando como una sombra. Pasaron de moda las fotografías de la fumarola y ya no se habla en la radio y en la T.V. si no de muertos y, respecto al Volcán, empieza a configurarse, como una sospecha, la idea de un deshielo de los glaciares que se creían perpetuos.

Los verbos cuando se trata del Nevado empiezan a conjugarse en pasado: *Hubo, fue, había,* que emborrachaban con su nostalgia los textos de las fotografías del diario La Patria, como la de un perro pastor de El Refugio fulminado por el ángel de azufre, la soledad o el hambre. Las legumbres empiezan a escasear. La imaginación del pueblo se confabula: los correveidiles anuncian que - *el agua*

potable está en el punto máximo de saturación permitida. No se hará esperar el cáncer duodenal. Dizque hay propietarios ofreciendo a menos precio sus domicilios, pero no hay quien compre. Lo malo es que las famosas gangas no se presentan a uno o a los fabuladores.

La pregunta constante es: *¿El terremoto de México complica nuestra situación?* Hay quienes creemos que nos podría favorecer, si pensamos que es una forma de la liberación de energía que, de otra forma, se liberaría por el fuego o la lava. Mi mamá infunde tranquilidad con posiciones tan curiosas como esta: *- Seguiré bordando este mantel porque si nos ponemos a esperar desgracias que no sucedan, este mundo se va a paralizar.*

De los nervios compulsivos, nuestra sociedad en general pasó a una resignación estúpida como si estuviese contando los minutos que le separan del apocalipsis. El ritmo de rendimiento laboral, económico, vital y hasta amoroso, según cuentan, ha decaído. Hasta se evaporó el humor, que es la peor desgracia que nos puede pasar. Ni siquiera los 32 grados de temperatura despertaron el goce del verano en Manizales. En cambio las personas están sudando a chorros por la inminencia del deshielo. El hermano sol es hoy nuestro hermanastro. Tal vez la furia con que muchas personas tratan el planeta verde, sea una disposición inconsciente heredada de la desconfianza con que generaciones precedentes contemplaron la tierra. Hoy, nada menos, los medios masivos de comunicación nos han bombardeado con noticias desastrosas provenientes de los cuatro puntos cardinales ante las cuales uno no tiene más escapatoria que declarar como “madrastra” a la anteriormente “madre naturaleza”. Colombia fue el primer país que acudió a México con plasma donado por millares de compatriotas, en las dependencias de la Cruz Roja bogotana; además, alimentos, lámparas, drogas y megáfonos para orientar a vivos y moribundos.

De acuerdo con los más recientes datos, los ciento veinte muertos iniciales se han multiplicado hasta hablarse de tres mil. Las noticias tienen direcciones distintas según los efectos que se quieran alcanzar. Mientras las cifras mexicanas resultan avaras o muy mesuradas, las noticias del Nevado resultan larguísimas.

Habrá que entablar un día un juicio a los medios masivos de información por su responsabilidad en las distorsiones que a diario se escuchan. Hoy nada menos, El Espectador, de Bogotá, publicó una fotografía de El Refugio con El Ruiz al fondo y un pie de foto alarmante: *De lo que era la blanca nieve no queda si no la roca pelada por el deshielo. Tuvieron que apuntalar El Refugio para evitar su desmoronamiento.* Hablé con el fotógrafo sobre el pie de foto y estaba más sorprendido que todos los lectores juntos. No le había tomado la fotografía a la roca pelada si no a la nieve cubierta de ceniza por la erupción del miércoles. El estadero llamado El Refugio no se había apuntalado, a última hora, sino que el estilo arquitectónico incluía

esos parales que en Bogotá vieron como vigas adicionales o tiradas al suelo por la fuerza de la explosión. ¿Qué demonio hace ver lo que no es? Tal vez el diablillo de las ventas. El escándalo ha sido la varita mágica en muchos negocios.

La Patria publicó este jueves un mosaico de fotografías tomadas en los arenales, al pie de la nieve. La leyenda dice que el hielo se ha ido todo abajo. Quienes no reconozcan esos parajes desérticos se van a desvelar. Lo malo es que la policía colocó un retén en “La Esperanza”. No se puede pasar para comprobar la alarma. Prohibida la certeza.

El trueno de este jueves a la doce de la noche se constituyó para muchos en la trompeta del Juicio Final. En el noticiero radial de media noche anunciaron que *tronó*, como si nadie hubiera quedado aturdido en Manizales. Unos desahogan los nervios entre las cobijas y otros a través de los micrófonos.

Hablando de la capital, ni siquiera sus habitantes quieren compartir con el resto de caldenses la pesadilla, la incertidumbre y el infortunio. Los manizaleños se han apropiado no sólo del Nevado sino de la alharaca. Preferirían desaparecer solitarios cuando, en casos como éste, la biología enseña que ante el peligro, las especies se congregan y así logran salir adelante. Aquí no hay *mal de muchos*. Somos impávidos o tacaños con la pena. Y la reacción ajena no se ha dejado esperar. A la reunión de gobernadores en Manizales, los demás mandatarios, incluso el del Tolima, Eduardo Alzate García, que padece la otra mitad de la amenaza, se limitaron a enviar delegados. Según las malas lenguas, en el caso del gobernador del Tolima, sucede que a él le resulta más placentero irse a jugar bolos. En la televisión recomiendan *a los manizaleños* mucha tranquilidad. Nadie piensa que los problemas son universales. Si mucho, se logra avanzar con la mirada hasta Villamaría y Chinchiná. Los demás piensan que ojalá *los manizaleños* tengan razón y el desastre no avance más allá de sus goteras. Para beneficio ajeno.

No corresponde primordialmente a la Informática estudiar el individualismo o aislamiento manizaleño sino a la topografía, a la historia y a la sociología; sin embargo, la Ciencia de la Comunicación sí puede reconocer que los medios masivos como la radio, la televisión y la prensa, han contribuido a fortalecer esa imagen lamentable, en unos y otros. En Salamina durante el fin de semana, tuve la oportunidad de comprobar la masificación de la información y la orientación que los flamantes periodistas les dan a las noticias. Padecían los salamineños dos sentimientos generalizados: angustia por la tragedia mexicana en la que ya han contabilizado cinco mil muertos e impasibilidad absoluta con respecto al fenómeno de El Ruiz. Me preguntaron: - *¿Y ustedes están muy asustados, allá en Manizales? De ustedes no quedará ni el rastro.* Al replicarles que el peligro no era exclusivamente de los manizaleños me respondieron con una lejanía espiritual infinita: - *Pues vénganse para acá, si les da miedo.*

(Pasados 27 años, el periódico local no había sido capaz de abandonar, por nada del mundo, su sempiterno parroquialismo. Con motivo de la fuerte lluvia de ceniza caída el martes 29 de mayo de 2012, en más de cincuenta municipios de los departamentos de Caldas, Risaralda, Quindío, Valle del Cauca (hasta Cali) y Antioquia (suroeste), el periódico manizaleño informó: “Roca en polvo es lo que cae durante la llamada lluvia de ceniza, evento que viene ocurriendo en Manizales desde el pasado martes por el aumento en la actividad del Volcán Nevado del Ruiz” (La Patria, 3 de junio de 2012, p.a). Para ellos, lo que se presente más allá de la carrera 23 no existe).

Por fin hablaron. El domingo 22 de septiembre, el Párroco de la Catedral se refirió a la campaña orquestada contra Manizales y Caldas y, para aplacar el chubasco de nervios, como buen cura párroco, iniciará esta semana las rogativas en honor de la Virgen del Rosario, patrona de la Arquidiócesis. Se puede deducir que leyó algo de esto en la reproducción que de la Historia del Padre Fabo, hizo el periódico local, a comienzos de semana. Si en unos casos la fe remueve montañas en este caso se requiere que la fe conserve la montaña quietecita.

El lunes llovió y la gente se ha intranquilizado tanto como cuando a principios de semana hizo demasiado calor. Ya se comentaba hasta los truenos: - *¿Si oyes ese trueno en cadena que parece que no fuera a terminar? Parece que pasaran por el cielo arrastrando canecas.* En la noche, el aguacero trajo como consecuencia un irritante olor a azufre. La gente se va a acostar pero quién sabe si a dormir: Ese olorcito no deja. En la vida diaria se nota menos tolerancia con los demás. Ayer, el profesor gritó a sus alumnas: - *Yo soy como el Nevado: Primero me derrito y después exploto.* Con esto tuvieron por un buen rato. No se puede mencionar el tema del nevado por que inmediatamente las personas se sumergen en estado depresivo.

Las caricaturas de Fabio Arias (Ari), en el diario La Patria, correspondientes a los días 27 y 28 de septiembre, han traído un aire de sonrisa muy conveniente por estos días. En la primera, el Comité de Riesgos instaló una cenicera gigantesca sobre la ciudad mientras el alcalde Kevin Ángel declara a un periodista: - *“Y esto es por si... las cenizas”.* La segunda es mejor. Pasa una mujer con careta, cenicero en la cabeza, transistor en una mano, linterna en la otra, botiquín a la espalda, pito al cuello, cantimplora al cinto y botas pantaneras. Una curiosa pregunta: - *“¿Es una extraterrestre?”.* La interlocutora responde: - *“No, hija, es una manizaleña sicosiada”.*

Cada uno de los elementos de la caricatura tiene su fundamento en el estado colectivo de nervios: La máscara sería útil en caso de gases letales, el transistor serviría para escuchar las consignas en caso fatal; la cantimplora con agua para sobrevivir bajo las ruinas mientras llegan los cuerpos de rescate; el piro serviría para avisar a los brigadistas en dónde se encuentran sobrevivientes; la lámpara

entraría en uso cuando se haya ido la luz eléctrica; los primeros auxilios, por si uno es socorrista de última hora; las botas de caucho servirían para avanzar entre el lodo o la lava.

Todo lo pintoresco, folclórico o intuitivo del comportamiento popular, fue codificado y lanzado a los cuatro vientos, después de la catástrofe, en este catálogo.

1. Preparación en zonas rurales de refugios en forma de trincheras o túneles horizontales, hechos en barrancos situados a espaldas del volcán, sin visibilidad directa hacia El Ruiz, con puertas formadas de bultos de arena o tierra y ventana mínima para la circulación del aire.
2. Mantenimiento, en estos espacios, de trozos de tela o pañuelos y recipientes con agua para humedecerlos y colocarlos en la nariz para evitar la absorción respiratoria de cenizas y aire caliente.
3. Tener a la mano radio transistor (de pilas) que facilite la recepción de instrucciones e informaciones sobre la emergencia.
4. En las zonas de alto riesgo por flujo de lodo, el síntoma de evacuación será la caída de ceniza o arena, reportada en cualquier municipio localizado alrededor del volcán.
5. Preparación de rastrillos para limpiar techos y evitar su hundimiento o derrumbamiento, por el peso de las cenizas acumuladas.
6. Mantener en permanente funcionamiento los canales información e intensificar las zonas de peligro las jornadas de capacitación (Cadavid, Orlando, El Tiempo, 26 V, 1986 p. 12A).

Como para repetir, una y mil veces, con el poeta Julio Flórez: “Todo nos llega tarde, hasta la muerte”.

Manizales es una ciudad con trescientos cincuenta mil personas, de las que trescientas mil pasan el día y la noche hablando del Nevado, pero no como educación sino en forma de rumor. Los cincuenta mil restantes son infantes que deben estar aterrados viendo las andanzas de los mayores. Los más crecidos ya han recibido instrucciones en los jardines para saber cómo comportarse en una situación apremiante. La Defensa Civil visitó las escuelas y colegios instruyendo el personal sobre las primeras medidas: *Llevar consigo un pañuelo y humedecerlo en caso de gases y olores asfixiantes: solicitar a las madres que tengan lista una maleta con una muda de ropa por cada miembro del hogar para el caso de tener que abandonar precipitadamente la ciudad.*

Esta situación generada por el terremoto de México ha sido bien explotada por los comerciantes. En los almacenes y cooperativas están vendiendo las caretas antiasfixiantes a dos cientos pesos y canecas de plástico para almacenar agua a un mil ochocientos pesos. El cura de la Parroquia en que quede ubicado el

cementerio central dedicó el tiempo de la homilía a espantar a los feligreses con recomendaciones como ésta: *Se debe escribir el nombre de cada miembro del hogar y avisar previamente a la Defensa Civil sobre la existencia en la familia de ciegos o inválidos.* Así nos equipamos mientras la radio cuenta que los muertos en Ciudad de México pueden ascender a siete mil. La pantalla del televisor ofrece al por mayor entierros colectivos y clérigos con caretas rociando agua bendita sobre rígidas bolsas de polietileno.

Los medios masivos de información han logrado eliminar de sus consumidores la imaginación creadora y sólo dejan una rendija a la imaginación reproductora: El pueblo caldense (o manizaleño) piensa que será la futura presa del desastre y hasta han llegado a pensar muchos que se quedarán sin sepultura. Anteriormente toda experiencia era novedosa para quien la padecía; ahora somos mecánicos reproductores de experiencias pre-vividas en cuerpos ajenos y lejanos. Un compañero dijo: - *Tanta bobada; puede que nuestra muerte sea menos penosa que las transmitidas por televisión. ¡Optimista el caballero!*

La tía Teresa no pierde barranca para hacer alusiones; ahora se puso a recordar a la abuela cuando narraba la visita del cometa Halley en 1910 y la lluvia de ceniza y de pájaros muertos en 1916. Los supersticiosos empezaron a imaginar una oscuridad absoluta que duraría cuarenta días y noches. A diferencia de la actualidad, se aprovisionaron de espermas benditas que según la mitología de la época eran las únicas que podían encender. En vez de pitos, caretas y transistores, los de entonces adquirieron kilómetros de lino blanco para cubrir por dentro todas las rendijas de puertas y ventanas y evitar así que penetraran los gases de la muerte. La muerte se combatió en ese tiempo con un humilde cirio bendito. Nosotros nos hemos complicado más, pero en el fondo, seguimos siendo los mismos seres sugestionables.

No puede darse una reunión cualquiera sin que aparezcan los graduados en vulcanología. Son los “*vulcanólobos*” de que hablara Ari en La Patria. Todos los locutores se declararon expertos en semejantes honduras. Tuercen el pescuezo, aclaran la voz y se dan a la tarea de expresar sus pareceres embadurnados de teorías. Seudocientíficos doblados de agoreros. Esto ha traído como consecuencia una parálisis enorme de ciertas áreas de la actividad económica como es la relacionada con el movimiento de finca raíz. Para vender una casa hay que encimar otra. De igual forma, pocos abonados se han acercado a las oficinas de Tesma, la empresa que organiza las corridas de toros en las ferias de enero, a retirar los abonos que han adquirido sin falta cada año. Un empleado de dicha firma me explicó el fenómeno con esta aclaración: - *Fatal ver si resulta toreros españoles dispuestos a enfrentarse a la muerte, no con el toro sino con el Volcán.* Una amiga cortada con las mismas tijeras acotó que está a punto de dañarse el paseo

con las candidatas al Reinado Internacional del Café, a las nieves perpetuas, que resultaron no perpetuas. Más intuitivo fue el comerciante para quien, si la venta de abonos para corridas no mejora en los próximos días, la junta de Fomento y Turismo se verá en la penosa obligación de inventar un pretexto para suspender diplomáticamente la próxima edición ferial.

En semejante caos, mi tía Matilde ha sido, creo yo, la única persona que se levanta a darle gracias a Dios por permitirle extasiarse en la contemplación del Nevado coronado de esa chimenea blanca, *como la alegre cocina de un matrimonio de recién casados. Atizada y con el fogón contento.*

HOGUERA DE PALABRAS



Ayer se cumplieron quince días de la lluvia de ceniza y hoy se cumplen ochos del terremoto de México. De acuerdo con el ciclo en espiral de aparición de un hecho, elevación al rango de acontecimiento, difusión masiva (¡Boom!) al público ávido de novedades y novelerías, explotación de las reacciones anímicas y decaimiento a nivel de impacto, hoy veintiséis de septiembre de 1985, es hora más que sobrada para fabricar otro impacto publicitario.

La prensa relegó los titulares y fotografías de El Ruiz a tercera página; la televisión después de regodearse con sus cámaras en helicóptero, por las altas cumbres, ha vuelto esos ojos a otros sitios del mundo menos hermosos pero más teñidos de sangre; la radio ha desgastado al máximo sus “¡Urgente!”, dados con altisonancia vacía, para volver a originar sus despachos, melancólicos en las sedes de secuestros, guerrilla, politiquería y demás manías del subdesarrollo.

Por extraña confabulación, todo el mundo amaneció preguntando *si será cierto que dentro de 72 horas hará erupción el Volcán*. Aparentemente, el rumor que como un hilo de pescar ha unido a todas las bocas y todos los oídos se originó ante varias medidas preventivas tomadas por el Gobierno, *por si las moscas*, o por motivos ajenos al asunto. Hasta les solicitaron a los ingenieros del municipio seguir asistiendo al trabajo con uniforme de fatiga. Lo admirable es que, antes, trabajaran (algo), de tacones o corbata. Los bomberos realizan evacuaciones de zonas marginadas para evitar deslizamientos debido al invierno de fin de año que se vino encima. Muchas personas aquí y en otras partes relacionan las fuertes lluvias con el Huracán Gloria que en estos precisos momentos se dirige arrollador a las costas de Estados Unidos. Por anticipado lo dan como uno de los ciclones más poderosos del siglo. El 27, a medio día, visitará la capital del mundo y esa noticia ha alegrado a más de uno que se consuela con aquel de que *mal de mucho consuelo de tontos*, y más si esos muchos son los potentados del orbe. *¿Cómo asumirán la desgracia? ¿Cómo los tocará la desgracia? ¿Los mimará?*

El traslado de las instalaciones de Cenicafé, ubicadas en las márgenes del río Chinchiná, a otro sitio más alto y más seguro, se ha tomado como un campanazo en serio. Los que han ordenado el desalojo explican que esa medida la tomaron hace tiempo. La gente no traga entero, cuando ve la oportunidad de darle rienda suelta a su imaginación desbordante. Opinan que es posible el próximo descenso de un iceberg, río abajo, desde el Nevado. Como si los temores fueran pocos, a las tres de la tarde se perdió la comunicación telefónica entre Manizales y el resto del país. Los más imaginativos no creyeron que se debía al invierno y optaron por expresar sus temores a través del comunicado callejero: - *En 72 horas sucederá lo que tiene que suceder*.

Ante los temores populares no hay Ministro de Defensa que valga. En la Cámara de Representantes, el pasado 24 de septiembre, el General Miguel Vega Uribe anunció que se ha publicado un documento con advertencias y recomendaciones para la población. No lo conocemos. El Ministro de Minas, Iván Duque Escobar, dijo textualmente: “*Las precauciones para posibles evacuaciones ya se han previsto y abarcan un radio hasta de 40 kilómetros a la redonda*”. Parece que el asunto no es tan grave pues de los siete Ministros citados por el representante caldense Hernando Arango Monedero, a una sesión en la Cámara de Representantes, solamente tres

atendieron al llamado. Y, así, el pueblo no cesa de repetir en forma de preguntas: - *¿Verdad qué dentro de 72 horas explotará El Ruiz?*

El número 72, en caso de siniestros y apremios, es un número cabalístico así como el “setenta veces siete” de Cristo. Nadie dice, ni tienda espontáneamente a decir, dentro de 41 ó en 28 horas. Opera en estos casos el fetichismo de ciertos números, como ese mismo 7 para los judíos que fue signo de plenitud y hasta de indefinición. Sietes días, siete dones. En la cultura latinoamericana el sietemachos, el siete mujeres o el avivato de siete espuelas. Otros números dotados de peculiaridades fetichistas son el 13 (y lo será en sucesión de hechos) el 3, el 5 para los toreros, el 6 y el 12. ¿Por qué no se compran ni se venden determinados objetos individualmente sino por docenas, decenas, resmas? El uno y el tres corresponden a la divinidad. Muchas profesiones tienen un fetichismo numérico: En música, por ejemplo. Según Stravinski, “los serialistas son prisioneros de número doce; yo me siento más libre con el siete”. Esa tendencia fetichista sobre ciertos números es transmitida: “Luego fue y compró seis dulces de cada clase. Seis caballitos de ángel, seis conservitas de leche, seis ladrillos de ajonjolí, seis alfajores de yuca, seis diabólicos, seis piononos, seis bocaditos de reina, seis de esto y seis de lo otro, seis de todo”. Es la compra de Fermina Daza en Portal de los Escribanos. (*Gabriel García Márquez, El Amor en los Tiempos del Cólera, Bogotá, La Oveja Negra, 1985. p. 143*).

A las cuatro de la tarde la plazoleta de la Universidad de Caldas, las vías de acceso, la Avenida Paralela frente al Estadio de Fútbol estaban atestados de público y carros. Todo mundo estaba a la espera de Mister Darrel Hert quien, según la mitología del instante, *predijo con dos meses de anticipación la explosión del Volcán Santa Helena, en Estados Unidos, aún inexistente y que reventó en un maizal*. Mejor dicho, es el hijo predilecto de Vulcano. La fila de personas adultas con niños de la mano se hizo tan extensa que jamás un espectáculo en la ciudad, incluidas las dos recientes presentaciones de cantantes españoles tan de moda como Raphael, habían contado con una muchedumbre tan ansiosa como la que convocó la radio y la prensa en todos los tonos y titulares. Ni porque se tratara de Einstein en el momento de revelar la ecuación de la bomba atómica.

Por las premisas, los universitarios dedujeron que se trataba más de un folclórica manifestación de histeria que una peregrinación al manantial de la ciencia. Por esto, desde lo alto lanzaron a las hieleras de atolondrados mortales varias bombas de plástico llenas de agua. Las personas se dispersaban pero tornaban inmediatamente a aglomerarse en la entrada del Teatro 8 de Junio, como chapolas alrededor de la lámpara.

A las cinco de la tarde, la aglomeración era tan compacta que si el gringo no estaba presente en el escenario para iniciar su disertación era porque sus mismos

oyentes le impedían el paso. Tuvo que ingresar flanqueado por la fuerza policiva. Era la más radiante imagen rocambolesca del científico-gurú. Un chamán, un brujo que revelaría el thesaurus de sus deducciones ultracientíficas. Un dios como nuestros dioses: Blanco y de ojos azules, hablando inglés. ¿Quieren más? “Lo que puede la edición”.

La masa no asistió, entonces, con el ánimo de que calmaran sus pavores con el anuncio de la verdad. Los miles de espectadores llevaban papel y lápiz para apuntar el día y la hora de la explosión. Mister Hert contestó con ayuda de un intérprete las inquietudes del público. Sus palabras fueron claras, sencillas y ecuanímes. Nada de peligro inminente ni catástrofe. Si mucho, habrá una nueva lluvia de ceniza; tal vez mayor. Si se recuerda la leve erupción del once de septiembre, lo que se avecina será otro hermoso show de la naturaleza.

Interesaba observar el comportamiento de la gente y la gestación del rumor. Pensé: si este tipo llega a decirles que estén tranquilos, que más es el aspaviento, por el grado de angustia expectante, al sentirse frustrados, son capaces de apedrearlo. Sucedería lo mismo que antes de una ejecución: Los asistentes oran y lloran por la víctima y su suerte; se solidarizan con el suplicio de la familia pero, si un instante antes de la descarga llega la contraorden de permutarle la pena de muerte por otra menos drástica, ese pueblo que lloraba se sentiría frustrado. Dicho y hecho: El gringo no logró aplacar la expectativa. El pueblo irracionalmente despreció su mensaje tranquilizador. No fue sino que al otro día se marchara de la ciudad a continuar sus estudios e investigaciones en otras latitudes, para que corriera el rumor de que lo que dijo era pagado por el Gobierno y hasta llegó a murmurarse que *de vulcanólogo no tenía más que el nombre*. Y, como acostumbra hacerse con las tiras cómicas en la cultura de masas, La Patria decidió publicar la conferencia del vulcanólogo, por entregas, en ediciones sucesivas que el público devoraba.

A las ocho de la mañana del sábado, doce horas después de la conferencia de Mister Hert, en la Universidad de Caldas, colocaron en el Supermercado Mercaldas, tres mil máscaras para la venta y, antes de las doce del día, ya estaban agotadas. Las había de siete clases:

La más elemental: Un trapo con un cauchito delgado, al estilo quirúrgico, \$55.00-

Una superficie encocada de papel con un cauchito más ancho, \$65.00-.

Una superficie de papel poroso más grueso, \$100.00-.

Una cavidad blanca de plástico, con la forma anatómica de la nariz y la boca, con una rejilla cubierta de papel almohadilla, \$145.00-.

Una trompa redonda como la rejilla de los baños, desatornillable y correa de plástico, \$900.00-.

Una mascarilla compuesta de dos trompas a lado y lado de la nariz, \$1.350.00-.

Una mascarilla como la anterior, con un tubo al frente de la barbilla, algo así como un desalinizador, o “desazufrador”, además de anteojos, \$1.780.00-.

Con estos artilugios, los manizaleños aspiran a quedar parecidos a los protagonistas de las películas de éxito en esta temporada, “La Guerra de las Galaxias” y “El Día Final”.

Una empleada de dicho supermercado me contó que causaron furor las caretas de \$145.00-, *por ser más estéticas, por ser más cómodas, porque son más económicas*. ‘Si no estalla El Ruiz, decía una amiga a otra, *ya tenemos los disfraces para la noche de las brujas*’. Otra comentó: ‘*Guardaré esta máscara como souvenir*’.

Hay familias que han invertido fortunas en el equipamiento para la emergencia. Agotadas las máscaras y las linternas, los enlatados y botiquines, llegó el momento a los confites y pitos. Y estamos a más de un mes del 31 de octubre, la Noche de las Brujas. La idea de estos últimos adminículos apareció como consecuencia del terremoto de México en donde, a los ocho días, siguen sacando personas vivas de los escombros. En cuanto a muertos, se acercan a los 10.000. Entonces, concluyen en Manizales, los pitos sirven para orientar a las cuadrillas de rescate cuando quedemos atrapados. Los dulces, *ojalá panela sirven de fiambre bajo las ruinas pues dan muchas calorías*. Ese ir y venir con semejantes artículos colgados del cuello o en el bolso se asemeja al preámbulo de ferias. Ya sacaron el chiste que hay que proveerse, como en la caricatura de Ari, de botas, ya que un sacerdote dijo en misa que *las personas de-votas se salvarán*.

Manizales es una ciudad tan querida y linda que nadie quiere abandonarla. Son pocos los que se han ido y, como lección para los irresolutos, se repite a diario el cuento de la señora que vendió la casita en La Enea y se fue con sus dos hijos

para Medellín huyendo del Volcán y, al bajarse del carro que la llevaba, otro automóvil la mató. Castigo por desertora.

Ese jolgorio no es exclusividad manizaleña. Los habitantes de Herveo (Tolima) están en la misma onda. Uno contestó al reportero del noticiero de televisión que desea presenciar la explosión del volcán porque, *al fin, un hecho extraordinario acabará con la monotonía de este pueblo*. Allí mismo, un borrachito, al abandonar el Club local, en las horas del amanecer y divisar el Nevado, regresó al interior, se dirigió a la cantina y pidió otro Alkaseltzer. Al preguntarle que para qué si ya había tomado suficiente, respondió: *Es para el Nevado, a ver si le pasa el malestar y el mareo. ¡Que vomite!*

Estamos en un aquelarre de histeria mal disimulada: Una anciana que vive en un quinto piso compró una manila - *para cuando caigan las escaleras del edificio debido al terremoto, yo me descolgaré por la ventana como la abuela de Tarzán*. ¡Un pueblo que delira! ¿Se cumplirá en esta ocasión el otro enunciado de la Ley de Murphy, según el cual, *‘piensa mal y acertarás’*? Se acaban de cumplir las 72 horas del plazo fatal y nada ha sucedido de extraño en la naturaleza.

Max Enríquez, especializado en lluvias, soles y tormentas, se presentó también de vulcanólogo para certificar por televisión que *El Ruiz explota cada cuatrocientos años* y que faltan diez años para hacer erupción. Según parece, “el hombre de los meteoros” como lo llama su colega de noticiero, supo que, en 1595, El Ruiz lanzó piedras hasta tejados de Cartago (Pereira) y Toro (Valle). Como estamos en 1985, el anuncio de Don Max se basa en una simple resta. Sin embargo, el vulcanólogo omitió la explosión de 1845. Nadie, hasta ahora, se ha metido a balancear fechas conocidas y desconocidas para sacar deducciones. Parece, eso sí, que el año indicado terminará en cinco. ¿Posee el Gobierno los recursos necesarios para controlar opiniones ligeras en la prensa y en la televisión ante la cual se sientan millones de personas cada noche y más, cómo controlar las opiniones vagas proferidas por *expertos*? Está menos desenfocado quien predijo la próxima explosión para *‘un día o una noche de estos próximos diez mil años’*.

Mientras esperamos ese día o esa noche, siguen alternando lluvias y calores desordenados acompañados de tronadas. A las once de la noche del domingo 27 de septiembre se desató una tempestad de rayos en seco. Me dediqué a mirar sin despabilar el Nevado que emergía blanquísimo sobre el telón azul del cielo y la cordillera central. Quería saber qué relación había entre truenos y volcán. Casi

todos los relámpagos iluminaban la noche desde el sur (Pereira) o desde el Occidente (Chocó). Solo un rayo iluminó de oro el casco de nieve, a las 11:20, al caer exactamente en el hongo vertical de la fumarola. Pocos pudieron dormir.

La intriga se generalizó: tanto la población como los vulcanólogos se dividieron para opinar que los rayos si tenían que ver con la situación del Volcán y otros que no. 27 años luego, cuando se presentó una violenta y repetitiva escaramuza del volcán por explotar, la división continuaba: Gloria Patricia Cortés, coordinadora del Observatorio Vulcanológico y Sismológico de Manizales, expresó que las tormentas eléctricas que se habían presentado en los últimos días en que se había declarado la alarma amarilla, “no son generadas por la actividad del Ruiz. Pueden darse durante la erupción, no antes”. En cambio, Gonzalo Duque, director del Observatorio Astronómico de Manizales, dijo que “las aguas fluidas y cenizas antiguas del volcán al salir calientes vienen con una energía térmica suficiente para generar turbulencia, generándose electricidad” (Alejandra Bermúdez, La Patria, 1-V-2012, p.4ª).

El Huracán Gloria, a su paso por la costa Este de los Estados Unidos, se comportó como una dama. Los estragos previstos se redujeron a lo más mínimo: Dieciséis muertos y cincuenta millones de dólares en pérdidas son poco comparados con los miles de muertos y cinco mil millones de dólares en pérdidas provocadas por el terremoto de México que se encarnizó sobre un área construida sobre terreno arcilloso. Cada año suceden fenómenos naturales de tal magnitud que si ocurrieran en Latinoamérica o cualquier zona del tercer mundo, dejaría millones de víctimas. En el primer mundo ocurre lo contrario porque viven preparados para las emergencias. Ser desarrollado es ser previsor. No es, entonces, como dijo una señora: - *Lo que pasa es que los ricos pierden únicamente el alma*. Este parecer hace parte de la mitología de la desgracia. El excelente periodista Daniel Samper Pizano ilustra esta situación con los siguientes datos fruto de sus pesquisas:

El promedio de víctimas fatales por desastres en los países con alto ingreso per cápita es en promedio de 500 al año mientras que en los del Tercer Mundo pasa de 3 mil, para no hablar de heridos y damnificados. Entre 1960 y 1981, un país paupérrimo como Somalia afrontó once desastres cuyo saldo en muertos fue de 19 mil. En el mismo lapso, Japón, situado en un archipiélago geológicamente inestable, registró 43

desastres... pero solo 2.700 muertos (D.S.P. “No solamente la mano de Dios”, El Tiempo, Bogotá, 22-Xi-1985, p.5ª).

Hablando de mitologías, recibí la visita de un matrimonio amigo. Hernán dijo: - *¿Conoces la nueva obra de misericordia? Es simple: Hacerle dar miedo al que tiene miedo.* Chila concluyó la charla muy satisfecha: - *Siquiera, en estos días, hemos tenido mucho de qué hablar.* Por lo visto y oído, el asunto del Nevado se ha convertido en la exteriorización de una neurosis colectiva. Chila comentó que con una tormenta, en varios apartamentos del edificio en que viven, se habían quemado los electrodomésticos. Nos pusimos a recordar recomendaciones publicadas para ser tenidas en cuenta durante un huracán: *No escamparse bajo los árboles, no jugar fútbol, desconectar los electrodomésticos, no utilizar teléfonos durante la tormenta, alejarse de los tomacorrientes, evitar el uso de lavadoras y secadoras eléctricas ya que son máquinas conectadas a la electricidad y a las tuberías de agua, tratar de no asomarse a las ventanas a presenciar las tormentas por bellas que sean.*

En bares, cantinas y billares acosan los vendedores ambulantes con fotografías tamaño postal del Nevado con el nuevo elemento de la fumarola, a \$100.00- y con bolsitas de *auténtica ceniza del Volcán*, a \$150.00-. La piedra pómez recogida en los alrededores de la Cabaña del Inderena se vende, como nuevo souvenir, a precios que exceden el cristal de roca. En una marquetería, una vieja fotografía en colores de Manizales con el Nevado símbolo, al fondo, pero sin fumarola, ampliada y que ya estaba arrumada, volvió a lucir en la vitrina con nuevo precio: De \$7.000.00- pasó a \$12.000.00-. Al inquirir por semejante trepada de precio respondieron: - *Esta foto ya es prehistórica y ante ella usted puede situar a sus amistades para decirles: Miren, ¡qué hermoso era!* Hay negociantes que se han propuesto echarles mano a las primeras monedas de la cosecha cafetera con el embeleco de redecorar las casas al *Estilo Volcán*.

Como muestra de una imaginación popular inagotable, ya están con la conseja de que el Cerro de San Cancio es otro volcán dormido que reventará en cualquier momento y al lado del Tolima se abrió otra fumarola para competir con la del Cráter Arenas. Empiezan a hablar de un super violento Volcán Machín. *Fuera de gordo, hinchado*, concluyó un parroquiano.

Refiriéndose al Tolima, es ahora la fuente de noticias para la prensa, radio y televisión. Saciados del lado caldense, se fueron a entrevistar tolimenses. Su terror está de moda y actualmente los colombianos se dedican a compararlos con

nosotros para opinar quién tiene más miedo. Parece que es su futuro. El rayo de las 11:20 del domingo fue tan terrible, cuentan los de Herveo, que el Club Social se desocupó en un segundo: unos atropellaban a otros, escalera abajo. Los más rápidos ostentan pies enyesados y bastones. *Creímos que era la hora llegada.*

La hora llegada es una expresión popular como también lo es *Parece que usted hubiera nacido en el mes de los temblores*, con que se refiere uno a alguien demasiado nervioso. Ahora se podrá adaptar: *Parece que hubiera nacido en el año del Volcán*. Los nervios cambian con la más mínima alteración de la monotonía. El lunes 30 de septiembre, a las 11:15 de la noche, una tormenta estropeó la programación de las dos cadenas de televisión con cubrimiento nacional. Aunque la tormenta ocurrió por los alrededores de Bogotá, en Caldas los adictos a la televisión salieron a las ventanas a observar El Ruiz creyendo que una explosión silenciosa había derribado la antena retransmisora, como lo predijo la dama catedralicia. Y es que suprimir la televisión de la vida diaria causaría más estragos que quitarle la comida al televidente empedernido. ¡Telévoros!

Padecemos una calma chibcha (o chicha). Las gentes se refieren al Nevado y al Volcán como lo hacen con el cáncer y otra grave enfermedad. Se utiliza el condicional más que en otras épocas y la palabra erupción o explosión ha sido sustituida por ‘*si aquello sucede...*’, ‘*dado el caso que...*’. Bueno, moderación con temor predicen los científicos convocados de los cuatro puntos cardinales. El martes primero de octubre, a las dos y media de la tarde, se desplomó sobre la región la peor tempestad del año. Todo mundo la soportó segundo a segundo. Los relámpagos eran fognazos intermitentes. Un rayo mató a un hombre en Villamaría y los bomberos no dejaron de hacer ulular las sirenas. También esta tempestad fue achacada *al fenómeno aquel*. Quizá no nombrarlo en público calme los nervios. De fetichismo a tabú lingüístico.

Andrés Hurtado, el Hermano Araña, un panteísta doblado en alpinista, fotógrafo y periodista, con todo el desparpajo que da la autosuficiencia, se ha burlado de los manizaleños “por sus precauciones”. “*¿Qué va a ocurrir? Los verdaderos vulcanólogos (no los 350.000 que ahora tiene Manizales) dicen que nada o prácticamente nada. Creo lo mismo*” (La Patria, 16-X-1985, p.4). Dizque subió a El Ruiz “que conozco como la palma de la mano”, como a las arañas que deja deslizar por la misma palma, y el Volcán no le narró sus cuitas. Se cree confidente de cuanto barranco hay con nombre propio.

La segunda semana de octubre podría llamarse “*La Semana del NO*”. Así como los últimos veinte días de septiembre las palabras más manoseadas fueron: Fumarola, ceniza, cráter, erupción, temblor, terremoto, explosión, nevado, magma, lava, “*aquello*”, la más desgastada por estos días en todos los medios es el rotundo NO. Los medios masivos de comunicación (aquí sí se demuestra que son de comunicación y no de simple información o desinformación), encendieron la sicosis y ahora están empeñados en apagar la hoguera, pero no encuentran el medio adecuado. Se creció el enano.

La Asociación Caldense de Gremios esperó la calma chibcha que padecemos para erguirse a través de mensajes al Gobernador, a la Ministra de Comunicaciones, al periódico El Espectador, *contra la manipulación de los medios de comunicación que están atentando contra la economía de la región*. Ira santa y a destiempo. Después de moro muerto gran lanzada, dirían los españoles.

Se justifica la hora del aspaviento porque, antes, los honorables agremiados también estaban ocupadísimos comprando linternas, pilas, máscaras, enlatados, pitos, botas, manilas, hasta carpas, por si se caen los edificios. El periódico capitalino en el que Max Enríquez publicó, el dos, un artículo bajo el título “Explotará El Ruiz”, fue censurado, en Manizales, por sembrar el pánico cuando todos quieren retornar a la calma. Los Cano, propietarios de El Espectador, publicaron lo que los demás periodistas y seudoperiodistas de Manizales y otras latitudes habían dicho antes, y aún en forma más alarmante, sin la censura de gremio alguno. Además, los señores agremiados pensaron que a El Espectador se le puede levantar la voz del mismo modo que se la alzaron los antioqueños la semana pasada por unas caricaturas que los medellinenses calificaron como lesivas para sus intereses. No hay trapitos con qué agarrar a los de la Bella Villa.

En la primera semana de octubre, ya los niños habían consumido los dulces y los enlatados; las pilas se habían agotado; los pitos ya no sonaban. En mi casa sirvieron, el viernes a medio día, carnes enlatadas, con esta disculpa: *En definitiva, parece que fue una falsa alarma*. Pobre volcán. Quedó mal con los impacientes. Por ejemplo, el Gobierno de Caldas acaba de publicar una cartilla para casos de desastre de la cual extraigo este catálogo de Noes:

NO espere piedras volando y cayendo sobre la ciudad y los municipios.

NO espere ruptura de vidrios en las casas y edificios.

NO espere intoxicación por gases.

NO espere fuertes temblores en la ciudad y municipios.

NO espere oscuridad absoluta.

NO espere cortes de electricidad.

NO espere falta de agua o contaminación de ella.

NO espere explosiones al cocinar con gas, electricidad, carbón u otro combustible al encender una vela.

NO espere ríos de lava corriendo por las calles.

NO espere grandes capas de ceniza derrumbando los techos de las casas.

NO espere, por lo explicado anteriormente, órdenes de evacuación de edificios y habitaciones.

Cuando terminé la lectura de tanto NO, desde la cocina, mi madre concluyó: *Qué documento más negativista. Debe haber sido redactado por Mister Hert. Y si fue redactado por el Gobierno, todo lo que anuncia como NO es porque SÍ. Antes de cada alza en los combustibles, transportes y artículos de primera necesidad, el Gobierno expide un comunicado en que anuncia que NO y al otro día suben.*

Definitivamente, el reino de la adivinación seguirá dominado por las sibilas. Nunca tanto NO fue refutado con tanto SÍ. Después de la catástrofe, la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia de la Universidad de Caldas distribuyó una elegante “Guía Instructiva para el manejo y control de suelos, praderas y animales afectados por la explosión del Cráter Arenas”, preparado por los doctores Carlos Alfonso Polo y Alberto Jaramillo, como producto de la observación científica:

“Sus bovinos, equinos, etc., pueden verse afectados de varias maneras:

- La caída de piedra puede causarles laceraciones, contusiones, hematomas, fracturas y aún la muerte por impacto directo.
- La ingestión de pastos contaminados con arenas y cenizas trae como consecuencia trastornos gastrointestinales que se manifiestan en los animales adultos por cólicos, heces en poca cantidad y con presencia de sangre. Animales jóvenes y adultos no consumen el pasto; hay pérdidas

de peso y baja en la producción (carne, leche y trabajo), al no poder ingerir los pastos por su mal olor y sabor y por la dificultad en la aprehensión de los animales al presentar heridas en los labios, encías y lengua; hay además dificultades en la búsqueda del alimento, pues los animales presentan cojeras por laceraciones y/o escoriaciones de las pezuñas o pulpejos al caminar en terrenos cubiertos por las piedras... En caso de caída de piedras o cenizas, traslade sus animales a los potreros más planos y cercanos a la casa o lugar donde los pueda suplementar con pasto de corte, henos y ensilaje”.

Por lo escrito y descrito, el ideal previo a la catástrofe no debió consistir tanto en calmar los nervios como en prevenir a todos los habitantes, no solo urbanos sino rurales, en las distintas actividades del espectro social que podrían modificarse con las circunstancias. La estupidez humana, acrecentada por el subdesarrollo, puede reclamar su parte de victoria.

La alarma en Santa Rosa de Cabal emula con la histeria manizaleña. Mi cuñada contó que varias señoras se han reunido a rezar el rosario en los hogares y salen emparamadas con sus propias lágrimas. Dizque anunciaron allá la explosión del Volcán *‘para el trece de octubre a horas del desayuno’*. Mery se puso tan nerviosa que visitó al médico en Pereira. Antes de abandonar el consultorio, un poco más calmadita, le dijo al doctor Mejía: - *‘Doctor, ¿cuándo va por Santa Rosa a hacernos la visita?’* El médico le respondió con esta perla en su boca: - *‘¿A Santa Rosa’ Y, ¿quién va por allá con ese volcán que tienen al lado a punto de estallar?’* Dándose al dolor, Mery vino a Manizales porque Ángela María quería conocer, según sus palabras textuales, *al Volcán en persona*.

El lunes siete de octubre, un viento apacible trajo una ráfaga de sutil ceniza que manchó las frentes de los peatones. El ocho, la comisión nombrada por el Gobierno Central presentó en público las conclusiones de su estudio sobre riesgos volcánicos. Los periódicos más leídos en esta comarca, al otro día, titularon así la noticia:

La Patria: “El Ruiz no amenaza a Manizales”.

El Tiempo: “Científicos descartan una erupción catastrófica en el Nevado de El Ruiz”.

El Espectador: “Alta probabilidad de avalancha de lodo en el Volcán del Ruiz”.

El País: “Volcán de El Ruiz. No hay por qué alarmarse, dicen geólogos”.

Occidente: “Mapa de zona de riesgo en todo el país”.

Lo dicho: Cuando un acontecimiento adquiere su dimensión noticiosa no puede esquivar la carga ideológica de quienes lo anuncian. Las noticias se fabrican de acuerdo con un punto de vista. Occidente es el más lacónico; ni siquiera redacta un juicio. El País utilizó la extensión de un titular para dar hasta consejos. El Espectador logró el titular más espectacular y profético; otros dirían, terrorífico. La Patria, como lo había dicho, no avanza más allá de la carrera veintitrés. Entre todos los titulares, el de El Tiempo parece un sedante. Gracias, por ahora.

Así las cosas, una secretaria de la Universidad de Caldas, experta vendedora de cachivaches para redondear su sueldo, se dio cuenta que se estaba *enhuesando* con el surtido de máscaras y tenía la oportunidad de ampliar el surtido; por esto, el miércoles, colocó este aviso en la cafetería: “A disposición de los usuarios de la Cafetería Macondo, los siguientes elementos de primeros auxilios: Alcohol, gasa, algodón, esparadrapo, Mertiolate, venditas, Aspirinas, Dolex, Alkaseltzer, bicarbonato de soda”. Los usuarios de Macondo, por lo visto ya muy tranquilos, rodearon el aviso con estos nombres, a modo de humorada: Preservativos, medias, zapatos, chitos, bombones, turroneos, novelas, poesías, carros plásticos, gases, lodo, magma, lava, piedra pómez, ceniza, temblores. O sea, la mayor parte del surtido que ella había vendido en toda su historia en la secretaría en que trabajaba.

El betamax se ha incorporado a la tragedia presentida: La Facultad de Derecho, de la Universidad de Caldas, repite los videos de la explosión del Volcán Santa Helena, en los Estados Unidos. El éxito ha sido tan arrollador que alterna las funciones con la Universidad Nacional. La gente sale asustadísima. Una señora concluyó después de ver semejante desastre: - *Si esto sucede en un volcán con nombre de Santa, ¿cómo irá a ser en El Ruiz con nombre de Carnicería?*

“CONSUMMATUM EST”



1. **E**l asalto del M-19 al Palacio de Justicia, en Bogotá, el 6 de noviembre de 1985, que dejó un saldo mortal de ciento quince víctimas, fuera de su significación histórica, política y ética para Colombia, fue el tema recurrente en la despedida que le ofrecimos al compañero que viajaba a Francia en planes de estudio. Tuve la indelicadeza de manifestar que al *pobre Belisario* (como se ha vuelto costumbre llamar últimamente al Presidente), para completar su cuadro de desdichas le queda faltando que explote el Volcán de El Ruiz. No sobra recordar que los colombianos somos los fieles seguidores del mito del chivo

expiatorio. Dios es aquel al que se le achacan los destrozos del mundo. Fuera de esto, aquí no se necesita presidente de la república para que gobierne sino para tener a quien echarle la culpa de los males que vayan presentándose. Los males son de él; no del pueblo que los padece. Adormilados presenciamos la gestación de las desgracias y cuando ocurren alzamos el grito y el dedo para señalar al culpable que puede ser cualquiera, ojalá el Presidente, pero, eso sí, menos nosotros. El pueblo colombiano, como Fermina Daza, en *El Amor en los Años del Cólera*, vive asediado por el fantasma de la culpa:

El Fantasma de la Culpa: el único sentimiento que era incapaz de soportar. Cuando lo sentía venir se apoderaba de ella una especie de pánico que solo lograba controlar cuando encontraba alguien que le aliviara la conciencia. Desde muy niña, cuando se rompía un plato en la cocina, cuando alguien se caía, cuando ella misma se prensaba un dedo en una puerta, se volvía asustada hacia el adulto que estuviera más cerca y se apresuraba a acusarlo: fue culpa tuya. Aunque en realidad no le importaba quién fuera el culpable ni convencerse de su propia inocencia: Le bastaba con dejarla establecida (Gabriel García Márquez, op.cit. p.280).

Al regresar al apartamento, a las once de la noche lluviosa del trece del noviembre de 1985, los locutores de radio se arrebataban el micrófono para informar y espantar a los oyentes con el cuento, *otra vez*, de la explosión del Volcán. Según ellos, a las dos de la tarde, llovió ceniza, sobre Tolima, Cundinamarca, Boyacá, Llanos Orientales y Venezuela. Así había sido de potente la erupción de El Ruiz.

A las cuatro de la tarde, la Cruz Roja de Ibagué recibe información de Armero, Murillo y El Líbano, sobre la caída de ceniza. A las seis de la tarde, la Cruz Roja de Ibagué alerta a la ciudadanía de Armero. A las siete, el Sargento Aquilino Salgado, de la Cruz Roja del Tolima suministra, en Ibagué, las primeras informaciones sobre el drama que comienza a vivirse, en la zona norte del departamento. 9:15 p.m : el radioaficionado Carlos Jaramillo, distinguido con la matrícula 6BXJ, desde El Líbano, llama a la casa de Ramiro Lozano Neira, director de la Cruz Roja del Tolima, y le dice: “*Estalló el Volcán. Hubo fuertes explosiones*”. 9:40 p.m. La Cruz Roja de Ibagué se comunica por medio de radioaficionados con Ramón Antonio Rodríguez, el Alcalde de Armero. La luz

se ha ido en Armero. Se ordena la evacuación, advirtiéndole al Alcalde que lo haga en forma prioritaria y ordenada, sacando primero a los habitantes de la orilla del río Lagunilla y posteriormente al resto de la población. 10:35 p.m. El Alcalde Ramón Antonio Rodríguez dice, por el sistema de radioaficionados, que avanza la evacuación conforme a las instrucciones recibidas. Informa también que hay gente concentrada en el parque principal lista para ser evacuada. Sus últimas palabras, antes de irse la señal, fueron: “Se nos entró el agua; se nos entró el agua” y se perdió la comunicación. (Ver “Cruz Roja refuta al Gobernador del Tolima”, El Tiempo, Bogotá, 2-XII-1985, p.1E).

A esas horas, la noticia, en el fondo, era confusa aunque, en la forma, fuera alarmante, por lo que me acosté, con la solicitud al portero del edificio en que vivía que, si en el resto de la noche, observaba en el Nevado alguna señal extraña me llamara para fotografiarlo desde el balcón. Lo que iba a pasar allí ya había pasado.

Me dormí moviendo el radio en todas las frecuencias y emisoras. A las cuatro de la mañana seguía lloviendo y el cielo no traslucía más que un esplendor rosado que se filtraba entre la neblina. Manizales dormía engarrotada por el frío. A las cinco, las noticias seguían empantanadas. Sólo a las seis de la mañana del jueves catorce de noviembre, Fernando Rivera, piloto de una avioneta de fumigación, levantó vuelo desde una pista cercana a Armero y regresó con el estupor en su voz. Habló con la Cadena Radial Caracol, en un diálogo cortado que trato de reproducir a grandes rasgos:

- No existe Armero.
- ¿Pero, qué vio?
- Lodo, puro lodo.
- Y, ¿qué más?
- Nada más.
- Amplíe la información.
- Es que no se ve nada.
- ¿Muchos daños?
- Armero ha sido borrado del mapa.
- ¿Está seguro de no haber visto nada?
- Seguro.
- ¿Y sobrevoló todo el poblado?

- Es que no existe poblado.
- Entonces, ¿qué vio?
- Ya les dije: Absolutamente nada.
- Por favor: Repita lo que observó.
- Solo unas pocas casas al final de lo que fue una calle y unas personas en una terraza.
- Y, ¿el resto?
- No ve que todo fue destruido o tragado por el lodo.
- ¿Y el centro de Armero?
- Todo es una inmensa playa de lodo. No hay nada de nada.

Los periodistas y los oyentes no podíamos creer. Incredulidad total. Pero había un mal síntoma: no podían establecer comunicación telefónica con la citada ciudad. Silencio.

Para Manizales, el catorce de noviembre fue el día más feo del año. Siguió lloviendo sin descanso con el mismo ritmo de la noche anterior. El Nevado, como perro regañado, se escondió tras las nubes a gruñir su furia.

Los radios anuncian el apocalipsis. Los habitantes de la cuenca norte del Tolima y sur de Caldas dormían en medio de la lluvia u observaban un partido de fútbol por televisión cuando, a las 9:15 p.m. explotó el Volcán de El Ruiz por medio del Cráter Arenas. Con su potencia chamuscó un avión que volaba a 26.000 pies de altura y, por calentamiento de la nieve, la borrasca inundó las vertientes de los ríos que nacen en El Ruiz; descendió 48 kilómetros a 300 kilómetros por hora arrastrando cuanto había a su paso: casas, seres humanos, animales, árboles, piedras, sembrados, máquinas. El flujo lamió las primeras casas de Armero a las 11:00 p.m. y a las doce la ciudad era una nueva Pompeya.

“... Seguíamos haciendo esfuerzos para tumbar la puerta y llegar a la terraza hasta que lo logramos... Todo empezó a resquebrajarse, a moverse; caían paredes, columnas y el suelo se partía. Era como si estuviéramos presenciando la demolición de varias construcciones estando nosotros dentro. Nos abrazamos... Miramos hacia la parte de atrás del edificio y observamos que, como a la altura de él, venía una oleada dando saltos y, en ese momento, las paredes del fondo del

Hotel Popular se vinieron sobre nosotros. De pronto me quedé solo prendido de las paredes y me sujeté de un tubo que había encima de mí, logrando subir pues sentía que todo el edificio se estaba hundiendo. Era un tanque de agua proveedor del hotel. Entonces nos sentimos caer con el tanque en dirección de la calle, pero éramos arrastrados, sin hundirnos y a gran velocidad... Se oían explosiones, fogonazos que nos iluminaban y sentimos cómo la corriente del flujo se iba alejando de nosotros: rugía; se veía candente. El tanque empezó a hundirse por uno de sus extremos y sentimos que nos tragaba la tierra... Del pantano salían manos y al tirar de ellas sacábamos las personas bañadas de lodo. Todo era gritos y lamentos. De pronto, una niña que parecía decapitada comenzó a moverse y al cogerla empezó su cabeza a salir del fango; el cuero cabelludo estaba replegado hacia atrás y se observaba su cráneo.

Entonces, se la entregué a Sofía quien la puso sobre la plancha del tanque y la tuvimos allí durante la noche. Era triste ver como llamaba a su madre y decía que tenía frío. Cada persona que ayudábamos mostraba algo trágico: fracturas, cortadas y mutilaciones, como es el caso de un señor que estaba amputado; lo recostamos en el tanque y pidió que no le sacáramos del lodo porque se desangraría... Para mí fue como si hubiera viajado al infierno, rememora, al periodista Miguel Ángel Vega, el joven Juan José Restrepo, uno de los veintidós estudiantes de Geología y Minas de la Universidad de Caldas, sobrevivientes de la tragedia, en Armero” (La Patria, Manizales, 21-VIII1986, p.4C).

En la llamada “Ciudad Blanca”, por sus extensos cultivos industriales de algodón, cultivaban además, arroz, ajonjolí, soya, sorgo y maní. Sus calles eran arborizadas y alegres. Los hacendados poseían palacetes umbríos, bajo 30 grados de temperatura. Hatos de hermosa estampa como la Hacienda El Puente en donde se perdió la mayor planta procesadora de maní, en Colombia. El lodo inundó 8 trapiches, 176 hectáreas de café, 158 hectáreas de cacao, 176 hectáreas de pasto, por un total de 500 millones de pesos. Bajo el sedimento quedaron las ruinas de

cinco bancos, 3.000 vehículos entre automóviles, camiones y maquinaria agrícola, un comercio supremamente activo y predios avaluados en más de 2.000 millones de pesos.

Era Armero la imagen de la despensa siempre abastecida. 28.000 habitantes se acostaron a descansar el 13 de noviembre y solo 6.000 continuaron vivos en la mañana del 14. Todo, todo quedó sepultado bajo una capa de 450 millones de metros cúbicos de lodo que, en algunas partes, alcanzó una profundidad de 40 metros. 3.000 hectáreas de las inundadas por el barro estaban catalogadas entre las óptimas del país. Dos inmensos molinos de arroz y las bodegas de la Federación de Cafeteros con más de 1.500 bultos de café. En el área tolimense se perdieron cuatro puentes vehiculares, 31 peatonales, 9 escuelas, 7 redes eléctricas en el campo por 216 millones de pesos, 5.000 viviendas urbanas y 800 rurales.

Y, sobre todo, la infraestructura humana y cultural. Perecieron 8 médicos, 8 jueces, 3 odontólogos, 23 agrónomos, 99 profesores de primaria y secundaria, cinco colegios, la granja de la Universidad del Tolima, la Casa de la Cultura, la Biblioteca Municipal, el Museo Antropológicos y las célebres Danzas de Armero, agrupación que representó a Colombia en varios eventos internacionales. Esto sin contar los técnicos, obreros, jornaleros, expertos en las actividades de economía agrícola en la que Armero sobresalía a nivel nacional y 4.000 estudiantes. “*Esto es cien veces la tragedia de México*”, concluyó un periodista extranjero.

Si el deshielo de El Ruiz se encajonó por las vertientes de los ríos Lagunilla, Azufrado y Gualí, para arrasar el norte del Tolima, también, en el Departamento de Caldas, se desprendió por los cauces de los ríos Rioclaro, Molinos, y las Quebradas Nereidas y Poa que desembocan en el río Chinchiná, para liquidar a los habitantes y las casas construidas en su cuenca, explayándose sobre los barrios Mitre, El Río y Pescador del municipio de Chinchiná.

Las pérdidas en el Departamento de Caldas no fueron de la magnitud de las del área tolimense pero no menos representativas: 2.000 muertos, 300 casas, 700 millones de pesos en maquinarias en la Central Hidroeléctrica de Caldas (CHEC), 200 millones en las flamantes instalaciones de Cenicafé (Centro Experimental Cafetero), de fama internacional, 300 millones en el oleoducto que comunica la región central con el occidente de Colombia, mil millones de infraestructura cafetera, 70 millones en escuelas y un área longitudinal de

cultivos. El lodo, en partes estrechas, subió hasta cien metros sobre el cauce normal del río, en el trayecto entre el Nevado hasta la desembocadura en el río Cauca, abajo del Corregimiento de Arauca.

El valor aproximado de las pérdidas puede ascender a 440 millones de dólares (el dólar se cotizaba ese día a 170 pesos) y, lo que duele más, miles de damnificados que continuarán arrastrando la miseria y el dolor. Los datos cambiaban diariamente a medida que se profundizaba en la dimensión de la tragedia.

Por estar en época de cosecha cafetera, los campamentos de las grandes fincas como La Manuela, estaban atestadas de jornaleros llegados de distintas partes del país. Se dificulta el conocimiento del número exacto de víctimas en la región caldense pues, en muchas fincas, no solo perecieron los jornaleros temporales sino quienes los contrataron. El estrato social también fue diferente: En Armero, las clases sociales se confundieron en la muerte; en Chinchiná y Villamaría, las víctimas pertenecían casi exclusivamente al pueblo raso, asalariado, campesino.

La muerte se comportó con mayor ojeriza en Caldas: las víctimas no tuvieron ni la menor oportunidad de encaramarse a un árbol o ser arrojados a una playa verde. Los cuerpos de las víctimas de Villamaría y Chinchiná, dada la geografía del área devastada, se recogieron, en añicos, por el golpe contra piedras enormes y contra las curvas forzadas de los ríos. El río Chinchiná parecía la cañería de la creación. Por esto, quedaron pocos huérfanos y solo 400 heridos.

La televisión ha escogido el mismo sistema de la radio: programación continua y cadena de solidaridad nacional e internacional. La ayuda se reclama a través de la radio comercial y de los radioaficionados insomnes y encadenados entre sí, de la televisión vía satélite, de los corresponsales habituales y especiales que han volado con encomiable celeridad. Se han utilizado todos los medios para reclamar la solidaridad del mundo entero. Como siempre, la adversidad nos encontró desnudos. Somos un pueblo que si cobijamos los pies, descubrimos la cabeza y si tapamos la cabeza, descubrimos los pies. Requerimos de todo: Hospitales portátiles, helicópteros, camillas, medicamentos, comida, ropa y hasta agua potable. Lo único que poseemos y de excelente calidad, es material humano sublimado por la desolación ajena. La fraternidad despertó al ser estrujada por la angustia. Haciendo un balance, como pueblo pertenecemos a un grupo que siente envidia por el éxito ajeno y al mismo tiempo, siente solidaridad infinita ante el fracaso. No contemos con la nobleza colombiana ante el triunfo del

prójimo pero sí en el caso de una adversidad tan grande como la de Armero y Chinchiná.

En las horas de la tarde y de la noche, el pueblo colombiano pudo sentarse a llorar, frente a la televisión, sus miles de muertos. Si las imágenes de hace ocho días pertenecientes al incendio del Palacio de Justicia eran dramáticas porque los televidentes nos sobrecogimos ante ese horno infernal, que aullaba en nuestras alcobas a través de las pantallas, hoy las tomas de los reporteros gráficos y de televisión nos brindaron la oportunidad bendita de estrecharnos ante la furia inocente de la naturaleza. Si ante el Palacio experimentamos el asco de ser colombianos, ante el desastre de El Ruiz nos sentimos atados por los lazos del amor. Todos lloramos hacia afuera o hacia adentro.

Primero, las cámaras de televisión, desde el aire, mostraron una planicie calva y gris. Uno que otro árbol ostentaba su capul para indicarnos que no se trataba de un panorama lunar. Era un lunar de la Tierra. Como si en la noche del 13 al 14 de noviembre de 1985, una diligentísima arquitecta hubiera trazado, sobre la verdura exuberante, el Valle de Josafat. Luego, las cámaras acompañadas por el ritmo vibrante de los helicópteros acercaban sus lentes a las ruinas, en la playa siniestra: Grupos dispersos de sobrevivientes parecían asistir a una misa cósmica. Ni siquiera alzaban los brazos para que su gesto no fuera a confundirse con un saludo. Petrificados ante la desolación sin límites.

Los camarógrafos descendían en el borde del lodo y, como si estuvieran acechando una presa largamente anhelada, con el teleobjetivo enfocaban puntos que, poco a poco, ante la mirada atónita del mundo, iban emergiendo de la lava líquida y, con la aparente parsimonia de actores avezados, estiraban un brazo, luego hacían el deber de inclinar el cuerpo desnudo hacia algo que podía ser un tronco, lentamente, porque el lodazal se los impedía, sacaban el otro brazo, alargaban la mano y, como babillas o fantasmas de barro, se asían a él. Tal vez, miraban al mundo incrédulo a través de una cámara intrusa. El teleobjetivo se posó luego en un árbol y, como una adivinanza visual, vimos que otro ser de barro sacudía la rama frágil de la que colgaba su única, última y más grande esperanza de salvación. Los ojos eran charcos de sangre.

Más allá, una estatua de bronce se movía apoyada en el hombro de otra estatua desnuda. Parecían orates o Venus de bronce. Siendo el arte amoral (no inmoral), hasta nos permitía alabar la belleza de tantas formas ambulantes de trogloditas

formadas anoche. Y hasta con idéntico recato o temor al de los prehistóricos. En el silencio verde de un pastizal, grupos de sobrevivientes cogidos de la mano, se preguntaban dónde estaban y a dónde podían ir. No hablaban. No podían hacerlo por el lodo reseco en los labios y los rostros. Desconcertados como Adán y Eva en las afueras del Paraíso.

Las películas se detenían en la muda descripción de La Muerte para pasar a la desesperada lucha por La Vida: Helicópteros, con su trepidar angustiado tanto como el de los socorristas, llegaban y partían con sus racimos de víctimas mutiladas y contrahechas. Gritos, gritos y lamentos. Llanto y llanto. Indiscutiblemente, esta ha sido la semana de la historia patria en que todos los colombianos junticos hemos derramado más lágrimas y nos hemos amado más.

2. Si el jueves fue el día nacional del llanto, el día siguiente tenía ese rostro inconfundible de Viernes Santo.

El Presidente de la República, Dr. Belisario Betancur, en la mañana, dejó instalado el Comité de Emergencia, encargado de conseguir recursos inmediatos y de responder a las inquietudes de los gobiernos y entidades internacionales amigas, y se encaminó a la zona de la catástrofe. Por el día tan malo en el aspecto atmosférico no pudo regresar a la capital y pernoctó en el área. A través de la televisión, el pueblo colombiano se dio cuenta de los estragos que la toma del Palacio de Justicia dejó en su alma y en su cuerpo. El pueblo colombiano pudo medir la tortura psicológica y física. En cambio, sus palabras no han rendido las armas. Son optimistas, como para la hora y a pesar de la hora. La adversidad pule su imagen.

Las cadenas radiales competían por informar y ser solidarias. A ellas se debe, en buena parte, la cohesión espiritual del país y las rápidas ayudas nacionales y extranjeras. Ningún estado se hizo de rogar. Todos acudieron con la velocidad del rayo:

Ecuador nos conmovió con su corazón enorme buscando ser el primero. El personal médico y paramédico que voló a Armero trabajaba con tal ahínco que ni porque buscara a su propia familia.

Venezuela, la poderosa, no se olvidó de su hermana en desgracia. Su presidente apareció en Bogotá con un cheque de un millón de dólares.

Canadá y Estados Unidos confirmaron ser la cornucopia de recursos técnicos y hasta el mensaje anexo del Presidente Reagan disimuladamente trataba de presionar el agradecimiento nuestro. El expresidente Carter vino a entregar a nombre de su pueblo la primera remesa.

España ha bebido con nosotros, al mismo tiempo y a través de la radio encadenada, la copa de vinagre.

Bélgica envió recursos con el Príncipe Alberto. No pensamos que Holanda nos quisiera tanto; volcó su corazón sobre nosotros.

Francia demostró que nos quiere tanto como España. Se abrieron colectas en París y, en un avión con la ayuda, llegó la esposa del Presidente Mitterrand.

La comunidad europea, con Alemania a la cabeza, anunció aviones con tiendas de campaña y un hospital portátil. Una movilización jamás vista desde los tiempos de la II Guerra.

Checoslovaquia también dijo presente. La solidaridad rompe hasta cortinas de hierro.

Japón se metió la mano al bolsillo en el primer momento y sacó dos millones de dólares, mucha ayuda técnica, sesenta millones de pesos en dotación para el Hospital Universitario de Caldas y un tierno monumento en Armero a nombre de los niños japoneses.

Italia, Austria, Chile, Costa Rica, Argentina, Brasil, Perú, aparecieron con sus donaciones indispensables y luego con otras proyectadas con calma.

Israel donó una fábrica de ladrillos para las nuevas construcciones. Fue en serio: la pusieron a funcionar en dos meses.

El Papa Juan Pablo II que visitará a Colombia en los primeros días del mes de julio de 1986, se rebujó los bolsillos de Jefe de Estado en quiebra financiera y, con su bendición expresa desde la ventana del Palacio Vaticano, nos remitió cien mil dólares.

Los medios masivos de comunicación con sus imágenes pavorosas aceleraron el pulso del mundo. Mi mamá, al escuchar los gestos de solidaridad internacional, resumió así nuestro agradecimiento: *¡Qué bueno que es el mundo!* Ahí va. El mundo se ha convertido en una parroquia del universo y Colombia en su vereda mimada. En París tuvieron que explicar por televisión que no regalasen más ropa gruesa pensando que Armero y Chinchiná eran tierra fría por aquello del Nevado. Jacqueline Picasso donó 120.000 dólares. El 30 de noviembre, la Opera de Colonia y el 16 de diciembre el Teatro Olympia de París vivirán noches de gala pro-damnificados de El Ruiz, lo mismo que el Teatro Real de Madrid, el 7 de enero de 1986, se vestirá de gala con la presencia de los Reyes de España. Habrá subastas de arte en París, Nueva York y Roma; teletones en Miami, Los Ángeles y Caracas; corridas de toros en Madrid con el mismo destino. Julio Iglesias y José Luis Rodríguez organizan con una cadena norteamericana de televisión la maratón músico-económica “Por ti, Colombia” que cubrió a América durante 9 horas de fraternidad. El cantante argentino-colombiano Piero puso a llorar su guitarra cantándole a Armero; Raphael y Plácido Domingo actuarán el año 86 en un programa espectacular que ojalá no se quede en buenas intenciones. Gabriel García Márquez, nuestro Premio Nobel de Literatura 1982, firmó mil ejemplares de su última novela “El Amor en los Tiempos del Cólera” que empezará a circular el cuatro de diciembre, para ser vendidos a diez mil pesos: esa es su colaboración: diez millones de pesos para los damnificados. Hasta el Chemical Bank envió un cheque por un millón de dólares. Ojalá no resulte chimbo.

No hay dicha completa, dicen las señoras. Los medios masivos de comunicación se apoderaron en tal grado de la catástrofe que, cada cadena radial, en conexión con algunas programadoras de televisión, se disputaba la propiedad de la tragedia. Eso parecía, a ratos, la transmisión de otra Vuelta a Colombia en bicicleta. Y el pueblo mudo de palabras. Hoy viernes, la gente se traga los nervios como saliva.

Lllaman de todas partes a las casas, en Manizales, cuando escuchan los aquelarres de los locutores. Y ya empezaron a echarnos la culpa encima de lo que aún no se ha repetido. Dicen que somos nosotros los únicos responsables de nuestras futuras desgracias por no atender su extrarrápido ofrecimiento de posada. No escuchan razones. Los que claman para que abandonemos el hogar y nos mudemos temporalmente para sus casas quieren espantar de una vez por todas las posibilidades aún remotas de remordimiento. Quieren seguir en paz consigo mismos. Los colombianos somos los peores seres éticos que hay. Todo lo

enfocamos bajo la pregunta *¿Quién es o será el culpable?* Es muy colombiano confundir responsabilidad y culpabilidad. Para nosotros ser responsable es una acusación, sin serlo. Ser responsable entre nosotros es algo indeseable. Por esto puede que seamos irresponsables.

Un locutor con voz en falsete acaba de sacarse el clavo que la opinión ciudadana le enterró hace dos meses. Hoy grita al país: *¿Si ven? Y después decían que los periodistas de esta emisora éramos unos alharacosos; y hasta nos recomendaron que compráramos una jaula para meter la lora que dimos. Pues ahí la tienen: ¡una lora de 25 mil muertos!* Por el tonito de la voz, los mortales que tuvimos que padecer semejante catilinaria dedujimos que ese señor estaba feliz por la catástrofe pues al fin pudo descansar de su tormento.

José Fernández, en el noticiero de televisión, también aprovechó la ocasión para sacarse el mismo clavo. Recordó que Max Enríquez, “el hombre de los meteoros”, pronosticó la erupción del Volcán y por eso lo declararon persona no grata en varias ciudades: *Y, ya lo ven, ya lo ven.* Lo que no recordó el presentador, tal vez dada su edad avanzada, fue el contexto del citado pronóstico: *En estos diez años.* Puras satisfacciones morales en lo que también somos expertos los colombianos. Laureles marchitos.

Está bien. Somos responsables o culpables sin que científicos ni autoridades ni periodistas hayan dicho qué día había que vaciar la ciudad, los pueblos y los campos. No podríamos imaginar el caos que se hubiera formado si, para darles gusto a los señores del micrófono y la imagen, los manizaleños que mal contados somos trescientos cincuenta mil, hubiésemos abandonando la ciudad hace dos meses. *¿A dónde hubiéramos ido? ¿A hacer qué mientras estallaba el Volcán? ¿Por cuenta de quién hubiera viajado el mayor número de asalariados con sus familias y trebejos, cuando no poseen dinero ni para el bus diario? Si hubiésemos atendido, con los de Armero y Chinchiná, su grito despavorido en ese entonces, al mes, estarían responsabilizando o culpando a los gobernantes por sus delirios al permitir que pueblos enteros deambularan como vándalos por el país.*

Como buen colombiano estoy a punto de lavar mi culpa en otros. Claro que lo ideal no sería que nos echásemos la culpa encima como un baldado de agua sucia sino que cambiásemos la desorganización mental dejando de pensar a posteriori como una disculpa, para ocuparnos con anterioridad en buscar la dimensión

posible de las causas y efectos para que no ocurra luego lo que reclamamos a los otros. Eso mismo lo dijo Enrique Caballero:

“Ojalá nos ocupemos de elevar el tono de la vida nacional en lugar de ponernos a rastrear la huella de los culpables de negligencias inverosímiles pero ya irreparables. Colombia no tendría remisión si fiel a su temperamento antropófago se engolfa en el adelantamiento de juicios de responsabilidades que ofrecerían, por cierto, un banquete pantagruélico pero inoportunamente indigesto” (El Espectador, 24-XI-1985, p.3^a).

A Dios gracias, Manizales y Caldas aún poseen cierta pizca de tranquilidad que bien administrada nos servirá de mucho pero ¿por cuántos días más? A veces se encuentra uno con personas que hacen gala de un estoicismo admirable. Todavía hay gente lúcida, en mayor o menor grado, de acuerdo con la intensidad del rumor o las noticias. No se puede explicar fácilmente cómo hace un pueblo para no estallar ante el patetismo de los informes televisivos, gráficos y radiales y, más que eso, ante el irrespeto al dolor y la crueldad en los minutos dedicados a transmitir *en vivo* y *en directo* los lamentos lacerantes y las preguntas estúpidas a los moribundos. Un adulto completaba tres días y medio aprisionado entre los escombros sin ser rescatado. Logró mantenerse vivo hasta el momento del rescate. Un periodista arrimó el micrófono a los labios de la víctima mientras le preguntaba *qué opinaba de la avalancha*. El hombre entró rápidamente en agonía pero, ni así, el periodista le retiró el micrófono. Murió de fastidio ante tanta impertinencia. Era el hostigamiento periodístico en trance de un premio esquivo.

Al respecto. El 9 de diciembre de 1985, El Tiempo publicó (p.5^a) una carta con el título “Entrevista a un moribundo”, que el remitente concluye así:

“... No es posible que la televisión como medio de comunicación social alimente el morbo de la gente con este tipo de escenas. Es indudable que esa tragedia nos ha tocado a todos: Colombianos y extranjeros, como en mi caso, que sentimos a Colombia como nuestra patria y hacemos de su dolor el nuestro. Creo que hay formas de hacer que la gente reaccione a la ayuda, pero obviamente el amarillismo barato no es el camino de la gente civilizada. Alejandro Rosens A”.

El síndrome de la chiva entre los periodistas preocupadísimos por ser los primeros en todo, les llevó a hacer preguntas como éstas a personas acabadas de rescatar de la muerte: *¿En qué momento se sintió perdido? ¿Sabía lo que le esperaba? ¿Cree en la otra vida? ¿No le dará pena sentirse manco? ¿Qué opina ahora que sabe que perdió a todos sus familiares?*

Faltó caridad o tacto con las víctimas de la tragedia y con los consumidores de los medios de comunicación masiva. Había que ver el silencio pavoroso de todos los pasajeros de busetas, buses, taxis, bajo el apabullante alarido de la radio; y de familias enteras frente al televisor, en la sala o el comedor, o ante las vitrinas del comercio que transmitían como si se tratara de un mundial de fútbol. No faltaba sino que alguien tirase una puerta, diera una palmada, lanzara un grito, para que la gente se sacudiera presa de los nervios.

El Presidente de la República agradeció a los medios de comunicación el desvelado servicio a la Patria, en esta hora, pero les amonestó por transmitir noticias infundadas como cuando, ante la alarma falsa que anunciaba una nueva avalancha, los médicos y enfermeras del Hospital de Mariquita abandonaron a los heridos en su afán por subir las colinas cercanas. Al mismo tiempo que solicitaban antibióticos, sondas, vacunas antitetánicas, en los hospitales de la zona afectada, empezaban a solicitar calmantes para los nervios. Mal síntoma que se fue extendiendo como una peste del alma.

Las imágenes visuales que recorrieron el mundo utilizando el satélite como instrumento fueron, en general, de una calidad admirable. No tenían qué envidiar al periodismo de guerra. Certeras, oportunas, de excelente enfoque. Camilleros y víctimas al trote, mar; ganado bramando entre el lodo espeso; helicópteros y ambulancias con su ulular patético. Quizá, la premura del insuceso y la voracidad de los receptores impedían la selección minuciosa de las secuencias; no pudieron echarles tijera a las tomas inoportunas o indignas de ser lanzadas al consumo general.

La Ministra de Comunicaciones, Nohemí Sanín Posada, quien acaba de enfrentarse a las reacciones por el polémico Decreto que permite la pornografía en teatros de dudosa ortografía y a menor precio, no se aguantó más y hoy viernes 15 de noviembre suplicó a los comunicadores sociales que cuiden de transmitir escenas o imágenes que atenten contra el pudor. En varios noticieros transmitieron cuerpos lastimosamente desvalidos en su desnudez obvia, pero

fuera del contexto noticioso. Un reportero de televisión detuvo morosa y morbosamente su filmadora, de arriba abajo, detrás de una mujer desnuda mientras que la pobre víctima contestaba al aire las insinuaciones para que posara de frente. No tuvo más que contestarle: *¿Si? ¿Sacarme así para todo el país?* Por lo visto y oído, ‘el periodista’ de marras necesitaba una buena modelo y no una buena noticia. Fueron muchos los ejemplos de amarillismo al tratar de descubrir las flaquezas ajenas, en lo que Gabriel García Márquez llamará, en la novela que dará a luz el cuatro de diciembre, “una de nuestras virtudes más usuales, el pudor de las desgracias propias”, en contraste con el impudor por las desgracias ajenas. Estas consideraciones no pueden considerarse como pacatas. Vladimir Naranjo comenta:

“La encomiable labor humanitaria adelantada por los noticieros de radio y televisión con motivo de la tragedia del Tolima y de Caldas, se ha visto empañada por las reiteradas muestras de sadismo y morbosidad de que han hecho gala muchos de sus reporteros y reporteras. Resulta repugnante, por decir lo menos, escuchar por la radio y ver por la televisión, las voces e imágenes de estos periodistas interrogando despiadadamente a las víctimas sin el menor respeto por su dolor, sin la menor consideración por su estado anímico. Resulta indignante verlos acorralando a un niño que ha perdido a sus padres y a todos sus hermanitos acosándolo con preguntas tendientes no a darle consuelo sino a avivar su dolor... Cumplan su oficio, señores reporteros, pero háganlo con dignidad. No traten de explotar el dolor inmisericorde para ganar audiencia. No busquen obtener, a través de él, supuestos premios de periodismo” (El Espectador, 8-XII-1985, p.4A).

3. Sábado 16 de noviembre: Sábado de Dolores. Olor a azucenas podridas. Los periodistas de todos los medios no han descansado ni los consumidores de información. Somos devoradores insaciables de novedades. Lo que vimos y oímos hasta la desesperación, ayer, madrugamos, hoy, a ver cómo salió fotografiado en la prensa. Los periódicos permiten repasar pausadamente lo

que nos llama la atención. Su tiempo es más lento. No es tan fugaz como la visión instantánea en la televisión ni como las palabras al viento de la radio.

El Tiempo, El Espectador, El País, Occidente editados en Bogotá y Cali llegan al amanecer sin saberse cómo pues las rutas terrestres habituales de Manizales con la capital del país y la capital del Valle del Cauca fueron destruidas por los tornados a su paso, en Mariquita, Chinchiná y La Rochela.

Para viajar a Pereira hay que dar una vuelta bajando a Irra y luego subiendo a Supía-Riosucio-Anserma-La Virginia, que demora, en vez de una, siete horas. La especulación con los precios de los alimentos es explicable. Empezaron a escasear los productos de primerísima necesidad, menos la prensa. Parecería que quienes habitamos en la capital de Caldas nos hubiéramos resignado a morir de hambre pero bien informados.

Los periódicos bogotanos nos informan del lado tolimense. La Patria, del lado caldense y los diarios caleños y antioqueños, entre los que merece resaltar las ediciones de El País y El Colombiano, de ambos sitios de la tragedia.

El periódico local, al igual que los noticieros de televisión, no ha tenido reparos para editar fotografías que nos han llenado de horror y desconsuelo. Nadie podrá zafarse del recuerdo que causaron las fotografías de altas pirámides de fragmentos humanos lavados por el Cauca, cerca a Arauca. Entre centenares de pedazos amontonados no se veía un cuerpo completo. Muchas personas hubiésemos deseado que almas bondadosas hubiesen cubierto los arrumes de deshechos si no con sábanas, por lo menos con periódicos. Mi hermana Ángela Rosa contempló aquel espectáculo dantesco y musitó: *Esos corrillos de curiosos fotografiados en círculo ante esas montañas de cuerpos descuartizados parecen las aves rapiña de una pesadilla* y se marchó a otra alcoba con desgano. Medité cómo quedará de averiada la salud mental de un pueblo que tiene que soportar semejantes platos servidos por pornógrafos de las vicisitudes humanas. Jorge Hurtado, fotógrafo profesional, le manifestó su disgusto al Gerente del periódico local y, según este, se publicaron semejantes tomas *'para dar a conocer la intensidad de la tragedia'*. El fotógrafo le arguyó: *'Para dar a conocer la intensidad de la tragedia un buen periodista gráfico la puede encontrar en un rostro vivo'*.

Conviene recalcar que el carácter dantesco no lo inventaban los medios de comunicación de masas sino que ellos lo reproducían. Lo explotaban. Hoy

sábado, cuentan que otro adulto aprisionado por las ruinas y el fango fue rescatado a costa de sus dos piernas. Al volver en sí y verse inutilizado para el resto de sus días, con el estoicismo de un romano, le sacó el cuchillo a un miembro de la Defensa Civil y se suicidó. No se sabía cómo juzgar aquel acto. No funcionaron las cabezas frías de los moralistas.

También hoy empezó a hablarse del Caso Omaira Sánchez, la niña de doce años que, después de dos días, continúa atrapada por varias planchas de cemento, en un pozo de aguas sucias que la cubren hasta el cuello. Nos lastima su ternura. Con palabras débiles, comenta que, con los pies, puede tocar el cadáver de su tía. Desde el primer momento, la noticia ha acaparado la audiencia por el temple heroico de la niña en ese cepo de torturas. Ha dialogado con periodistas y socorristas. Les ha dicho: *‘Llevo dos días sin ir a la escuela y hoy viernes tenemos el examen de aritmética... Váyanse a descansar y mañana vuelvan a sacarme...’*. Un socorrista amaneció abrazado a su cuerpo helado dándole calor. La gente está histérica. Como si Dante, en un acto de locura, hubiese sacado al Conde Ugolino del Infierno y en su lugar hubiese condenado a la dulce Beatriz.

La labor de rescate se ha intensificado, en lo concerniente con los seres vivos, impulsada más por la filantropía o la caridad cristiana que por la logística de las autoridades o el entrenamiento de los socorristas. El doctor Guillermo Rueda Montaña, Presidente de la Cruz Roja Colombiana, expresó:

“ Además de las inadecuadas comunicaciones, escasez de medios de transporte aéreo, demasiado personal voluntario, exceso de buena voluntad que, a la hora de la verdad, crearon complicaciones: excesiva cantidad de personas que desconocían las normas del manejo de desastres y pacientes; las autoridades no aislaron la zona, lo que permitió la entrada de toda clase de voluntarios espontáneos; faltó un comando único de operaciones, sobre todo en las primeras horas después de ocurrida la catástrofe; a pesar de lo anterior, durante las primeras 72 horas fue posible rescatar el 75 por ciento de los heridos; escasez de equipos en cantidad y calidad. La misma hora en que ocurrió (pasadas las 10 de la noche) dificultó más todas las acciones” (Gloria Moanak,

“Colombia no aprendió la lección con la tragedia del Volcán del Ruiz”, El Tiempo, 15-VI-1986, p.8ª).

El Simposio sobre “Aspectos Médicos de la Erupción del Nevado del Ruiz”, organizado por la Academia Nacional de Medicina, concluyó a manera de solicitud:

“Una mejor capacitación del personal de socorristas que no deben actuar más allá de las labores propias de sus funciones, o sea el rescate y transporte de heridos. La gran lección para este personal es que no debe tratar a los heridos, ni suturarlos, ni aplicarles vendajes compresivos (Gloria Moanak, *ibid.*).

El número de heridos asciende a 1.800, de los cuales 800 quedarán mutilados o minusválidos. Se calcula que sobrevivieron 6.000 niños sin sus padres. Seis mil socorristas han trabajado más allá de sus fuerzas. Uno de cada mil colombianos ha muerto. Dada la extensión del área devastada, en el Tolima, se supone que declararán Camposanto a una extensión reducida de los 8.000 kilómetros afectados por la avalancha. Muchos muertos caldenses ya ocupan fosa común en Chinchiná, Arauca, La Pintada, Bolombolo,... Esta población antioqueña, tan bellamente cantada por el poeta León de Greiff, se manejó muy bien con nuestros muertos.

Varias epidemias se nos vienen encima: Unas afectarán a las regiones directamente y otras a todo el país. Fuera de los males del cuerpo, se prevén el hambre, la orfandad, el desempleo y la astucia de los avivatos. Una persona allegada a mi casa sumó y restó para concluir: *‘Menos mal que los sobrevivientes no fueron muchos’*. Qué tal que la escuchase Maquiavelo. La declararía alumna emérita. El Consejo de Ministros delibera para estudiar las posibilidades de declarar la Emergencia Económica, en el país o, por lo menos, en la zona del desastre. El año entrante, cuando las ricas praderas del desastre no paguen impuestos, por ejemplo, ¿de qué vivirá el Departamento del Tolima?

Por medio del Decreto 3830 de 1985, se permitió la importación de maquinaria para ampliar la capacidad de las empresas ya existentes y la fundación de otras en el norte del Tolima y en Manizales, Villamaría, Chinchiná, Palestina y La Dorada. A mediados de 1987, el valor de lo importado apenas llegaba a 30 millones de dólares. Entonces, el Gobierno, el Congreso, los gremios económicos, unieron

fuerzas para dejar, por 365 días más, las puertas abiertas a nuevos inversionistas que vendrían, según la Fábula de la Lechera, a triplicar las importaciones de equipos consolidándose así la industrialización del área afectada por la avalancha.

Según sondeos de la periodista Martha Inés Betancur (La Patria, 27-XII-1987, p.1B), “La vigencia del Decreto 3830 de 1985 y su posterior prórroga por un año más, se constituyó sin lugar a dudas en el hecho económico de 1987 para los caldenses”. La Andi y la Cámara de Comercio informaron (La Patria, 11-IV-1989, p.1ª), que hasta el 31 de diciembre de 1988 cuando expiró la mencionada Ley, los caldenses importaron maquinaria por 110 millones de dólares, para 94 nuevas empresas y para renovar aparatos de 158 empresas existentes. 3.853 nuevos trabajadores directos ingresaron a manipular esas máquinas. Y el 12 por ciento de colombianos hoy desempleados comenta: *¡No hay mal que por bien no venga!*

En julio de 1987, al año y medio de la noche mortal, en el desierto de Armero, recogieron la primera cosecha de arroz. Las espigas, a través de la televisión, se veían más verdes que las habituales y el viento las mecía como triunfo ferviente de la vida sobre la desolación.

El 6 de octubre de 1988, bajo la asesoría de la Corporación Financiera de Caldas, se firmó la escritura de la Sociedad Anónima ERUPCIÓN. Según el doctor Felipe Montes Trujillo, el propósito estriba en conseguir capital para la inversión y el desarrollo económico de Manizales y Caldas. El 8 de marzo de 1989, el doctor Julián J. Aristizábal anunció el recaudo de setenta millones de pesos como capital (dólar a 350 pesos ese día) por lo que, entre repique de campanas, anunció: “¡La fiebre de ERUPCIÓN está alta!”. En esta ocasión nadie sintió miedo: La voz *erupción* había sido desempolvada con picardía y vanidad y el trebejo verbal de antes renació como fetiche aureolado de dinero. De tabú a fetiche lingüístico y receta de cocina. Se ha puesto de moda el postre en el que esparcen ripio de coco sobre el copo de espuma y desde la cumbre deslizan hilos de chocolate o caramelo. Nombre del postre: *¡Nevado del Ruiz!*

LA MÁSCARA DE LODO



1. **L**a voluntad de Dios, el destino, la suerte, las malas, la lotería, son

soluciones facilistas a las inquietudes de los colombianos. Todo estaba entre los cálculos de las fuerzas ingobernables. Pensando en esto me cogió este domingo de resurrección. Todo domingo huele a resurrección o a guayabo. Y me asusté al comprobar la inextinguible, rapidísima y hasta necesaria capacidad de mitificación del ser humano. Cuatro días después de la riada, el pueblo ha empezado a esculpir las estatuas de sus héroes, a expurgar la imaginación que no los favorezca, a transmitir las con el celo de un misionero. *Se habla*, (esta es la fórmula lingüística con que prende motores la imaginación) de que la catástrofe de Armero es un castigo de Dios, debido a que el 10 de abril de 1948, 10 de sus habitantes asesinaron a machete al Párroco Pedro María Ramírez, según unos porque guardaba armas en la casa cural y según sus seguidores porque trató de defender la castidad de unas monjas. El cura fue arrastrado por las calles, prostitutas danzaron alrededor de su cadáver y, desnudo, fue arrojado al cementerio. Curiosamente, *cuentan* (otra fórmula lingüística para iniciar una leyenda en el recuerdo calenturiento), el cementerio fue la única parcela de Armero que no fue inundada por el lodo y los cadáveres emergieron desnudos del lodazal, como el cuerpo del sacerdote. Se podría preguntar si, en 1595 y 1845, si en las áreas rurales de Villamaría, Palestina y Chinchiná, también mataron curas o si es justo que paguen inocentes por pecadores. Bueno, es tabú primario para una sociedad tratar de racionalizar sus mitos.

Pero, no hay necesidad de volver la cara pues se corre el peligro de la Señora de Lot. En este domingo soleado, los diarios traen con expresiones poéticas y sentimentales, el triste final de la Niña Omaira:

“ ... El socorrista espontáneo Jairo Enrique Guativonza permaneció toda la noche abrazado a la niña, para darle calor, ambos metidos allí, en el fango. Jairo Enrique cuenta que durante la noche le cantó varias canciones, le contó que había cumplido años el pasado 10 de noviembre y estuvo diciéndole que por ahí andaban su padre y madre y que entonces le iban a volver a celebrar su cumpleaños.

Al principio de la noche, estuvo aún consciente, sosteniendo con su acompañante conversaciones coherentes. Pero después de la una de la madrugada, comenzó a delirar. Cantaba canciones extrañas y Guativonza relata que hacia las tres de la mañana le dijo que ya el Señor la estaba esperando. Después cantó la Canción de los Pollitos, afirma el socorrista que fue su acompañante durante las tres noches de muerte. Cuando amaneció ya estaba en camino hacia la agonía... Hacia las nueve, había doblado la cabeza sobre su pecho y la vida era apenas unos leves estremecimientos del cuerpo... Entonces, todos, médicos, socorristas y periodistas nos quedamos en silencio; pasaron, tal vez, diez minutos y, a las 10:05 de la mañana, la niña se estremeció, frunció los hombros. Y murió...” (Germán Santamaría, “Omaira no se pudo salvar”, *El Tiempo*, 17-XI-1985, pp.1^a-8^a).

Esta crónica reproduce el tradicional arrobo humano ante la muerte que para todas las culturas, y sobre todo para la hispanoamericana, ha sido objeto de la mayor mitificación.

El texto anterior es mítico por razones internas, como la estructura escogida, los propósitos, la entonación, las alusiones, los elementos ideológicos y por razones externas como el realce dado por el periódico y la masificación en torno al acontecimiento y a su edición, fuera de los efectos provocados.

La crónica de Santamaría respecto al modelo que la originó es tan artificial como el cine con respecto a los modelos que actúan. Lo intuyó Máximo Gorki cuando dijo: “No es la vida sino su sombra; no es el movimiento pero sí su espectro mudo”. ¿Qué cosa? El cine y también la literatura. Los dos son arte: Productos del artificio, de la composición consciente (y hasta inconsciente) del autor. Y, ¿qué es el mito? Es la respuesta a una angustia. Es la principal materia prima del arte. No es una forma lógica ni racional de mirar el mundo. La crónica pertenece al género periodístico (literario); mítico; no al científico ni por el fondo, ni por la forma, ni por las intenciones.

Para redactar el mismo título: “Omaira no se pudo salvar”, el periodista o los empleados de la redacción omitieron la lógica del asunto, “No se pudo salvar a Omaira”, con el fin de causar más impacto en los miles de lectores. “Cada vocablo

posee varios significados más o menos conexos entre sí. Esos significados se ordenan y precisan de acuerdo con el lugar de la palabra en la oración. Todas las palabras que componen la frase, y con ella sus diversos significados, adquieren, de pronto, un sentido: el de la oración. Los otros, desaparecen o se atenúan”(Octavio Paz, *El Arco y la Lira*, México, 1973, p.106). El ‘Omaira’ adelante rompe la oración aunque no fuera el sujeto del fracaso. No necesita el apellido Sánchez. Presuponen que ya se ha difundido suficientemente y se sabe que existen lectores cautivos. Con anterioridad, por entregas, se ha atrapado a la masa. Atrapado en el sentido de despertar curiosidad, solidaridad espiritual muy noble o sentimientos mezquinos como el de la impotencia, de la rabia estéril, del absurdo de la existencia.

No solo los móviles recónditos del autor o del editor que pretendo objetivar abren en el anterior texto las puertas del mito. También la estructura gramatical simple o de oraciones coordinadas, lineal, progresiva, sin que sobre al propósito ni una sola coma. Podría decirse que ostenta estructura bíblica en cuanto al modelo del Génesis o de los Evangelistas. Leamos expresiones como: “Al principio de la noche estuvo aún consciente” y sentiremos el hálito del primer libro: “Al principio creó Dios...”. En las oraciones: “Había doblado su cabeza sobre su pecho”, “A las 10:05 de la mañana, la niña se estremeció, frunció los hombros. Y murió” pasa como una ráfaga el mismo viento que sopla en los textos de San Lucas y San Juan: “Era como la hora de sexta” (Lc.23:44), “... inclinado la cabeza, entregó su espíritu” (Jn.19:30). Y, entre estas dos evocaciones de la literatura hebrea fluctúa la crónica del Volcán, obvio que sin proponérselo conscientemente y sin alcanzar similares efectos religiosos ni estéticos, pero sí míticos. Ennoblecen, (mitifican), esos instantes sagrados. Santamaría (natural de El Líbano, población cercana a Armero), se consagró como el evangelista del desastre apocalíptico.

Pero, no son esos dos renglones únicamente los que nos ubican en la irrealidad elaborada por la selección de elementos lingüísticos. “El socorrista espontáneo” hace las veces del Discípulo Amado, “aquel que da testimonio de esto, y sabemos que su testimonio es verdadero”(Jn.21:24). La crónica transcribe lo relatado por Guativonza quien cuenta que “hacia las tres de la mañana le dijo que ya el Señor la estaba esperando”. Función mesiánica del mito, recalcada por quienes lo transmiten.

Estamos leyendo una crónica estructurada con lenguaje estándar, con léxico cotidiano al alcance de las personas con parecido universo cultural al de la protagonista. Las alusiones a la vida real son apropiadas para cualquier público: “Contó que había cumplido años, “cantó varias canciones”, “cantó la Canción de los Pollitos”. Y, si en el arranque de unos períodos encontramos reminiscencias bíblicas, por el tono saudadoso de nostalgias perdidas y ‘la ineluctable fuerza del destino’ pensamos que quiso aproximarse al autor de Cien Años de Soledad. Aunque las alusiones al novelista de Macondo no sean expresas, el cronista de Omaira ha estado junto al corazón literario de García Márquez en tal grado que fue uno de los pocos privilegiados que tuvo sobre su escritorio o fue llamado al escritorio del editor, varios días o noches antes de la publicación de *El Amor en los Tiempos del Cólera*, para que conceptuara qué tal la última salida del autor colombiano. Hace parte de la más íntima mitología de alguien aquel autor cuya obra se haya convertido en carne de la carne de una persona. Mientras Santamaría, haciendo alarde como su maestro de estricta temporalidad, relata que “... nos quedamos en silencio, pasaron tal vez 10 minutos y a las 10:05 de la mañana la niña se estremeció, frunció los hombros. Y murió...”, el diario *El Espectador*, sin alardes literarios en este caso, informa que se murió a las 9:30. ¿Verdad o descuido en el periódico de los Cano? ¿Verdad o afán de mitificación en el periódico de los Santos?

El mito para ser tal debe ser social ante todo por el uso del material ideológico. Es este el vaso comunicante entre el autor y el lector. Que llegue al alma porque vibran al unísono. El socorrista cumple con su deber más allá de lo esperado; la conversación entre Omaira y Jairo Enrique invita al coloquio entre el autor y el lector; pero no sólo datos aislados y superficiales como el dato del cumpleaños y la canción de los pollitos. Hay otros elementos de raigambre social en nuestro pueblo como la religiosidad y el fatalismo: “Cuando amaneció ya estaba en camino hacia la agonía”, “ya la agonía se aproximaba a la muerte”; y la resignación en que se esfuma la mayor parte de nuestras empresas: “Entonces, todos, médicos, socorristas y periodistas nos quedamos en silencio”. En nuestra cultura, nadie puede rebelarse contra el mito del destino. Ni siquiera las máquinas, con las que pretendían extraer el agua turbia, que pusieron a funcionar a las 7 a.m. No funcionaron para que el hado continuase su ruta inexorable que se aceleró desde la una de la madrugada cuando la niña “comenzó a delirar”.

Los puntos suspensivos del final de la crónica, “Y murió...” pertenecen a esa recóndita aspiración de prolongarse más allá de la última palabra. Un eco que se dilata en la sensibilidad de la masa, ayudado por el despliegue editorial de primera página. Santamaría es periodista estrella y, por tanto, merece el relieve de los primeros espacios y las letras más sobresalientes. Lo merece por su profesionalismo arduamente cultivado. Tiene olfato. Se lee con agrado que, a ojo de buen cubero, quiere decir que se vende. La muestra está en que el sábado publicó la primera crónica sobre el dramático caso de la niña (con ella ganó el Premio Internacional Agustín Chamorro en abril de 1986) y logró ser leído a las seis de la mañana por un periodista de Caracol que decidió repetir cada diez minutos el nombre piadoso de Omaira, para taladrar inmisericordemente los oídos de los escuchas. A las ocho de la mañana, el pueblo caldense repetía la historia santiguada por la leyenda. El Tiempo se había agotado a las nueve de la mañana. A las dos de la tarde, el tono de las gentes era de luto personal. El tema de Omaira, la muerte de Omaira, compendia el tema y la muerte de las 25.000 víctimas mortales. En mi casa, se sintió la muerte de la niña de pelo corto y ensortijado, de ojos rasgados y piel de miel, como un duelo familiar. Pero no fue un caso aislado. Mitificar es canonizar, entronizar afectivamente una respuesta en forma de sensación, sentimiento, costumbre, idealización en el alma de un pueblo ansioso y carente hasta ese entonces de un emblema. Humberto Arbeláez, director del Noticiero Promec de Televisión, también leyó a Germán Santamaría y concluyó proponiendo que en cada escuela debería colocarse el retrato de Omaira, *como modelo de alumna excelente*. Al terminar su exhortación, sollozaba.

El mito, según la antropología, es universal, perenne en las distintas comunidades de la prehistoria, la historia antigua, moderna y parece que del mundo futuro. Los mercantilistas actuales trocaron para los niños los mitos que respondían a valores sociales, civiles, religiosos, patrióticos, culturales, encaminados a mantener estable la sociedad que los había adoptado, por mitos de pacotilla, sin trascendencia positiva, como las estrellas de los espectáculos. Mitos industrializados, mitos consumistas. Por esto no está mal que, en el forro de los cuadernos de los niños colombianos, en vez de los personajes deslumbrantes de los medios masivos de comunicación, aparezca la imagen plastificada de una heroína popular, cobriza, dotada de fragilidad y de nobleza. A grandes rasgos, el símbolo de lo que somos. Definitivamente, el mito es la confabulación de un pueblo; un mojón para su futuro. No está del todo mal que, en el porvenir, la

pesadilla del Volcán se diluya en la efigie transfigurada de Omaira más que en las escabrosas montoneras de cadáveres mutilados.

El miércoles 20 de noviembre, a los ocho días de la avalancha, una señora se dirige al director del periódico que sirvió de vehículo de mitificación, en estos términos:

“¿De qué murió Omaira? ¿De dolor, de desesperanza? Yo creo que Omaira no murió. A media noche debió venir un ángel para llevársela al cielo. Y allí estará recibiendo las clases que tanto le preocupaban. Pero no tendrá matemáticas, ni historia, ni geografía sino clases de amor, verdad y justicia. Y mandará bendiciones para los que vieron su angustia, su ayuda, sus lágrimas. Ruega por nosotros, querida Omaira (El Tiempo, 20-XI-1985, p.5ª).

El pintor Genaro Mejía se inspiró en la visión de la señora cuando dice “Yo creo que Omaira no murió. A media noche debió venir un ángel para llevársela al cielo” y con algo tan sencillo e ingenuo elaboró, en 1987, un mural en la pared de fondo de la Capilla de Santa Teresa que queda en La Rochela.

La empresa de noticias AFP transmitió el 24 de noviembre, desde Bruselas, este cable:

“Un grupo de católicos belgas acaba de pedir al Papa Juan Pablo II y a los obispos que reconozcan que la pequeña Omaira fue una “mensajera involuntaria pero evidente de Dios”. El abad Phillips Dupriez, de 47 años, encargado de una parroquia de Bruselas, lanzó hoy ante los fieles un pedido a la Iglesia Católica para que reconozca “Bienaventurada” a la pequeña Omaira. Para el Padre Dupriez las últimas palabras de Omaira solo pudieron venir de una inspiración de Dios”.

De modo pues que el mito no es simple cuestión de subdesarrollo. En la cerebral Bruselas también se cuecen habas.

Los que impulsan la canonización de una persona tienen que demostrar algunos milagros que se deban a su patrocinio. Pues bien: Omaira ya empezó a hacerlos. Se ha constituido por obra y gracia de los medios masivos de comunicación en el

emblema de una tragedia. Antes se canonizaba por una vida al servicio de Dios; hoy canonizan los medios por unos gestos en el mundo de los gestos; por una imagen en el mundo de las imágenes. Hasta el adusto Padre Rafael García Herreros dedicó su Minuto de Dios, del 6 de diciembre, a Omaira y la proclamó “*patrona de las escuelas*”, así haya dicho, ante las cámaras de televisión, la ingenua abuela que la niña ‘*era necia, alegre y comilona*’ o sea que poseía tres virtudes antisantorales.

Si alguien reclama milagros más palpables o pragmáticos pues que se sepa: al mes completo de haber fallecido, Omaira logró el milagrazo que la Transnacional Occidental-Shell le donase a la familia de la niña un apartamento amoblado en la capital del país. ¿Habrás visto semejante desprendimiento?

El nuevo mito creció como espuma. Y tuvo la vida de una pompa de jabón. Omaira, como mito, fue programada, de un día para otro, por personas y afanes distintos a los que, en otra época, gestaron el mito del mohán, de menos carnadura pero más real e indispensable para el pueblo, legítimo autor anónimo de los mitos que sobreviven.

En esta inflación de mitologías y milagrerías, se habló mucho de santos pero nada de Dios. Creo que esta ha sido la peor catástrofe atea en el tercer mundo. Dios resultó ser el más anónimo de los damnificados: nadie preguntó por Él. Explosión de mitologías y letargo de la religión. No se puede hablar de “la muerte de Dios”. Si mucho, de su ausencia en la mayoría de los labios.

2. La erupción volcánica no solo fomentó en los colombianos y en la mayoría de los habitantes del mundo occidental la admiración y el terror, la solidaridad y la compasión, la mentira tendenciosa, el equívoco, la información, la desinformación, la contrainformación, la comunicación, el mito, la leyenda, sino también el tótem, el tabú y el fetiche.

Anteriormente, solo los poetas habían personificado la mole blanca de El Ruiz. La habían comparado con *un cisne cuello de nácar* y se había constituido por gracia de los decretos en vigía de los escudos manizaleño y caldense. Desde el once de septiembre de 1985, las gentes empezaron a temerle, a desvelarse por él y dejaron a un lado las caricias poéticas para ver al abuelo o al perro gruñón. El catorce de noviembre se agudizaron los sentimientos para con el otrora apacible nevado y

empezaron los locutores de radio a gritarle ‘Volcán asesino’, ‘Volcán diabólico’ e, influenciado por la radio efervescente, el pueblo levantó los puños contra la montaña. Y, ante esta reacción, estamos en presencia de un tótem. Para un campesino de Belalcázar, ‘el Ruiz es una serpiente coral: Bellísima pero písela y verá lo que le pasa’.

Tótem es otra noción antropológica que creíamos superada ante el avance de la ciencia y la técnica. Era, y es, pensar un pueblo que los animales, las plantas, los montes, ríos o lagos, ejercen un influjo sobrenatural en la vida del conglomerado. El Tolima, a pesar de compartir la mitad de El Ruiz con Caldas, no ha visto en él al tótem que sí ve en el Nevado del Tolima o el río Magdalena. Ni siquiera se ha preocupado por desarrollar las vías de penetración y del turismo. Para los ibaguereños, los pueblos que rodean el casco blanco del Ruiz parecen pueblos de segunda. Por esto, los habitantes del Norte del Tolima conservan los mejores vínculos comerciales y sanguíneos con Caldas y hasta, en varias ocasiones, se han atrevido a pedir anexión a este Departamento.

Dentro de este orden de ideas, Ibagué no se preocupó como Manizales por los efectos de una posible erupción. Los científicos conseguidos por los lados de Ingeominas, por los caldenses, llegaban a Manizales, sentaban cátedra en Manizales, iban y volvían a Manizales.

Es más: Para los viejos, el Volcán era El León Dormido y cuando empezó a levantar su fumarola al firmamento azul, se convirtió en El león Dorado. Ese dorado se lo daba la luz inclinada del sol. Ahora ‘El León Dorado es el dueño de las fuerzas negras’, como dirían en la película infantil El Gladiador que, por esos mismos días, pasaban por la televisión, en la mañana. El Presidente Belisario Betancur, en el tradicional Banquete del Millón, el 25 de noviembre, exclamó: “La Patria también es el volcán que antes era nuestro símbolo y ahora es nuestro enemigo”. Para El Espectador, “el Volcán del Ruiz se volvió a sobreexcitar” (8-XII-1985, p.1A). El veintiséis de diciembre, un locutor dijo que “el volcán pasó una navidad muy tranquila”. Por estos días, decir que *el volcán tiene boca y respira* es mucho más que una simple metáfora. Es como si se pensase que tiene vida. Sin empacho se refiere la gente a *la conducta del volcán*. El grito aquel de “¡Volcán asesino!” es toda una sentencia judicial. El lunes dieciocho de noviembre, un corresponsal del Noticiero Nacional de Televisión subió a ‘la montaña enferma’ y desde allí se dirigió a los colombianos con una detallada personificación del

paciente con lo que se demuestra que las referencias vitalistas al Nevado van mucho más de las metáforas o las alegorías literarias. Dijo el señor de la pantalla chica que: *'El viejo Ruiz está silencioso. Medita tal vez sobre el daño tan grande que nos ocasionó. Se nota que está arrepentido. Hoy no amaneció enojado pero sí desolado. Se ha dado cuenta que el pueblo ya no lo quiere y lo maldice. ¿Por qué, Nevado, te has vengado de nosotros? ¿Porque hemos talado los árboles de tus laderas, hasta tus pies? ¿Armero pisaba tus dedos y sentiste dolor? No seas rencoroso. Hagamos las paces. Buenas noches'*.

Hay eventos como los que nos han tocado a los colombianos que, de una u otra manera, dan pie para creer que la humanidad progresa a pasos agigantados en ciencia y técnica pero que en el fondo oscuro de su alma sigue siendo la tribu que tiritita de terror en la boca de las cavernas.

3. Si yo digo, ante esta tragedia que, es imposible la comunicación automotriz entre Manizales y Pereira, por la ruta habitual, porque no quedó puente en pie, a la entrada de Chinchiná, se trata de un raciocinio lógico en el que la consecuencia deriva de la premisa, distinto a si digo que no pueden realizar festejos porque estamos de luto. Esta prohibición implícita, subjetiva, generalizada, íntima, irracional en cuanto a que no se deriva de una premisa lógica o cerebral sino emotiva, derivada de una ética o unos sentimientos, se llama Tabú.

El tabú es una prohibición ancestral, no positiva o sea no expresada por una legislación humana próxima. Está inscrito en la idiosincrasia de un pueblo, de acuerdo con la concepción del mundo, sus relaciones y valores. Es más cuestión de antropología que de derecho o filosofía. La religión y la ética anuncian un tabú pero recurriendo a la figura de la razón natural, el pecado original o la revelación divina. El tabú es un mito negativo. Transgredir el tabú acarrea el repudio de la sociedad que lo posee. La práctica del tabú no resiste el análisis racional sobre su origen, ni sobre su estructura, ni sobre sus consecuencias. Es tabú deshuesar el tabú.

Con la catástrofe de El Ruiz afloró en el pueblo colombiano y hasta en el mundo occidental el mayor arsenal de tabúes que fueron hipersensibilizando todos los estratos sociales por medio de la comunicación de masas.

Los preparativos para la edición de la Feria de Manizales, programada para enero de 1986, habían entrado en su recta final. Doce candidatas internacionales al

Reinado del Café habían anunciado su presencia. Los toreros entrenaban sus verónicas para seis corridas y una novillada. El andamiaje de festejos se vino abajo. Fue suspendida como la feria de 1980, poco después del terremoto que dejó una cuarentena de muertos. Si en 1980 no había estructura física, en 1986 no había estructura psicológica. La razón deriva del sentimiento disfrazado de razón: *‘Es imposible realizarla en medio de tanto desastre’*. Un matrimonio de muchas campanillas que se celebraría en Manizales a finales de la semana siguiente fue cancelado con un aviso de prensa de este tenor: “Fulanito y Fulanita comunican a las personas invitadas a participar en su boda que, ante la presente emergencia han resuelto aplazarla hasta nueva fecha”. Mejor dicho: se quedaron con los crespos hechos. La misma palabra *emergencia* es un eufemismo para ocultar un tabú lingüístico: Muerte al por mayor.

Antes, el tabú se había fijado en el sexo y en el erotismo. De ahí la prohibición del Ministerio de Comunicaciones de transmitir las formas eróticas surgidas del fango. También, el tabú social encontró repugnantes, detestables, las fotografías de fragmentos humanos apilados como leña en el suelo inhóspito del cementerio de Arauca. El tabú se manifiesta como terror o fastidio.

En casa del ahogado no se menciona la soga. El tono bajo con que se trató el tema de la explosión del Volcán, en los cenáculos gubernamentales y científicos, acentuó los efectos de la catástrofe. *Para qué alarmar a la gente.* Si se hubiese despejado con suficiente claridad el estúpido tabú no tendríamos que llorar sobre miles de cadáveres pero, en muchas ocasiones, interrumpían al que ponía el tema para advertirle con desgano, *no hable de eso.*

Si el sacrificio de Omaira Sánchez sirvió para hacernos recordar el nacimiento del mito, la filmación de su sacrificio y la transmisión al mundo han desatado polémica entre los europeos: tabú de la imagen, tabú de la muerte. Porque la muerte no solo es mito sino tabú. Así como en las relaciones humanas se sostiene que no se debe discutir de política y religión, también, en el fondo de muchas culturas, la muerte de un ser querido lo lanza al limbo del silencio social. En muchas tribus nadie vuelve a pronunciar su nombre. Aquello de que *no hay muerto malo* es otra forma de expresar el tabú de la muerte entre nosotros, siendo que la muerte no regala tiquetes para convertir en buenos a los muertos malos. Sí hay muertos malos y lo seguirán siendo mientras sus víctimas conserven el recuerdo de su injusticia.

En España, la película de la niña sumergida en el fango, dialogando resignada con los socorristas, despidiéndose de los sobrevivientes y de su mamá lejana, con la mano, “Adiós, mamita...”, y muriendo ante las cámaras de televisión, causó tanto impacto que sirvió para aumentar la solidaridad de los hispanos con el dolor colombiano. No vieron motivo para ocultar la película. No había tabú para una sociedad que siempre ha visto en la muerte un rito atrayente. De cara al toro.

En Inglaterra hubo protestas. Hasta el Comité en Defensa de los Derechos Humanos declaró que a Omaira le habían negado el derecho inalienable de morir sin el fastidio de cámaras y micrófonos que lo único que buscaban era satisfacer la malsana curiosidad de un público voyerista. Debieron respetar el tabú de la muerte íntima.

En Francia, con la diplomacia que siempre tratan de hacer gala, partieron por la mitad. Ni tan cerca que queme al santo ni tan lejos que no lo alumbre. Transmitieron la película pero, en vez de desatar la voz de la niña, en directo, una locutora comentaba sus estoicas palabras. Este truco mermó el efecto nervioso en los espectadores. Tabú restringido a la palabra, no a la imagen.

¿En dónde ubicar a los venezolanos? También presenciaron ante las cámaras la muerte de la niña. Quedaron al borde de la histeria colectiva. Un venezolano de 38 años vio la escena, se retiró a la alcoba y allí se ahorcó. El tabú, por consiguiente, presenta variaciones en cada sociedad.

Nunca, como en las actuales circunstancias, el pueblo se aterró tanto con el poder patético de las imágenes visuales. Ha completado quince días con los ojos como garfios engarzados en las dantescas secuencias transmitidas y retransmitidas hasta la saciedad. No despabila. El terror narcotiza. Este fenómeno acarrea, como secuela, la insensibilidad social. Si ante nuestros ojos han desfilado miles de muertes atroces, acto anteriormente vedado a quienes no fueran íntimos del moribundo, ¿por qué creer que se va a acabar el mundo si mi abuelita muere entre sus blancas y perfumadas sábanas de seda? *Eso no es nada*, dirán los que consuelan; *¡Para lo que hemos visto!* Este caso puede ilustrar el grado de insensibilidad a que llegamos: el 27 de enero de 19886 llegué a casa, a la hora del almuerzo. Cuando abrí la puerta, Ángela me dijo: *¡Explotó...* En fracciones de segundo le arrebaté el pensamiento y concluí: Sí, explotó nuevamente El Ruiz. Otros 25.000 colombianos difuntos. Esto se acabó. Ángela terminó la oración

que había empezado y concluyó: ¡*Explotó el Challenger!* Descansé y, con todo el respeto que merecen la ciencia, la tecnología del espacio, las siete vidas de los astronautas incluyendo a la maestra que viajaba con ellos y que dictaría clase desde la nave sideral, e incluyendo el dolor plastificado de los gringos, confieso que pude almorzar sin mucho sobresalto.

4. Hemos recalado que el periodismo informativo y los radioaficionados han desempeñado una magnífica labor en el campo humanitario. Rebasaron sus fines. Convocaron al mundo y aquí lo tenemos con los ojos, el alma y el bolsillo en las manos. Buena parte del consuelo espiritual y material es obra suya. Hasta el jueves 21 de noviembre, ocho días después de la noticia, habían descargado 380 toneladas de auxilios del exterior y 358 del interior. La Fuerza Aérea Nacional había volado 510 horas, evacuado a 1.800 heridos a Bogotá, Cali y Medellín y 7.128 sobrevivientes.

La titánica labor informativa, con todo lo diáfano y equívoco que ha tenido, nos manifiesta lo que podríamos llamar el fetichismo de la imagen visual, el fetichismo de la palabra oral y escrita y, aún, el fetichismo de los medios masivos que las planearon para producir efectos determinados. Eso es fetichismo: Un objeto material que produce unas consecuencias desproporcionadas a la causa material, debido a la convicción que un pueblo, un grupo o una persona se han formado sobre ese objeto y su influjo benéfico o maléfico sobre ellos. La imagen y la palabra han resultado fetichizadas porque las organizaron como motores de la solidaridad mundial, de palabra y de obra, y lo alcanzaron.

Junto con toneladas de alimentos, medicamentos, ropa, carpas y bolsas para cadáveres, los mass media colombianos lograron movilizar a los medios informativos de mayor prestigio en el mundo, tan remisos con nosotros, para volcarse en sus espacios y columnas centrales con lo mejor que encontraron en su corazón.

The New York Times escribió:

“Al menos, por unos pocos días, una tierra remota se ha vuelto cercana; su población se convirtió en gente de carne y hueso y sus sufrimientos han venido a formar parte de la cuenta corriente de la humanidad... Así que aprovechamos la oportunidad para agrandar nuestra visión... La historia de

Colombia, antes y después del volcán, va más allá de las drogas de “Miami Vice” y de las Guerrillas del M-19... Tragedias de esta magnitud nos deben enseñar solamente humildad. Sirven para dramatizar la fragilidad de la vida, las obligaciones con los vecinos y el solaz de la amistad”.

The Washington Post:

“Esta tragedia se escribe en la lista de las grandes catástrofes de la humanidad. Colombia, que ya había sido golpeada por calamidades provocadas por la mano del hombre, no necesitaba esta tragedia natural. Casi invariablemente cuando estas cosas ocurren, se dice que había habido rumores y signos de alerta pero de carácter impreciso en sus implicaciones. Un sector del país que había sido golpeado por la furia natural en cuatro centurias, no podía razonablemente prepararse para un estado de emergencia. Entre los pronósticos de los expertos se había pensado que las capas de barro se moverían a una velocidad que permitiría una evacuación adecuada. Pero cuando el barro llegó, se movió a una velocidad increíble de 20 a 30 millas por hora. ¡Piensen en esto!”.

Le Monde está en la tónica política cuando comenta:

“Es fácil descubrir ahora que era preciso evacuar una ciudad, dando fe a informes más o menos contradictorios. ¿Era realmente fácil en un país asediado por considerables dificultades económicas? ¿El ataque al Palacio de Justicia podría haber sido reemplazado por diálogos, hallándose situado al alcance de una piedra del Palacio Presidencial, cuando las precedentes tentativas de negociación con el M-19 habían fracasado?”

París-Match, Newsweek y Time, por primera vez y al mismo tiempo, dedican sus valiosas portadas a un suceso acaecido en Colombia. La revista francesa publica una fotografía que presenta a la niña mártir aureolada por la tragedia y el símbolo, con este titular: “¡Adieu, Omayra! Celle Qu'on n'oublia jamais” (Adios,

Omaira, la que no se olvidará jamás). Time muestra en su portada a un socorrista entre el fango negro y este titular: “Colombia’s Agony”. El País, diario madrileño, recibe aludes de cartas en que postulan a Omaira como Personaje del Año (1985).

Cuando un acontecimiento pasa por la mente humana y esta lo elabora en palabras, ese acaecer espontáneo queda fetichizado o santiguado por la visión del mundo que tenga quien habla o escribe y apto para producir los efectos hacia los que lo encauce el pensador y transmisor. El fetichismo de la palabra logró que Alguien pronunciase “¡Que sea la luz!”, e inmediatamente fue la luz. La primera página del Libro de los Libros es la muestra más radiante del fetichismo literario y la página más optimista de ese fetichismo escrito, oral y visual es, tal vez, todo lo que produjo el desastre de El Ruiz, a nivel de comunicación humana. No habría fetichismo si a la palabra le respondiera el silencio mudo. También el fetichismo puede ser objeto de la siquiatria; las imágenes transmitidas por la televisión muestran los desastrosos efectos producidos en algunas mentes, incluyendo el suicidio del televidente venezolano. No era para tanto ofrendar la propia vida en un momento en el que era mucha gracia sobrevivir mientras que los demás caían como hojas de la tarde.

5. Si, en los casos anteriores se observa el fetichismo provocado por el uso o abuso del lenguaje verbal y visual en los medios masivos de comunicación, veremos que también se presentó fetichismo en el arte culto y popular.

Andrés Holguín, poeta y crítico bogotano, a los veinte días de la tragedia, publicó su poema “Lodo” (El Tiempo, 3-XII-1985, p.4A). En esta composición, el autor pretende moldear el lenguaje en una dimensión mágica diciendo, de acuerdo con una arquitectura peculiar de signos, lo que el lenguaje denotativo no logra proclamar:

LODO

“En el principio

Fue el lodo, solo el lodo, el atroz lodo,

Y hoy, como en el principio, el lodo espeso
Cubre, implacable, lo que fue la vida.
La purísima nieve transformada
De pronto, en lodo, en río desbordado,
Hielo identificado con la muerte.
Fue una noche de lodo y de ceniza,
De azufre y de agonías impregnada.
Deshelada la cúpula de nieve,
Que se llamaba eterna y era efímera,
Acrecentó los ríos delirantes.
Bajo capas de un fango enloquecido
Quedaron sepultadas las aldeas.
Lanzó el volcán sus pálidas cenizas
Para cubrir con muerte la otra muerte.
Volvió a reinar el barro primigenio:
¡Lodo y despojo humano, todo es uno!
Fango, huesos y carne confundidos
En un monstruoso abrazo, el de la muerte.
Hombre y ciudad clamaron un instante
Antes que todo lo envolviera el fango,
Cambió la faz del mundo en un segundo.
Y el lodo formó un lago putrefacto
Para anegar la vida y en sus turbios espejos

Impedir que se copiara

La lumbre de los astros asombrados.

...

Entre el lodo los cuerpos se debaten.

Un brazo emerge del oscuro fango,

Un cuerpo se desliza hacia el abismo,

Otro surge con nueva piel de barro:

El llanto cruza la espantable noche,

Que se hace más oscura entre la muerte.

...

Luego vendrá la vida innumerable,

Renacida del lodo y la ceniza...”.

El fetichismo poético se da a nivel de dos fenómenos artificiales: la construcción de un objeto distinto al real y el carácter *absurdo* como utiliza los signos:

“Deshelada la cúpula de nieve,

Que se llamaba eterna y era efímera,

Acrecentó los ríos delirantes.

Lanzó el volcán sus pálidas cenizas

Para cubrir con muerte la otra muerte”.

Paradojas de pastillaje, diría algún incrédulo en el mensaje profético. Simulacro magnífico que se alcanza por medio de metáforas que recrean la realidad por el instante en que chocan vocablos de familias ajenas según el uso cotidiano o la lógica.

Sin embargo, en la metáfora moderna, en buena parte de la alta poesía actual, las imágenes, aparentemente, no persiguen el absurdo. Para este neo-evangelista de nombre Andrés,

“En el principio,

Fue el lodo, solo el lodo, el atroz lodo,

Y hoy, como en el principio, el lodo espeso

Cubre, implacable, lo que fue la vida”.

Mientras, para San Juan, “En el principio fue El Verbo” y con esas palabras el evangelista sumerge al lector en una atmósfera religiosa, trascendente, para Andrés Holguín, “En el principio fue el lodo” y con estas palabras sumerge al lector en una atmósfera contemplativa. Los dos textos son relativamente míticos y fetichistas pues hacen de la palabra un instrumento valedero para alcanzar el éxtasis, la meditación, la profecía, la unión con otras dimensiones de la realidad.

El simulacro, a pesar del aire filosófico del evangelista del deshielo, está en la mascarada bíblica, épica, en el desplante de hacer creer que el lenguaje poético no contradice la lógica:

“Entre el lodo los cuerpos se debaten.

Un brazo emerge del oscuro fango,

Un cuerpo se desliza hacia el abismo,

Otro surge con nueva piel de barro,

El llanto cruza la espantable noche,

Que se hace más oscura entre la muerte”.

Alguien preguntaría: *¿En qué se diferencian los versos anteriores de un despacho de prensa? ¿Será una muestra de lo que mi tocayo Paz llama “el exilio de la poesía” (op.cit.p.101)?* La realidad se vuelve literatura cuando se piensan y organiza como ficción.

“Lodo” es un texto poético no tanto por las figuras literarias y la distribución de las palabras en versos (renglones) sino porque cuenta con ritmo externo (música)

e interno (cosmológico), particular (en el estilo) y total que recorre el poema desde “En el principio...”, a la muerte “río de azufre, horror y sombra” y luego a una nueva creación (ritmo ternario):

“... Luego vendrá la vida innumerable

Renacida del lodo y la ceniza...”

Otra vez, los puntos suspensivos del final, al estilo Germán Santamaría, son el intervalo para reiniciar el ritmo circular del mito poético, el mito del eterno retorno. Al final, el ritmo adormece o resucita, con su insistencia conjura los fantasmas del miedo, del desconsuelo, de la cobardía, de lo prosaico, de lo vil. Si al leer una metáfora se percibe un lampo de belleza, en ese instante, el lector de poesía queda flechado y transformado. Valió la pena el poema y haberlo leído.

Las caricaturas de Fabio Arias (ARI), aparecieron, sucesivamente, entre septiembre y noviembre de 1985, en el periódico La Patria, de Manizales. Equivalían, en el arte gráfico, al poema de Andrés Holguín para la literatura culta. Aparente sencillez, trazos como al desgreño, burla burlando, como sin querer la cosa, han sido principios estéticos con los que trabaja el autor de esta serie de caricaturas. Por otra parte, Ari escenifica situaciones, por lo general imaginarias pero verosímiles, que degeneran en el conflicto de una carcajada enterrada, como un cuchillo, en la panza venerable de personajes intocables. Muchas veces, como una pastusada, es el pueblo el sujeto y la víctima de esa risotada.

El caricaturista caldense, nacido en Pácora, heredo espiritual de Alberto Arango Uribe, no necesitó en la temporada tragicómica que antecedió a la explosión del Volcán, de personificar en seres de carne y hueso, los gestos caricaturescos. Mientras Arango Uribe, por los años treinta del siglo XX, recurrió a la fauna criolla para encontrar afinidades espirituales y físicas con los personajes de la política colombiana, Fabio Arias hizo brotar los globos de diálogos ficticios, exactos y certeros como las flechas de un indio paucura, de altos ventanales, cuchicheos misteriosos en el aire azufrado emanados de personajes mitológicos como el mismísimo diablo o alegóricos como el león de la silueta esfumada.

Se ha dicho que, si son funciones del Arte servir de vehículo al mito, permanecer y perpetuarse como obra autónoma sin necesarios referentes históricos para su deleite y contemplación, la caricatura es un subproducto del Arte porque condena en vez de ensalzar y tiene siempre el sambenito de una fecha y una

situación histórica concreta para poder entenderse o gozarse plenamente. ¡Tacañería conceptual de los críticos! Si de deleite se trata, no hay trazos emanados de un artista con los que goce más el que contempla que con los rasgos ingeniosos de una caricatura pues, la caricatura como todo lo que es arte, es creatividad. En la temporada del Volcán, los lectores de La Patria nos solazamos con las caricaturas de Fabio Arias. De él decíamos lo que Gabriel García Márquez escribió sobre el genial Héctor Osuna: “Ya empezamos a preguntarnos cómo serían nuestros domingos si no existiera Osuna”.

Ari desentrañó con el escalpelo de su sarcasmo las habladurías populares del momento y las lanzó al escarnio pero, habría tenido que estar dotado de dones poéticos y proféticos, como un Alcides Arenas, para intuir el zarpazo del León Dormido. En la víspera de la erupción de El Ruiz, Ari fue suspendido por dos meses como caricaturista de planta ya que los directivos del periódico juzgaron como demasiado agresivas tres caricaturas suyas sobre la toma del Palacio de Justicia. No quedó títere con cabeza.

En la temporada del Volcán también germinó la poesía popular, escueta, diáfana, dotada de gracia y brío. Eso sí: Ni tan sencilla y espontánea como suponen los del piso de arriba:

“Detrás de lo que llamamos arte popular hay algo extremadamente complejo; hay un doble movimiento: de conservación, por una parte y, por la otra, de divulgación o de popularización de temas que, originalmente, fueron temas nobles o considerados como tales” (Claude Lévi-Strauss, *Arte, Lenguaje, Etnología*, Siglo XXI Editores, 1977, p.96).

El 24 de diciembre, me dedicaba con la familia y amistades, en la Finca La Alhambra, al ritual navideño del cerdo, la natilla, el baile y el aguardiente cuando, por entre el cafetal, aparecieron Narciso Romero, tres compañeros suyos de labranza y Claudia Patricia, niña de seis años, hija de Narciso. Venían del vecindario, armados de tiples y guitarras. Subieron la niña sobre un taburete y, como una profesional de la copla campesina, entonó a todo pecho la siguiente elegía:

“Estamos todos de luto

Porque en Colombia pasó

Que una ciudad tolimense
El lodo se la tragó.
El miércoles en la noche,
Como a las nueve empezó
La tragedia en un pueblito
Que a mi Colombia enlutó.
El páramo había anunciado
Que iba a hacer erupción;
Hoy en Armero ha dejado
Tristeza y desolación.
Esto ha pasado en Colombia
Y en esta humilde región,
Los niños desamparados,
Sin padres ni protección...”

En las cuatro estrofas anteriores no se destacan las metáforas pero sí el facilismo de la versificación. Es un texto en el que se conserva el más castizo ritmo castellano. Cuartetos octosilábicos en los que riman los segundos versos con los cuartos como en los romances medievales de la Castilla la Vieja: “Amores trata Rodrigo/ Descubierta a su cuidado; / A la Cava se lo dice/ De quien anda enamorado”.

Campesinos caldenses de color que, como el poeta y crítico de campanillas, quisieron erigir un homenaje sugestivo, épico-lírico, al acontecimiento que sacudió por igual la sensibilidad de la pirámide social. Trucos verbales que buscaban explotar la sensiblería y la evocación tan conveniente para la historia pero no tanto para la poesía por impedir el esfumado imaginario que da la lejanía: “Hay que leer los poetas sin evocar; prohibición absoluta de alzar la mirada más allá de esas palabras tan simples y tan concretas” (Roland Barthes, *Crítica y Verdad*, Siglo XXI Editores, p.21).

Cuando concluyó la repetición de “Estamos todos de luto”, las mujeres lloraban a cántaros, como si se tratara de cualquier telenovela mexicana. No quedó otro camino que mandarnos la mano al bolsillo y, amablemente, prohibir a los músicos que volvieran a interpretar su éxito, para que no nos aguaran la fiesta.

En las paredes de las casas campesinas lucían las vistosas cartulinas de Alcides Arenas, pintor ingenuo (que no primitivista), dedicado al oficio de decorar los corredores de las casas en la Zona Cafetera del Bajo Occidente de Caldas, las cantinas y la parte trasera de los buses llamados ‘escaleras’. En una de esas escenas, inspirado en una litografía tan común en el Caldas de ayer que representa a Jesús contemplando, en una noche de luna, a Jerusalén como diciendo: “De ti no quedará piedra sobre piedra”, aparece Cristo, sentado en un alto casi haciendo carrizo como buen paisa, mientras observa meditabundo el panorama: San José Caldas, en primer plano; al fondo la silueta de Manizales y, detrás, el telón de fondo del Nevado. Del cráter La Olleta brotan piedras y fuego como si se tratara de una olla a presión. El cuadro, elaborado con pintura de aceite y colores planos, fue pintado por Alcides Arenas, en 1983, dos años antes que la realidad desbordara los límites de la fantasía.

LA VOZ DE UNA CORNETA



Mi madre encendió una veladora a los santos, en la cocina, con el siguiente

argumento: *A ver si ese Volcán vuelve a estallar pronto porque de lo contrario el país se va a quebrar.*

Aunque parezca absurdo, así es. La comisión de once científicos (*¿por qué no trece?*), desplazada por el Gobierno colombiano y otros países a Manizales con el propósito de estudiar *el comportamiento de El Ruiz*, encabezada por Pablo Medina Jaramillo, ha invertido la no despreciable suma de 250.000 dólares, o sea, más de

cuarenta millones de pesitos, por ahora. Según el vocero gringo que dio el dato, si no fuera por la AID (Agencia Interamericana de Desarrollo) que apropió 3 millones de dólares como ayuda, al Estado colombiano le quedaría casi imposible el mantenimiento de semejante guardia. A primera vista, parecería una suma demasiado abultada, pero cuando se observa el batallón de científicos, técnicos, colaboradores y personal disponible, en carros, helicópteros, avionetas, en el hotel, el Banco Cafetero, como sede, el Nevado, La Nubia, Palanquero, Bogotá y hasta Estados Unidos, más la adquisición y mantenimiento de seis sismógrafos, torrentómetros, telemetros, inclinómetros accionados por rayos láser, empieza uno a darle razón a mi mamá. (La hora comercial en helicóptero cuesta actualmente ciento veinte mil pesos). A los dos meses de la explosión ya se habían caído dos helicópteros, uno de ellos perdido con cinco personas y con todo el instrumental a bordo. Conjeturan desde que pudo haber caído a una grieta o haber sido secuestrado por guerrilleros para combatir el sistema. Manizales se ha convertido en la capital imaginaria del infierno.

El destino del helicóptero Lama HK 26-09 se sumergió en el misterio absoluto, entre el 10 de enero de 1986 y el 18 de abril de 1987. Durante esta temporada, el pueblo se dedicó a las cavilaciones más descabelladas. Quienes tenían veleidades políticas afirmaban, como si lo hubieran visto, que el aparato ya estaba en los Llanos Orientales de Colombia transportando a la plana mayor del M-19, ELN, FARC, EPL o cualquier sigla de grupos sediciosos. Otros extirparon sus temores asegurando que había caído dentro del fétido Cráter o sea que, se fue derecho a *la paila mocha* que es como acostumbramos llamar por aquí al infierno. Los delirante abrieron las válvulas a su imaginación: Crónica veraz más imaginación creadora igual leyenda, siempre como elaboración social. La realidad falseada por una persona y no por un pueblo no es leyenda sino cuento.

A Manizales llegó el rumor según el cual, en las noches, con el hongo de fumarola lamiendo la luna, los vecinos del Nevado escuchaban un persistente ruido *como de metralleta* sobre los techos de sus casas de zinc. Podría tratarse de los estruendos volcánicos que los campesinos, agobiados en el día por el ejército que salió a buscar a los desaparecidos (“seis avionetas, dos helicópteros y 150 personas”), trocaron inconscientemente en el fantasma mecánico del helicóptero extraviado. Estaban en lo cierto, si aceptamos que fantasma es la proyección que provoca la mente, hacia afuera, de la energía interior acumulada en circunstancias críticas.

El sábado 18 de abril de 1987, encontraron los fierros retorcidos de lo que fue el LAMA HK 26-09 empotrados entre una grieta del glaciar Nereidas. Dentro, se conservaban los cadáveres del piloto Guillermo Rico y del teniente Jaime de Angulo. Por ninguna parte los cuerpos de Luis Fernando Toro Jaramillo (Bis), tan buen fotógrafo como montañista; del técnico Hernán Rincón y de Eduardo Morales.

Este hallazgo dramático dio pábulo a Orlando Sierra H., poeta y periodista, para una suculenta crónica que apareció bajo el titular “Una historia que se iba a quedar en blanco” (La Patria, Manizales, 13 de noviembre de 1987, p.1B). En este texto, el periodista se solaza en un curioso detalle:

“Pero aún cuando los cuerpos de los otros tres ocupantes no se encontraron, algunos de sus objetos personales, sí. Se hallaron prendas de Luis Fernando Toro Jaramillo, encargado de guiar a los técnicos del Observatorio Vulcanológico y de la Fuerza Aérea, en el Nevado de El Ruiz, al que conocía en todos sus pormenores ya que lo recorrió durante más de una década en calidad de montañista. Fue de él de quien más cosas se encontraron: su pasamontañas, el estuche de las gafas, el reloj, parte del pantalón, una bota y la cámara fotográfica, entre otros objetos...”.

Y, en este objeto mágico, como nuevo Cortázar, Orlando Sierra encontró otro “Modelo para armar”, otro Blow Up, por lo que se puso en contacto con Peter Sandstede, respetable fotógrafo manizaleño que había revelado la película congelada de los excursionistas:

“Prácticamente el rollo estaba a la intemperie. El rollo contenía 30 fotografías y estaba sin rebobinar. La cámara tocó abrirla en cuarto oscuro sobre el eje mismo en que se encontraba, por lo que se tuvo que cortar la película en la parte sin tomar, tratando de salvar lo que quedaba” (Ibid.).

Aquí, el periodista hace uso del socorrido truco consistente en no decir todavía lo que ansía el lector sino demorarse en ampliar detalles obtenidos en el cuarto oscuro y que engalanan la labor detectivesca:

“El rollo, por estar al sol y al agua, no se encontraba en las mejores condiciones. ‘La película estaba húmeda y tenía también bastante material pirolástico, lo que hizo que se desprendiera parcialmente la emulsión. Ello se nota en varias de las fotografías, sostiene Sandstede. ‘Me puse a revelarla como por no dejar’” (Ibid.).

En este punto, haciendo girar su cámara periodística hacia otro ángulo, Orlando Sierra enfoca a la esposa del fotógrafo desaparecido para interrogarla sobre esa cinta de recuerdos borrosos;

“Esas fotografías, sostiene Luz Marina Ángel, esposa del desaparecido (el juzgado aún no lo reconoce como persona muerta), las tomó Bis aproximadamente desde 10 días atrás, cuando hicieron el rescate de Óscar Ospina y Alberto Ceballos que se perdieron en El Ruiz el 30 de diciembre de 1985. Hay allí también fotografías de su familia: esposa e hijas (2). En últimas, en este material se encuentran los días que uno tras otro fueron conduciendo al hombre que más amaba El Ruiz a encontrar entre la perpetuidad de las nieves, su tumba” (Ibid.).

Entre las fotografías que ilustran la crónica de Sierra, hay una en que aparece Bis y un compañero al pie del helicóptero, “antes de emprender el que sería su último vuelo”. Con esos capuchones para el frío se asemejan a seres escapados, por ese día, de otra vida. La última fotografía del rollo póstumo, salpicada por el fuego del volcán, fue tomada por Bis desde el aire y ostenta este pie de foto a manera de epitafio:

“Faltaban pocos minutos de vuelo y de vida. El fotógrafo, enamorado del paisaje que se desarrollaba a sus pies, consignaba el vuelo por las lagunas Verde y La Frontera, hacia el lado del Tolima. Sería la última vez que Bis apretaría el obturador” (Ibid.).

Queda claro que la temática secuencial de las 30 tomas tiene que estar revoloteando en la cabeza de Orlando Sierra, con miras a estructurar una obra narrativa y alegórica en la que el protagonista arranca a deambular festivo sobre

la nieve blanca, desciende al goce del trópico en las playas artificiales de La Rochela en compañía de una nereida y concluye su itinerario circular con el retorno al útero glacial del que había partido y en el que desaparece.

Se instaló la “alarma amarilla” para poner en alerta máxima a los habitantes de las cuencas de ríos y quebradas, en el pasado desastre, y la “alarma roja” que podrá ser accionada por los gobernadores de Caldas y Tolima, Jaime Hoyos Arango y Eduardo Alzate G., en el caso de una avalancha inminente. Por aquello del fetichismo de las palabras, las dos alarmas han producido espanto en unos y, en otros, tranquilidad.

Las cosas están tan sofisticadas por los lados del Comité de Estudios Vulcanológicos que editan diariamente varios comunicados de prensa, en este tenor:

“Comunicado del Comité de Estudios Vulcanológicos. Comunicado N°122. Fecha: Febrero 1 de 1986. Hora: 9:00 a.m. Fenómenos observados: Durante las últimas 24 horas se ha registrado una estabilidad en la actividad microsísmica relacionada con el Volcán y por lo tanto la actividad puede considerarse moderada, ya que en el día de ayer no fue posible realizar mediciones de distancia por láser. Otros registros de deformación no muestran cambios por encima de los conocidos hasta el momento.

Informe adicional: En el día de hoy se pueden presentar aumentos moderados en los caudales como ha sido normal en los días soleados. Atentamente, Pablo Medina Jaramillo, Coordinador Técnico General”.

No solo nos regalan sus comunicados diarios sino que hasta midieron *el tiempo del viaje* del flujo del lodo. Río Lagunilla: 52 minutos. Río Gualí: 1 hora y 8 minutos a Mariquita. Río Azufrado: 1 hora y 15 minutos. Río Recio: 2 horas y 11 minutos. Río Molinos: 39 minutos a Chinchiná; 1 hora y 53 minutos al río Cauca. Río Claro: 1 hora y 53 minutos al río Cauca. Estos datos los dio el gringo Pierson del Observatorio Vulcanológico de Cascada.

Con un Comité de tal estirpe científica se piensa que el parto es rápido. Pero no. Han pasado quince días y todo ha vuelto a ser falsa alarma. Cualquier país del

Tercer Mundo no puede darse el lujo de tener un volcán bien administrado. Un volcán debería ser un lujo tan exclusivo como el Vesubio para la Roma Imperial o el Santa Helena para Washington, la Roma actual, o para las deshabitadas lejanías del Océano Pacífico.

Si no estalla el Volcán, de aquí a navidad, como se han atrevido a insinuar varios científicos, van a explotar las finanzas nacionales. Y lo más seguro, dice la gente, es que estalle a los quince días exactos después de que hayan desmantelado el pomposo Comité que, según tristes rumores, es temporal. Claro que, en el Foro de la Esperanza, el 18 de diciembre de 1985, el Presidente Betancur anunció que para el año venidero entrará a funcionar una sucursal de Ingeominas en Manizales y que en los almacenes del mundo buscan las más sofisticadas alarmas para instalarlas en forma definitiva. ¿Por qué no se hizo antes? Porque antes de caer enfermo no se tiene plata para un médico.

En la Universidad Nacional, en Bogotá, han dicho que un grupo de científicos colombianos podía asumir el control del Volcán, con la misma competencia que los extranjeros pero, desgraciadamente, por ser colombianos no gozan de la credibilidad de sus coterráneos para quienes siempre lo extranjero es más fino, desde una tela hasta una idea.

Y, *¿qué anuncian los vulcanólogos a dos semanas de la catástrofe?* Lo que anunciaban antes: El Ruiz es un volcán activo y se espera que siga comportándose como lo que es. Eso sí, nadie puede predecir para cuándo: unos días, unas semanas, unos meses, unos años, unos siglos,... Y agregan: Hay que permanecer alerta.

Los voceadores de datos científicos se comportan como los gatos: Siempre caen parados; nunca quedan mal. En cualquier caso aparecerán con una sonrisa de oreja a oreja diciendo: *¿Si ven? ¡Lo habíamos anunciado!*

Con cierto hálito de erudición, personas cultas e incultas, en comentarios y reportajes, mellaron el título de la novela de Gabriel García Márquez, “Crónica de una Muerte Anunciada”. Abundaban los titulares de prensa de este tenor: ‘*Crónica de una tragedia anunciada*’. Volvieron hueso ese título menor de nuestro Premio Nobel 1982. Después de abusar de ese título, le echaron mano al párrafo final de “Cien Años de Soledad”, para titulares como este: “*Armero necesita una segunda oportunidad sobre la tierra*”.

Como el 4 de diciembre, Gabriel García Márquez lanzará su última novela, “El Amor en los Años del Cólera”, Germán Santamaría, el mismo periodista que contribuyó a la mitificación de Omaira, concluye así su crónica semanal con un párrafo a modo de remedo:

“El buque avanza y los otros barcos lo saludan con cañonazos de tristeza. ¿Hacia dónde se enrumbará este barco? Es señalado por todos como portador de la peste y tal vez no se equivocaron porque el amor tiene los mismos síntomas del cólera. Y Colombia es en estos momentos un país en cólera” (El Tiempo, 1-XII-1985, p.5B).

Eso escriben los poetas a salvo, mientras el pueblo raso tiritita de miedo.

Luego de la falsa alarma denunciada por el Presidente Belisario, al sábado siguiente, otra alarma dada por la Ministra de Comunicaciones, en Bogotá, lanzó a los habitantes de Mariquita monte arriba. En pleno aguacero, sonó la alarma y, cuando todos habían trepado a las colinas con niños, enfermos y animales, les anunciaron que podían regresar porque aquello había sido ‘*un simple simulacro*’. Consecuencias: Un muerto del corazón, varios chiflados, robos y dieciséis presos sueltos por el director de la Cárcel local quien les abrió las puertas del presidio para que no murieran aplastados por la avalancha. A las personas y entidades encargadas de lanzar al aire la alarma les va a suceder lo mismo que al pastorcito mentiroso: Cuando el lobo llegue, en realidad, nadie les va a creer.

Manizales, Honda, Mariquita, Villahermosa, Murillo, Líbano, Guayabal, Herveo, Lérida, Ambalema, Villamaría, Chinchiná, Palestina, en sus áreas rurales y urbanas, no han vuelto a tener sosiego. A todos se nos fue la primera semana pegados al televisor, el radio y los periódicos tratando de captar la excesiva información desde los lugares de los acontecimientos. Información veraz y útil, muchas veces. Desinformación, por lo tendenciosa e innecesaria, en otras. Información responsable, asimilada y luego lanzada al aire y al periódico junto a la alharaca en bulto, sin digerir ni siquiera por los mismos comunicadores sociales. En la segunda semana, apareció la figura de alerta. Alarma y alerta tienen casi la misma fonética y similares reacciones.

De todo lo ocurrido es esta quincena, lo mejor sigue siendo la solidaridad que promovieron con mayor éxito los medios masivos de comunicación que el Estado

con sus diplomáticos incapaces esparcidos por el mundo. “POR TI, COLOMBIA” unió, con su hermoso logotipo de dos manos que se estrechan formando un corazón, tres ciudades norteamericanas, diez países latinoamericanos y a los colombianos a través de la televisión (Spanish International Network SIN con sus 367 estaciones, Radio Cadena Nacional, RCN y Coestrellas), durante nueve horas de transmisión. Resultados económicos: 560 millones de pesos.

El Banquete del Millón, promovido por la Fundación El Minuto de Dios, bajo la dirección del Sacerdote Rafael García Herreros y la propaganda de Caracol y El Tiempo, se realizó simultáneamente en 25 ciudades del país, con el pretexto de beber una copa de vino o una taza de caldo con un pan pero sobre todo con el propósito de conseguir fondos para la reconstrucción de las áreas arrasadas. Resultados: Bogotá: 230 millones; Cartagena: 12 millones; Barrancabermeja: 20 millones; Santa Marta: 7 millones; Neiva: 13 millones; Manizales: 26 millones; Valledupar: 8 millones; Pereira: 14 millones; Ibagué: 19 millones; Bucaramanga: 13 millones; Tunja: 4 millones; Cúcuta: 7 millones; Pasto: 8 millones; Riohacha: 5 millones; Montería: 10 millones; Armenia: 13 millones; Girardot: 3 millones; Sincelejo: 4 millones. Con los reajustes posteriores, se hablaba de un total de un mil millones de pesos.



La Cruz Roja Colombiana publicó en el periódico La Patria (domingo 17 de abril de 1986, p.4B) la relación minuciosa de los proyectos que dicha entidad planeó para el Departamento de Caldas “mediante convenio con el Comité de Cafeteros de Caldas, entidad que ha prestado su asesoría técnica”. Cubre los siguientes sectores:

Salud: 17 proyectos con un precio de \$367.867.983-

Educación: 9 proyectos con un precio de \$43.577.208-

Vivienda: 2 proyectos con un precio de \$34.572.431-

Empleo: microempresas con una inversión de \$20.828.284-

Atención a damnificados: 10 albergues entre noviembre de 1985 y noviembre de 1986, con la siguiente aclaración: “Pese a que por su reglamento la Cruz Roja solo debió brindar asistencia por 3 meses (90 días), a partir de febrero de 1986, la institución continuó su labor de asistencia humanitaria” (El Espectador, 2-VII-1987, p.7^a).

Se destacan estas obras:

- Dotación, equipos y adecuación de áreas Hospital de Chinchiná: \$118.925.280, donados por la Cruz Roja de Estados Unidos y Canadá.
- Hospital Universitario de Caldas, construcción de Urgencias: \$21.306.853, donados por la Cruz Roja Colombiana y \$13.171.151 por la Beneficencia de Manizales.
- Hospital Universitario de Caldas, dotación Urgencias: \$59.426.780, donados por la Cruz Roja de Japón.
- Sede Puesto Primeros Auxilios Villamaría: \$12.246.263, donados por la Cruz Roja de Holanda y Japón.
- Sede Cruz Roja Chinchiná: \$9.735.954, donados por la Cruz Roja de Estados Unidos y Holanda.
- Hospital Infantil Manizales, dotación: \$34.473.960, donados por la Cruz Roja de República Federal Alemana.
- Sede y Puesto de Salud La Dorada: \$17.000.000, donados por la Cruz Roja de Francia.
- Banco de Sangre Cruz Roja de Caldas, dotación: \$29.812.920, donados por la Cruz Roja de la República Federal Alemana.
- Banco de Sangre Cruz Roja de Caldas, fondo para el funcionamiento inicial: \$25.000.000, donados por la Cruz Roja de España.

Cuando se lee en el citado informe que, la sola Cruz Roja (sin contabilizar la labor de otras beneméritas instituciones) atendió, en los albergues de Manizales, Villamaría y Chinchiná un total de 1.246 familias, regresa al pensamiento la manida cuestión de si, en esa cifra estarían todos los que eran y serían todos los que estaban o habría que darle la razón a mi colega Helizélder H., experto en calambures, para quien lo que más produjo la explosión del volcán fueron *vivos*. Murphy, con socarronería repite su famosa ley: *'Piensa mal y acertarás'*.

Y para la muestra basta un botón: una amiga tiene una finca por los lados de La Cabaña, tierra firme en cuanto a esta clase de catástrofes. A los contados días de la erupción apareció, en la casa de mi amiga, en Manizales, uno de los cogedores de café con la noticia según la cual, en plena temporada de cosecha, la finca se había quedado sin quien la atendiera porque el agregado con su prole había emigrado a Chinchiná, ya que allá *'están regalando mercados y pronto regalarán casas'*. Por supuesto que llegarían con rostros de damnificados para lo que la mayor parte

del pueblo colombiano no necesita hacer teatro. Más de la mitad de los colombianos está bajo la línea de pobreza. La peor avalancha que ha padecido es haber tenido que dejarse arrastrar en la vida de cualquier manera.

Se insistió en soluciones urbanas al problema social de los campesinos damnificados. Trasladaron los sobrevivientes de las extensas cuencas que recorrió la avalancha, a barrios en la periferia de pueblos y ciudades. En Bogotá construyeron un barrio para damnificados de Armero. Crearon a la larga, un grave problema social. Mejor dicho: se decidió abrir un hueco para tapar otro. La solución resultó tan compleja que muchos damnificados fueron a parar al departamento del Meta. Allí, la Cruz Roja trataba de sacar adelante, con ellos, un proyecto socioeconómico por \$107.603.785 (El Espectador, 2-VII-1987, p.10^a).

Calculados los muertos y contados los vivos, curados los heridos y filmadas las ruinas, se agudizó la peor crisis social que haya padecido Manizales y Caldas, en toda su historia. Ni los famosos incendios de 1925 y 1926 que arrasaron con el centro de Manizales, ni los terremotos de 1962 y 1979, fuera de aquellos que por lejanos se han perdido en los cronicones, ni los inviernos que a veces han dejado hasta un centenar de muertos por deslizamientos, ni la crisis económica que acabamos de cruzar luego de una bonanza despilfarrada, nada, nada de ello ha causado un golpe tan certero a la vida de las gentes y al futuro de la región, como la erupción novembrina que arrojó, si mucho, un tenue manto de ceniza sobre la capital caldense.

A los quince días exactos de la pavorosa catástrofe de El Ruiz, padecemos la misma situación que hace siglos tuvieron que afrontar Machu Picchu, Chichén-Itzá, Ciudad Perdida, San Agustín y tantas otras fortalezas abandonadas al pie de precipicios inexpugnables o en medio de las selvas: Un fenómeno natural o humano imposible de ser superado por dichas comunidades lanzó a los sobrevivientes a una lastimosa diáspora. Con el agravante de la masificación irreflexiva en un caso y otro. Nuestras gentes, al mermarles la dosis de esos narcóticos caseros en que se convirtieron por esos días los medios masivos de comunicación, tuvieron oportunidad de ‘pensar con el instinto’, rumiaron sospechas en los días y las noches, se confesaron el miedo y, como una conjura, empacaron en silencio las maletas y, abandonando hogares, compraron pasajes para marcharse, a cualquier parte, con tal de no perecer en otro Armero o en otro Chinchiná.

La aerolínea ACES no tenía vuelos a Pereira. En la última semana de noviembre realizó once vuelos diarios desde Manizales transportando pasajeros de ida únicamente. Por tierra era imposible comunicarse por falta de puentes en Chinchiná y La Rochela. Flota Ospina que hasta hace quince días enviaba tres o cuatro automóviles diarios a Medellín, llegó a despachar diez y doce que, como las avionetas de ACES, a Pereira, Cali, Medellín y Bogotá, regresaban vacíos. Me di el lujo de recorrer la principal arteria comercial de la ciudad y, en más de tres cuadras, no vi un solo comprador en los almacenes de ese sector. El dueño de un prestigioso almacén en el que, según la tarjeta, venden “porcelanas, cristal, lámparas, muebles, tapetes, espejos, antigüedades, regalos” me confesó asustado: *‘Se me está yendo la clientela. El dinero se va en las maletas o ya está en bancos de otras plazas’*. El principal distribuidor de ropa fina ordenó a las fábricas en Bogotá, Medellín y Cali, no enviarle ni una caja más porque con lo que tiene le basta para la temporada de grados y navidad. Pocos colegios celebraron con solemnidad la graduación de sus bachilleres. Les enviaron a casa sin el tradicional desfile familiar de modas en los teatros, con el fin de evitar aglomeraciones. Reunir multitudes sería darle una carta más al destino que por estos días pinta siniestro.

El acogedor Refugio, chalet al pie de la nieve de El Ruiz, quedó como una gallina desplumada después del bombardeo de pirolásticos lanzados por el Volcán. Sus paredes se conservaban en alto hasta cuando, en esta semana, apareció en la prensa nacional, convertido en un reguero de escombros ocultos bajo la nieve. Se imagina la gente que alguien prendió fuego a los muñones abandonados. Estas fotografías se han convertido en el presagio de la próxima debacle... y aceleran la fuga.

Es curioso comprobar que quien huyó o quiso tomar las de Villadiego fue la población urbana tan alejada del cráter pero tan manipulada por los rumores. La población rural que rodea el epicentro del problema geosocial se hizo de rogar. No valieron súplicas ni ruegos para que desalojara el área, por lo menos en lo que corresponde al Departamento de Caldas. Nadie tan anclado a sus pegujales como estos campesinos de tierra fría que, después de quemar extensiones de frailejones para dejar unos pajonales enormes que a poco ganado pueden servir de sustento, deciden continuar apegados a su precaria y precioso autonomía. Marcharse sería abandonar jirones de su ser mientras que para las gentes de ciudad huir sería la forma de liberarse de las neurosis propias de las masas, como la soledad y los encierros. “Ni la erupción del cráter Arenas logró generar presión

suficiente para evacuar la gente del Parque de los Nevados. Tan solo la casa de la Hacienda El Cisne fue evacuada” (Juan Pablo Ruiz, Cristóbal Von Rothkirch, “El Frailejón y el Fuego”, *El Espectador*, 10-I-1988, p.14^a).

Si la pesadilla quedó en el pasado y el miedo en el presente, las cifras remozadas, por lo escalofrantes, proyectan el fantasma hacia el futuro. El Canciller de la República, Augusto Ramírez Ocampo, presentó al Cuerpo Diplomático acreditado en el país, en reunión que se llevó a cabo en el Palacio de San Carlos, el siguiente balance de pérdidas:

En el sector social:

- Educación: \$1.300 millones de pesos.
- Salud: \$1.000 millones.
- Vivienda: \$11.400 millones.
- Empleo o ingresos: \$1.300 millones.
- Otros sectores: \$300 millones.

Infraestructura de servicios:

- Acueductos y alcantarillados: \$3.000 millones.
- Transporte: \$2.900 millones.
- Telecomunicaciones: \$200 millones.
- Electricidad: \$1.200 millones.
- Infraestructura urbana: \$4.000 millones.

Sector productivo:

- Industria y Comercio: \$890 millones.
- Hidrocarburos: \$1.450 millones.
- Agricultura y ganadería: \$6.000 millones.

La Oficina de Planeación Agropecuaria de Caldas hizo cuentas de las pérdidas en los cultivos de este departamento que fueron arrasados por la avalancha de los ríos el 13 de noviembre, con los siguientes resultados:

-Cultivos y pastos: \$115 millones.

- Ganadería e instalaciones: \$9 millones.
- Almacenes y productos almacenados: \$381 millones.
- Pérdidas en maquinaria y equipos: \$313 millones.
- Pérdidas en empleo efectivo: \$14 millones.

Según clase agrológica:

- Suelos clase II, el área arrasada fue de 104.4 hectáreas.
- En la clase III, el área arrasada fue de 57,3 hectáreas.
- En la clase IV, el área arrasada fue de 10,5 hectáreas.
- En la clase V, el área arrasada fue de 115,8 hectáreas.
- En la clase VI, el área arrasada fue de 42,1 hectáreas.
- En la clase VII, el área arrasada fue de 62 hectáreas.
- En la clase VIII, el área arrasada fue de 11,3 hectáreas.

(La Patria, 3-II-1986, p.2^a).

De acuerdo con el Instituto Nacional del Transporte (INTRA), de los trescientos cincuenta mil habitantes con que contaba la capital caldense, se han marchado alrededor de setenta mil. Nadie se explica por qué los ladrones no han comenzado la “Operación Nevado”, con tanto domicilio desierto de residentes pero con la dotación completa adentro. Pocos llevaron algo más que la ropa y el dinero pues piensan volver cuando haya pasado *lo que va a pasar*. La ciudad como el país está más desguarnecida después de la explosión que antes.

La erupción del Volcán puede catalogarse como subversiva. En Armero, como si no fueran suficientes los datos inventariados, también perecieron 32 agentes de policía que, al otro día, tuvieron que ser reemplazados por varios batallones no solo de socorristas sino de vigilantes dispuestos a dispersar las bandas de chacales humanos que, desde el amanecer de la tragedia, se lanzaron sobre las pertenencias de muertos, vivos y moribundos. En la tragedia del Palacio de Justicia no perecieron tantos policías. Falta ver si alguno de los 32 guardianes de Armero emerja de las excavaciones arqueológicas, dentro de mil años, como el soldado firme, lanza en ristre, al pie de su deber, en la legendaria Pompeya. Pero, como las cosas marchan más rápido que en la Antigüedad, el 26 de diciembre descubrieron el cuerpo del capitán de la policía de Armero. La noticia alarmó a la gente por un minuto y luego retornó a la parranda. Un ‘cómo fue’ más detallado y estaría todo el mundo histérico. La peor parte de la misión encomendada a la

policía y al F2 fue tener que tratar a sus propios colegas como ladrones. Un oficial y cuatro agentes fueron sorprendidos cuando transportaban, en un vehículo particular, cuarenta y tres millones de pesos que habían sustraído, horas antes, de los escombros de Armero. Habían ido en plan de vigilancia de saqueadores pero prefirieron dedicarse a la arqueología económica (El Tiempo, 29-XII-1985, p.1A).

Nadie ni nada puede copar el tamaño exacto de la ruina.

“RESURGIR”, bajo la dirección de Pedro Gómez Barrero, es el ente encargado de reconstruir, en todos los órdenes, la zona del desastre causado por la erupción del Volcán de El Ruiz, el 13 de noviembre de 1985. Su obra es titánica y se teme que sembrada de incomprensiones y malos entendidos. La Federación Nacional de Cafeteros no se hizo de rogar; en su reunión de fin de año apropió mil millones de pesos para Resurgir; dos mil millones para la zona tolimense y un mil millones para Caldas. Pero, los caminos de la economía, de la contabilidad, de la burocracia nacional e internacional son demasiado extraños. En el noticiero de televisión “24 Horas”, del 29 de enero de 1986, Javier Darío Restrepo informó que, a los dos meses largos de la catástrofe, Resurgir tenía en el Banco de la República 870 millones de pesos por concepto de donaciones más los mil millones de la Federación. El Minuto de Dios que administró el Banquete poseía 800 millones cuando la noche de la euforia los locutores hacían cuentas alegres de mil millones. “Por Ti, Colombia”, a los dos meses poseía 170 millones. Y, ¿los cuatrocientos restantes de las cuentas preliminares? ¿Aparecieron o ya se invirtieron? ¿No aparecieron nunca?

Los damnificados no resisten más arrimados en escuelas y campamentos. La Iglesia Católica del Tolima, por boca de su jerarquía, lanzó una dura crítica a Resurgir, en un documento fechado el 3 de febrero de 1986. La Patria, de Manizales, lanzó un grito acusatorio contra Resurgir, en su Editorial del 5 de febrero. Las manifestaciones al estilo 9 de abril recorrían a Ibagué y Chinchiná. Ya las malas lenguas no hablan de Resurgir sino de *Refundir*.

A primera vista se diría que, en Colombia, hay corazón para todo pero que se falla en la capacidad organizativa. Pero no. Era imposible organizar en cuestión de un tiempo limitado lo que la naturaleza aniquiló en minutos y, sobre todo, lo que la desidia había olvidado de hacer en un lapso de más de un siglo.

En cuanto a vivienda, Resurgir-Caldas presentó, a finales de 1988, la siguiente lista de obras concluidas:

El Minuto de Dios, en Chinchiná, 68 viviendas.

Ciudadela del Valle del Cauca, en Chinchiná, 119 viviendas.

Urbanización La Nubia, en Chinchiná, y Resurgir, 100 viviendas.

Proyecto Agrícola Papayal, de la Pastoral Social (Iglesia Católica), en Villamaría, 4 soluciones de vivienda.

Proyecto Agrícola La Paz, de la Pastoral Social (Iglesia Católica), en Villamaría, 21 viviendas.

Aldea Agrícola El Encanto, de la Pastoral Social (Iglesia Católica), en Villamaría, 14 viviendas.

Urbanización Padre Javier Correa, en Chinchiná, 47 viviendas.

Misión Mundial y Comité Evangélico, en Chinchiná, 30 viviendas.

Proyecto Agrícola Nueva Primavera, del Comité de Cafeteros de Caldas, Antioquia Presente y Resurgir, 88 soluciones de vivienda.

Comité de Cafeteros de Caldas, Antioquia Presente y Resurgir, en Villamaría, 46 soluciones.

Llanitos, en Villamaría, 21 soluciones.

Iglesia Luterana, en Villamaría, 48 soluciones.

Fedevivienda, Fundemos y Resurgir, 12 soluciones para personas mayores de 60 años.

Iglesia Las Mercedes, en Chinchiná, 8 soluciones de vivienda.

(Revista Integración, septiembre-octubre de 1988, N°18, p.4).

La misión de Resurgir no consistía en construir únicamente casas. La tromba se llevó 300 y se construyeron más de 700, en Caldas. De acuerdo con el Decreto 3406 de 1985, nació Resurgir con el propósito de coordinar las instituciones que tuvieran que ver con las soluciones al problema planteado por la erupción del Volcán. Coordinó 170 programas.

Floreció la imaginación en el orden social. Resurgir coordinó el plan por medio del cual la Hacienda Montevideo (de 212 cuadras sembradas de café), se convirtió en el Caserío La Nueva Primavera, al construirse 88 casas de habitación. La finca quedó de la comunidad. El Comité de Cafeteros la compró y la vendió a los habitantes con el fin de dedicarla a una empresa comunitaria. Ellos trabajan allí y una junta les paga el salario justo dejando un excedente para amortizar la deuda,

cuenta el doctor Jorge Ariel Jaramillo. “Antioquia Presente” da la formación para vivir en comunidad a quienes, antes, vivían aislados.

La Pastoral Social de la Arquidiócesis de Manizales construyó la Aldea El Encanto, ubicada en la zona de Río Claro (Villamaría) con un interesante experimento de Cooperativa Agraria.

Resurgir convocó, a los beneficiados, a cursos de plomería, mecánica, carpintería, artesanías, preescolar y muchos más; prestó dinero para crear fuentes de empleo, a través de Actuar y, antes de desaparecer legalmente el 31 de marzo de 1989, aseguró el capital necesario para becas a estudiantes de primaria, secundaria y universidad. Como si fuera la Pobre Viejecita que rubricara su testamento, hasta se acordó de dejar financiadas las pensiones para los ancianos. Al recorrer las realizaciones concretas de Resurgir, en Caldas, en la primera semana de abril de 1989, parecería que fuera sarcásticamente cierto que *unos mueren mal para otros vivan bien*.

El Presidente Belisario Betancur impulsó a Resurgir, el día aciago, en la reunión de las siete de la mañana, en el Palacio de Nariño, antes de partir a la zona del desastre. A la vez encargó a un grupo de juristas la redacción de una legislación tan minuciosa que, en la reunión llevada a cabo, en el Japón, en 1988 para la prevención de desastres, fue catalogada como la más completa del mundo, refiere el doctor Jorge Ariel Jaramillo, gerente de Resurgir-Caldas, entre enero de 1986 y marzo de 1989.

Se trató de una entidad que no solo se preocupó por subsanar los daños materiales sino por la totalidad de necesidades humanas de los afectados. A Resurgir se incorporaron médicos (sobre todo oftalmólogos), paramédicos, sicólogos, siquiátras, trabajadores sociales, universitarios en distintas ramas, técnicos del Sena, muchos expertos más y hasta agitadores, en las obras y en los pasillos de las oficinas.

Resurgir, después del atolondramiento inicial, adquirió un ritmo de trabajo tan acelerado, declara el doctor Jaramillo, que en 3 años hizo las cosas que el Estado colombiano había dejado de hacer en toda su historia: escuelas, centros de salud, carreteras, puentes, energía eléctrica, telefonía rural, parques infantiles, centros de promoción social, microempresas, casas para necesitados (fueran o no damnificados, según parece) y sobre todo, una enorme conciencia social.

Cuando se extingan las pasiones y se calmen las obsesiones, Resurgir pasará a la historia como una de las máximas realizaciones del gobierno de Belisario Betancur. Los congresistas caldenses de los dos partidos tradicionales

colaboraron, en gran medida, a evacuar en la Cámara y el Senado, la legislación correspondiente. En el Tolima, la politiquería enturbió la obra.

Resurgir invirtió en 3 años de vida legal la astronómica suma de 51.000 millones de pesos, de los que 4.700 millones correspondían a donaciones. El Banco Mundial hizo un préstamo de 30.000 millones y el resto se recaudó por impuestos nacionales o regionales. Caldas se benefició con 11.000 millones, fuera de las exenciones de impuestos por concepto de importación de maquinaria industrial. Los caldenses importaron maquinaria por 110 millones de dólares, exentos de impuestos de renta por 6 años y de impuestos municipales por 10 años.

En junio de 1987, la Procuraduría General de la Nación solicitó una investigación judicial sobre el destino de 2.000 millones de pesos que había recibido la Cruz Roja Colombiana y que, según los promotores del escándalo, se invertirían en la compra de un paquete de acciones en un banco particular.

La Cruz Roja Colombiana irguió la cabeza para responder en cuatro páginas de los periódicos más importantes. Se trata de un informe sereno y didáctico que requiere un examen minucioso más que un vistazo sobre los innumerables proyectos emprendidos en el lapso de año y medio (ver *El Espectador*, 2-VIII-1987, pp. 7A, 8A, 9A, 10A).

	Proyectos	Valor
Terminados	13	\$ 628.534.943
En proceso	29	\$ 955.679.974
Total	42	\$ 1.584.214.917

(Por convenio con la Cruz Roja Alemana R.F.A. y la Cruz Roja del Japón)

	Proyecto	Valor
Terminados	9	\$ 467.471.078

En proceso	4	\$ 60.356.053
Total	13	\$ 527.827.131

(Por convenio con la Cruz Roja de Holanda)

	Proyectos	Valor
Terminados	12	\$ 35.461.673
En proceso	12	\$ 154.336.454
Total	24	\$ 189.798.127

(Por convenios bilaterales con otras sociedades donantes: España, Estados Unidos, Bavara, Alemania R.F.A., Francia)

	Proyectos	Valor
Terminados	-	\$ -
En proceso	5	\$ 232.086.252
Total	5	\$ 232.086.252

(Por convenio con la Cruz Roja de Inglaterra)

	Proyectos	Valor
Terminados	2	\$ 15.980.246
En proceso	1	\$ 20.450.000
Total	3	\$ 36.430.246

(Por la Cruz Roja Colombiana)

	Proyectos	Valor
Terminados	3	\$ 49.533.186
En proceso	10	\$ 314.813.018

Total	13	\$ 364.346.204
-------	----	----------------

(Por convenio de la Cruz Roja Colombiana con otras Sociedades de la Cruz Roja y la Media Luna Roja).

Como dice el pueblo, ‘las cosas claras y el chocolate espeso’. Gestos de filantropía que obligan a todos los colombianos a repetir eternamente: ¡Gracias, Mundo!

Los manizaleños, después de las escabrosas escenas de la televisión y la prensa y las desoladoras descripciones de la radio, pretendieron retomar el hilo de sus vidas pero no pudieron. Ningún sitio, ninguna entidad, ninguna persona eran los mismos después del apocalipsis volcánico.

Los bancos, zalameros con los clientes hace poco, optaron por no arriesgar más dinero fuera de los 1.000 millones que se ahogaron en las cajas fuertes de las cinco entidades bancarias de Armero. Cuando cerraron las puertas del crédito, la clientela se convenció de que no era hora de invertir si no de salir corriendo. En este caso, el termómetro de la tragedia está en el bolsillo: si lo tocan, el público chilla.

A la incredulidad inicial siguió la curiosidad, esta empató con la solidaridad y después de esta, como un fantasma gris, vino la desadaptación. Hemos pasado de la impavidez que nos caracteriza a la histeria crítica. Muchísimos colombianos se quedaron anclados en los “recuerdos del desastre, en los sentimientos de tristeza, en la fatiga generalizada, en la ansiedad y depresión, en los sueños del desastre, en las alteraciones del sueño”, según el criterio de los psicólogos Augusto Pérez y Miguel Salas (El Tiempo, 1-XII-1985, p.38). Y agregan: “Esto puede llegar a influir en las relaciones afectivas diarias con compañeros y familiares y aún en el rendimiento escolar”. Creo que hasta las relaciones sexuales pudieron estropearse: O mermaron por la depresión, o aumentaron porque el instinto reacciona cuando se ve amenazada la especie. Esperamos las estadísticas dentro de nueve meses.

Por lo dicho por los psicólogos, los colegios y escuelas en la zona caldense del desastre terminaron el año académico de cualquier manera. En todo caso, lo importante era salir. Por el mismo motivo, las directivas de las universidades de Caldas y Nacional aplazaron los exámenes hasta el mes de enero. Era imposible que siete mil estudiantes, en los dos centros de educación superior de carácter oficial, prepararan bien la teoría y las actividades académicas, en medio de semejante torrente de imágenes y decires; entre banderas a media asta por la desaparición en Armero de once personas vinculadas a la Universidad de Caldas (nueve estudiantes de la Facultad de Geología y Minas, un profesor de la misma Facultad, un conductor de la buseta que los había llevado a Armero, sitio de su

tumba anónima); en medio de recriminaciones del grupo de vulcanólogos para el que era extraño que *algunos profesores y estudiantes de Geología de la Universidad de Caldas, muertos en la hecatombe de Armero, no hubieran intuido la proximidad de la avalancha, tras la caída de ceniza, arena y piedra pómez, en el pueblo, pese a que participaron en la elaboración del mapa de riesgo volcánico.*

Para conmemorar el primer aniversario de la catástrofe, los distintos estamentos de la Universidad de Caldas encabezados por el Rector, Arquitecto Álvaro Gutiérrez Arbeláez, dedicaron unos minutos de la mañana opaca para descubrir una placa de mármol, en uno de los patios del Alma Máter, con este texto:

Universidad de Caldas

Facultad de Geología y Minas

Muertos en el cumplimiento del deber

Armero, noviembre 13 de 1985

Estudiantes:

Enrique Antía Londoño, Juan Alfonso Delgadillo Calero, Jorge Mario Estrada Martínez, Humberto Franco González, Ramiro Osma Caicedo, Eugenia Amparo Osorio Vélez, Kevin Augusto Toro Gómez, José Fernando Vallejo Naranjo.

Profesor: Jorge Guillermo Dorado Galindo.

Conductor: Luis Evelio García Giraldo.

La Universidad de Caldas rinde tributo de admiración, respeto y fidelidad a su memoria. Vivieron para la ciencia y el servicio. Manizales, noviembre 13 de 1986.

Un clarín asustó a las aves con su grito. Las flores y las lágrimas arrojaron la lápida.

El acto era muy significativo: Según nuestra cultura, las cosas no acaban cuando alguien muere sino cuando lo sepultan. Por esto, había que realizar el entierro simbólico de los once compañeros porque, de no hacerlo, los deudos seguirían padeciendo por el resto de sus días la pesadilla de haber dejado vagando por el mundo visible a sus queridos difuntos.

Se perfilan los espantos que, como lavativas, recorrerán la imaginación desvelada de niños y adultos por muchos años más. Son los fantasmas de los padres que buscan a sus hijos, de los hijos que buscan a sus padres y hermanos, de todos los

que se amaron y que la ola arrojó a las playas de la muerte o de una vida funámbula en búsqueda del reencuentro, asiéndose la mayoría de las veces a la balsa de una ilusión forjada por un socorrista piadoso que no quería destruir ante su cara el anhelo de un abrazo con quien se amaba. De esta manera, tres semanas después de aquella noche aciaga, observamos en televisión las figuras demacradas de parejas que han convertido en eterno viacrucis su ir y venir por pueblos y ciudades, o de una madre a quien le dijeron que habían visto a su hijo en el hospital que le faltaba por visitar. Miles de niños quedaron sepultados o fueron raptados por personas estériles de cuerpo y alma, aunque con las mejores intenciones de darles un albergue. A los dolientes les iban indicando, como si se tratara de judíos errantes, otro centro lejano. Dentro, un cuervo picoteaba su esperanza con el graznido “never more, /never more,/never more” (E.A.P.). De Armero salían para Mariquita en donde les comunicaban que, a quien buscaban, lo habían visto en Ambalema; de Ambalema les devolvían a Guayabal y de ésta los hacían pasar a Lérica. De Lérica se dirigían a Cambao en donde estaría hospitalizada la persona buscada. En Cambao los afirmaban, con certeza, que estaba en Honda. De Honda, según los informantes, le habían conducido a Ibagué. Según el personal del Hospital Federico Lleras, al paciente lo habían remitido a Bogotá; allí, entre semejante selva hostil de cemento, recorrían treinta centros (óigase bien, treinta), ubicados en los parajes más distantes y opuestos del Distrito Especial para concluir el recorrido en Guaduas o El Líbano. De uno de esos pueblos los encaminaban a Cali y en la capital vallecaucana les sugerían que se asomaran por Medellín a donde también habían enviado pacientes. Otros insinuaban que se dirigieran a Tunja pasando por Armenia y Pereira. Cuando estaban ante las puertas de la claudicación definitiva, algún alma, no se sabe si sádica o caritativa, volvía a encenderles la ilusoria llamita de encontrar al ser querido en el hospital de La Dorada o, de pronto, en algún cementerio sin cruces. La esperanza es una flor que crece en los sepulcros. Hay tantas esperanzas a punto de fundirse en decepciones e ilusiones a punto de tornarse en esperanzas, cuantos corazones hayan quedado latiendo en la mañana de los espantos grises.

Los psicólogos Salas y Pérez observan que:

“Las reacciones que a menudo incluyen el estado de estupor no afectan únicamente a las víctimas directas de una catástrofe. Los medios de comunicación ponen al acceso de toda la población los detalles del hecho ocurrido, incurriendo a menudo en atentados contra la dignidad con escenas demasiado escabrosas... Esto acarrea alteraciones del sueño y terrores nocturnos...” (Ibid.).

Fuera de que el texto anterior corrobora varios planteamientos dados aquí desde el principio, muestra los estragos que una catástrofe de esta magnitud puede causar en personas alejadas de los trágicos escenarios. Ahora se puede dar fe de la conmoción que los fantasmas pueden seguir causando en las almas de los damnificados indirectos.

En el primer fin de semana decembrino, los miembros de la Sociedad Moscosina, con sede en la Universidad de Caldas, viajamos a la finca Borinquen (Curva de Rimula, más debajo de La Violeta), a dos minutos en automóvil del sitio por el que bajó la avalancha, dejando un playón inmenso sembrado de huevos prehistóricos (G.G.M.), pulidos por el roce envolvente de su caída atronadora desde el Cráter hasta Chinchiná. Las reacciones de estupor ante el desolador espectáculo se expresaban, a cada instante, hiciéramos lo más intrascendente o grato que se hace un buen fin de semana. Nos dimos cuenta de lo difícil que resultaría alertar, en un tiempo limitado, a una población embotada mentalmente y dispersa en un trayecto tan extenso. No hubo más remedio que sintonizar un radio en una emisora de noticias y poner a la señora de la cocina como vigía ante ese radio. Al fondo de la fiesta escuchábamos esa emisora como la voz semioculta de la conciencia. Cuando pasaba un carro, en la noche, uno de los pocos que se arrimaban al paraje aislado, todos creíamos que viajaba lleno de fantasmas eufóricos. Como la avalancha había arrasado el puente que comunicaba con Chinchiná, cualquier sonido de un auto por esa vía era percibido como una cosa extraña, fuera de lugar. Alguien dijo que podían dedicar la carretera vieja Manizales-Chinchiná, en estos fines de semana, a patinódromo o ciclo vía, por pavimentada y solitaria.

Otros observaban a los que tenían urgencia de viajar, con niños al hombro y dejándose arrastrar por enormes maletas con rodachines. Para distraer a los monotemáticos se les invitaba a ‘elevar globos de esperanza’.

Donald Calvin, con su humor de gringo apaisado, gritó: ‘¡Favor subir a las partes altas!’ e inmediatamente se encaramó en una mesa. Aquello parecía una película de Fellini o unas Danzas de la Muerte en las que, con mujeres exultantes, se volvía a temas tan respetables ahora irrespetados. Pregúntenle a Conny. Clara Inés, con su dulcísima voz, musitó al amanecer: - Y, ¿ustedes le ven algún problema a la vida? *La vida es una rumba*’

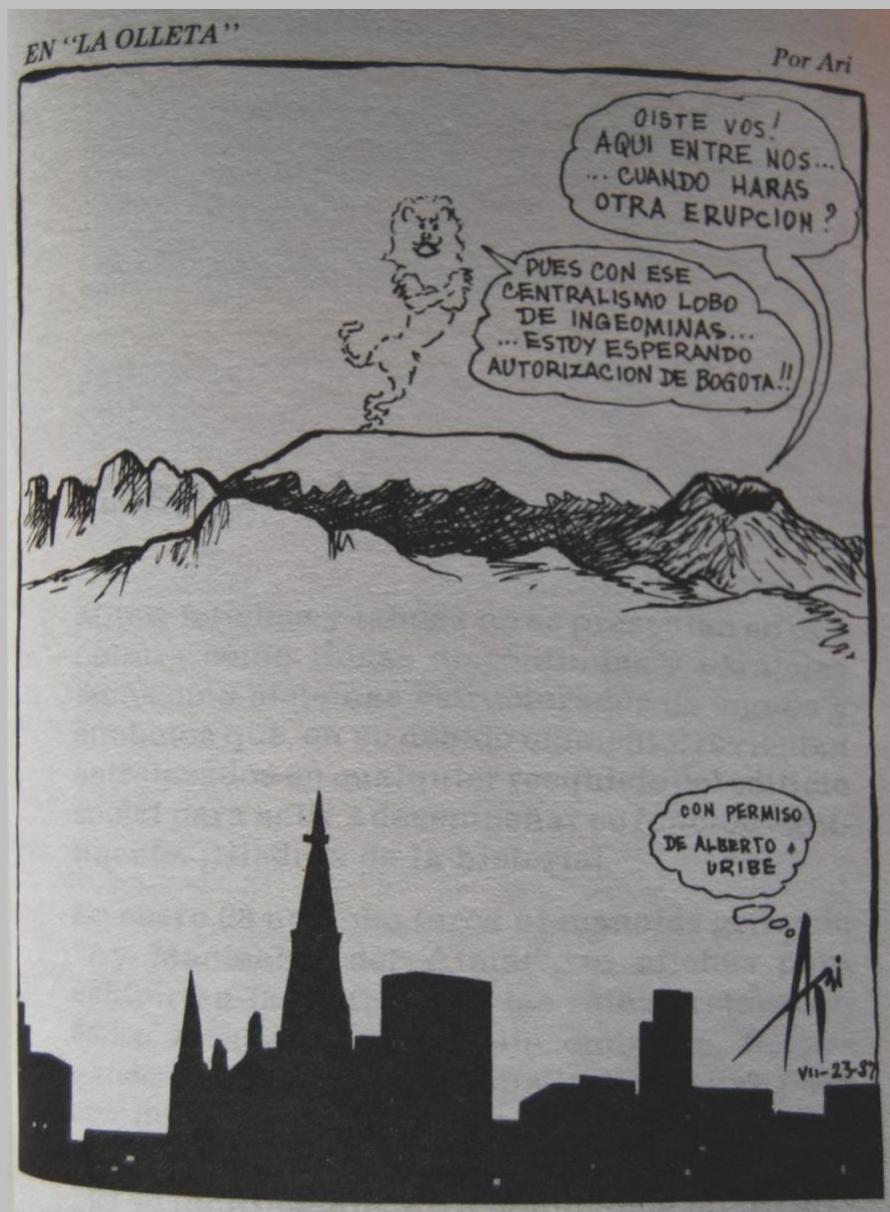
Los daños que dejó la bombada, desde cuando sale del cañón de Río Claro hasta explayarse en Cenicafé son inimaginables e imborrables. Puede creerse todo lo que digan: el lodo dejó su marca gris 15 metros sobre la carretera por la que transitábamos; hasta allí subió esa noche lluviosa, a una velocidad de 200 kilómetros por hora, en un lapso de media hora. El vigilante de las Bodegas del Comité de Cafeteros contó que, a eso de las 10 de la noche, pasó un caballero en

un vehículo avisando, por un megáfono, que bajaba la avalancha. La radio decía algo parecido. Los habitantes de las casas a orillas del río abrían las puertas, veían que estaba lloviendo y volvían a encerrarse. Pocos desocuparon. De pronto, la noche quedó envuelta en un ruido de mil tractomulas juntas; el vigilante subió la ladera y se salvó. Cuando pasó todo, no quedó sino esta explanada podrida y silenciosa.

Un zócalo gris de distinta altura indicaba hasta donde había penetrado el lodo, según la amplitud de las ensenadas. El puente de 40 metros desapareció. No se sabe ni en dónde quedaron sus pilotes. El gigantesco túnel metálico para altísimas presiones de agua que se iba de bruces sobre la carretera y atravesaba el río quedó convertido en chatarra como si fuese un envase de cerveza-lata destripada. De 15 tractomulas que estaban parqueadas solo quedaron dos enredadas en los troncos de las ceibas como ridículas bufandas. Ninguna obra humana situada en el recorrido de las aguas desatadas logró permanecer en pie. Sólo resistieron ciertos árboles: las ceibas con sobrada imponencia y, más arriba de la casa sobre una peña, junto al negocio de placer llamado El Pescador, una hilera de guayacanes aparentemente enclenques se opusieron victoriosas a la epopeya destructora de los elementos. Esos árboles merecieron ser condecorados con la Cruz de Boyacá en grado de Gran General. A los dos años de la tromba encañonada, los troncos de los guayacanes lucían sus heridas ya cicatrizadas, y los jardines de las Bodegas del Comité de Cafeteros florecían como si allí no hubiera pasado la maquinaria de La Muerte. Entre ellos aparecían los muñones de las ceibas que resistieron como titanes. Fueron taladas con motosierras. El hombre, a mansalva, es más destructor que la naturaleza.

Cuando viejos contemos lo que vimos y vivimos, pasaremos por mentirosos, concluyó Fanny G., junto a un manso riachuelo que corría por la mitad del desastre: - Este acontecimiento nos marcó. Podemos ir a la China, la Cochinchina o Chinchiná y, donde sea, estaremos marcados mentalmente. ¡Usted es un desglaciado!

LA PALABRA CIFRADA



Rodrigo Montes e Israel Hincapié, en San José y Risaralda, respectivamente, ofrecieron la dimensión del relato popular de la bombada. Según Rodrigo, *una tal Concepción Cometa, del Huila, desde la época de Rojas Pinilla, (1952-1956), pronosticó esta catástrofe, fuera de otras cuestiones que se han venido cumpliendo. Tuvo su apogeo en la década de los cincuenta y para ejercer el papel de sibila se asesoraba de un perro enorme y un gato negro de nombre "Mustafá". La prensa le hacía eco con sorna y, cuando anunció que el deshielo de El Ruiz formaría lagunas que después estallarían*

llevándose todo cuanto a su paso encontraran, los periódicos preguntaban ¿quién hará estallar las aguas y cuánto costará la dinamita?

Rodrigo recuerda que uno de esos titulares rezaba: “*El monstruo de la Laguna Negra*”. La gente no entendía por qué el desastre llegaría en forma de avalancha y no de piedras gigantescas lanzadas por el aire desde el Cráter La Olleta. Al fin de cuentas, el que explotó fue el Cráter Arenas más orientado hacia el Tolima que hacia Caldas.

Israel Hincapié sobrevivió a la avalancha en la finca Las Vegas, vereda Las Pavas. Su narración es la más patética de cuantas haya escuchado y leído en estos días: *Ese río echaba candela y el calor era horrible. Bajaba como moliendo. Los envites que el agua metía a la roca eran los de un ariete. La tierra temblaba. El eco bramaba tanto que teníamos que taparnos los oídos. Olía a todo: Primero a gasolina, a petróleo, después a cualquier cosa y al final a mortecina quemada. Aquello debió contener una sustancia química especial porque está matando la vida que no se llevó. Un gradual de 10 cuadras de largo por 3 de ancho desapareció. Quedó un campo de fútbol en arena ... Los cadáveres eran monstruos no imaginados, sin piel, sin cabello, sin cabeza, manos arrancadas, aferradas a fierros... Yo soy un muerto rescatado vivo: Oí un silo encendido que se acercaba. Corrí. Los que siguieron creyendo que era un silo están muertos. Escapé a la muerte por desconfiado. Hubo quienes pensaron que la ciencia controlaría en ese momento la catástrofe, pero le quedó grande a la ciencia... Ese amanecer fue como cuando uno va de noche a una parte desconocida y al otro día se levanta extrañado de ver el sitio en donde está.*

- *¿Es verdad que los muertos de la finca La Manuela pueden ser más de 300?*
- *Uuuuuffff Ninguna investigación logrará dar el dato exacto de los muertos. Esa semana, los gallinazos frente a la finca se comieron seis.*
- *Y, ¿por qué no los retiraron y sepultaron?*
- *¡Nos cansamos de recoger cadáveres! Nos fuimos río abajo haciendo pilas. Las aguas dejaban en los recodos los más livianos. En las empalizadas había más muertos que leña. Encontramos un cuerpo cien metros arriba del río, por el estuario de una quebrada. Ninguna autoridad vino por los cadáveres porque estaban encartados con miles de más en otros sitios. Entonces, los abandonamos.*

Y concluyó don Israel el relato de su pesadilla con esta sabia reflexión: *El hombre no es hombre porque sea hombre sino porque la naturaleza lo ha formado.*

Muchos relatos orales, por el estilo, eran el pan nuestro de cada día. Los medios de información de masas se especializaron en estas escenas. Dejaron de ser puro instrumento, simples y amorfos medios, para convertirse ellos, más que los locutores, camarógrafos o periodistas, en los verdaderos transmisores (sujetos) de información. “El medio es el lenguaje” (M. McLujan). Eran el tú del yo. O yo soy

el tú de los medios masivos, sin conservar la individualidad. El mensaje, de esta forma, se lanza como las viejas que salen a echarle maíz a las gallinas: *Ahí lo tienen, tráguenlo y defiéndanse. ¡Consuman! ¡Digerir!* Imposible dado el bombardeo acelerado. La gente se acostumbró a llevar la vida conversando con los medios. Aceptando impresiones sin discernirlas. Manipulada para bien o para mal.

A los manizaleños les aconteció lo mismo que cuando uno se acostumbra a dormir con un ruido constante: cuando cesa el ruido el paciente se despierta alarmado. Los periodistas dedujeron que el caso se estaba cerrando para su intensiva explotación y Manizales se despertó. Con la máxima en los labios que alcanzó entonación de proclama, *Cada uno es dueño de su miedo*, los que pudieron salieron con sus niños a vacaciones, en rezagadas caravanas, a Miami, Madrid o Río. Las señoras y señoritas de clase media pidieron vacaciones para lanzarse a Cartagena a ver qué había quedado del Reinado Nacional de Belleza. Luz Dary me llamó de Cartagena para contarme que allá sienten tristeza por la forma tan melancólica en que han transcurrido los primeros veinte días de la soberana guajira, María Mónica Urbina, que resultó elegida como soberana. Quienes se fueron para Medellín, Cali, Bogotá y pueblos del Gran Caldas era porque allá les ofrecían un rinconcito para escapar. Pero, ¿podrán atender la voz del *sálvese el que pueda*, las familias de los obreros, tenderos, bancarios y empleados de vacaciones conjuntas después de la Navidad? El fotógrafo Jorge Hurtado me decía, en son de chiste: *Uno sí es de malas; entre las oleadas que se han ido no ha salido ni un solo fotógrafo y yo me quedé con la firme voluntad de sustituirlos*. Ya las gentes no se hacen tomar fotos, ni para el recuerdo. Adelantaron vacaciones porque, como dijo mi madre, *el desastre cayó en muy buena época*.

Tampoco abandonó la ciudad un curioso grupo de apáticos según quienes *para morir nacimos* y otro grupo de noveleros armados de cámaras fotográficas con el lente dirigido al Nevado y que no se marchan porque de irnos quién sabe qué espectáculo nos perdamos. Ojalá no se queden *mirando pal páramo*.

Respecto a los desocupados que, en 1985, a nivel nacional ascendían al 14 por ciento de la población laboralmente disponible, no tienen dinero ni para irse ni para quedarse.

Dos contertulios reían: *Si en Pereira hubiesen sabido que les iban a parar tantas bolas a Manizales y Caldas por la tal explosión aplazada del Volcán Arenas, hubiesen provocado la erupción del Santa Isabel. Hasta razón tendrán*, dijo el otro. La capital del Risaralda tiene una idiosincrasia refleja; comparada. En el momento más agudo del drama, cuando la bombada dejó a Chinchiná aislado de la capital caldense, las autoridades del Departamento del Risaralda, por orden expresa de la Presidencia de la República, debieron apersonarse de la empresa de salvamento y ayudas que llegaban al aeropuerto de Matecaña. En semejante crisis, medios radiales de

Pereira azuzaron el rumor de una conveniente anexión de la zona desastada al Departamento de Risaralda. *Caridad con uñas*, se llama este gesto destemplado y a destiempo. En esos momentos, los pereiranos también pedían ser incluidos en el mapa de la zona afectada para hacerse a los millonarios auxilios de que hablaban por radio y televisión. Piensa uno que en “la querendona, trasnochadora y morena”, viven con nostalgias de volcán. Dicho y hecho: Dos años después, en enero de 1988, los municipios de Pereira, Dosquebradas y Santa Rosa, fueron incluidos en la zona devastada para acogerse a los beneficios del Decreto 3830 sobre libre importación de maquinaria industrial y facilidades para la fundación de empresas. El Ministro de Gobierno del momento, anterior Ministro de Hacienda y posterior presidente, era pereirano.

Los modales resultaron lastimosos. En cuanto al beneficio económico, estupendo que la legislación haya cobijado a la hora de nona a los risaraldenses mencionados. Ojalá se hubieran podido beneficiar los queridísimos quindianos. Yo progreso cuando progresa mi vecino. Amén.

En este zafarrancho, si unos van, otros vienen. El miércoles cuatro de diciembre, en la tarde, ACES descargó de Bogotá, Cali y Medellín, un enorme contingente de periodistas de la Cadena Radial Caracol, el Noticiero 24 Horas de la Televisión, fuera del Noticiero Nacional, listos a originar sus programas desde Manizales, en los días cinco y seis. Propósitos: Solidaridad con la ciudad y sus gentes; seguridad en sí. Manizales, como dice la propaganda de radio, está donde debe estar. *Venimos a darle una caricia a la capital de Caldas*, dijo un locutor paisa.

Del cielo cayó la gente de radio: Yamid Amat, Mauricio Gómez, Édgar Perea, Antonio Ibáñez, Javier Ayala, Alfonso Castellanos, Lucía Náder, Juan Harvey Caicedo, Norha Correa, Gustavo Niño, Jaime Ortiz, Juan Carlos Rincón, Pedro Alcalá, William Restrepo, Mónica Tapias, Mónica Rodríguez, acompañados del dueto de humoristas y cantantes Los Tolimenses y del humorista Montecristo, coordinados por Orlando Cadavid, director de noticias de Caracol y corresponsal de El Tiempo, en Manizales.

La llegada de los periodistas a Manizales resultó comparable a la entrada de los gitanos en Macondo:

“La curiosidad pudo más que el temor, porque aquella vez los gitanos recorrieron la aldea haciendo un ruido ensordecedor, con toda clase de instrumentos musicales, mientras el pregonero anunciaba la exhibición del más fabuloso hallazgo de los naciancenos...” (Gabriel García M., Cien Años de Soledad, La Oveja Negra, 1978, p.12).

“... La ciencia ha eliminado las distancias, pregonaba Milquiades. Dentro de poco, el hombre podrá ver lo que ocurre en cualquier lugar de la tierra, sin moverse de su casa” (Ibid., p. 8).

“En un instante transformaron la aldea. Los habitantes de Macondo se encontraron de pronto perdidos en sus propias calles” (Ibid., p.19).

El pregonero se llamaba Yamid Amat, “un hombre con una mirada asiática que parecía conocer el otro lado de las cosas” y, como Melquiades, “con un peso humano, una condición terrestre que lo mantenía enredado en los minúsculos problemas de la vida cotidiana” (Ibid., p.10-11). Ganador de muchos premios de periodismo, logró que la Cadena Caracol de Colombia se convirtiera en “La Gran Compañía”. Según los observadores y mirones fue quien tuvo la idea del Banquete del Millón en todas las ciudades capitales del país y sabría vender la transmisión del Desastre del Ruiz a la Federación Nacional de Cafeteros. Un cafetero apuntaba mientras saboreábamos un tinto en el Café La Cigarra (o Café de la Lengua): La Federación de Cafeteros, con la compra de dos días de transmisión radial, puede hacerse presente junto a nosotros y taparles la boca a muchos críticos que utilizan la radio para denunciar las medidas cafeteras dignas de un reexamen público. Así fue: En la semana en que transmitieron desde Manizales, los periodistas recién llegados no entrevistaron a los muchos que protestaban contra la política de diversificación de cultivos en la zona cafetera implantada por la Federación, mientras los países compradores solicitaban más café colombiano, ante la sequía en el Brasil, pero no poseíamos suficiente existencia de café para satisfacer la enorme demanda. *Nos estamos lamentando de no tener el doble o tener el triple en las bodegas*, pudo decir Jaime Restrepo, cafetero de campanillas, en el Foro de la Esperanza. Al exministro y exalcalde Fernando Londoño Londoño lo escondieron en la trastienda por estos días. Podría aguar la fiesta gitana con su inconformismo de elocuente “Leopardo”.

Planteada así la cuestión, resultó sencillísimo trasladar a Manizales hasta el circunspecto Antonio Panesso Robledo, hombre de libros y de humor más que de paseos con trago en la avioneta. ACES transportó a los gitanos del micrófono. Hubo fotógrafo en el aeropuerto, primera página en La Patria, el mejo hotel, *con cobijas de plumas*, como dijo al otro día Elkin Mesa, telegramas, llamadas, arreglos florales, frutas y licores en cantidades inundantes. Les dieron hasta literatura grecoquimbaya.

Javier Ayala y Alfonso Castellanos no se cansaban de repetirle a Raimundo y todo el mundo que Manizales se mantenía aferrado a su destino de luchar contra las adversidades de la naturaleza. Édgar Perea, el Papa negro del deporte, se desplazó

desde Barranquilla para pontificar sobre las bondades y malicias de los deportistas. Antonio Ibáñez aprovechó que en Bogotá lanzaban a la fama “El Amor en los tiempos del cólera” para dialogar sobre sus “Herejías” con el doctor Hernando Salazar, el Édgar Perea de la literatura en el contorno. Los curiosos se trasladaron hasta el Teatro Fundadores para observar cómo hacían el montaje del Noticiero 24 Horas, de Mauricio Gómez; ante las cámaras de televisión fracasó el intento de hacer cantar a los manizaleños Feria de Manizales. La bella Mónica Rodríguez se metió al barro en los sectores afectados por el lahar, mientras Yamid Amat entrevistaba industriales, banqueros y burócratas, frente al lente de Jorge Hurtado, que así ampliaba su extraordinario archivo sobre el devenir local.

En la esquina de la Gobernación me topé con Gildardo Ospina, redactor de La Patria. Comentó: *Me mandaron a estar con la gente de Caracol porque es campaña conjunta pero estos señores están en el plan de descubrir el agua tibia. A la gente que están entrevistando ya la entrevistamos; todo lo dicho nos lo dijeron y nosotros lo retransmitimos. Sin embargo, apenas lo cuenta Yamid Amat o Juan Gossain, el país cree. Estamos atravesando una crisis de credibilidad enorme.*

Esa crisis de credibilidad o novelería no sería tan grave si no abarcara al mismo personal de transmisores de noticias. Si quien habla es un Perico de los Palotes se hace caso omiso de su mensaje. Eso sucedió con el artículo firmado por Helio Fabio González (sin más datos personales). Su colaboración, aparecida en el periódico El Tiempo, cuatro días después de la tragedia bajo el melancólico título “Un Artículo Profético”, traía el siguiente epígrafe: *“Hace algunas semanas llegó a la Edición Dominical el siguiente artículo que vaticinaba casi con fecha exacta, la tragedia que se avecinaba y el cual, por aquello de la imprevisión, la falta de intuición o la ingenua ilusión de que nada sucedería, no fue publicado en su debido momento”*. Y, ¿qué decía el tal don Helio Fabio González a quien no le creyeron en la redacción del periódico más poderoso del país?

NO MÁS DILACIONES

“... Los desbordamientos de Lagunilla ocurren periódicamente. Así lo confirmaron excavaciones realizadas a mediados del siglo XIX, que permitieron –según refiere Guerra Azuola– descubrir los rastros de tres inundaciones que pudieron calificarse de periódicas y progresivas. Periódicas, porque las capas de tierra vegetal que alternaban con la de los despojos de la cordillera arrastrados por las aguas tenían igual espesor, lo cual hace conjeturar que después de cada cataclismo ha debido pasar un número de años aproximadamente igual entre uno y otro derrumbamiento. Progresivas, porque las capas de terreno sobrepuestas eran mayores a medida que se acercaban a la superficie, lo cual es una prueba de que el estrago sufrido por la cordillera ha

sido cada vez más grande, y por consiguiente, las materias arrastradas más abundantes”.

“Con base en los anteriores datos de Fray Pedro Simón y Ramón Guerra Azuola, parece que los fenómenos aquí descritos se repiten con una periodicidad alternante de 140 años y 9 meses y 110 años y 2 meses. Los referidos por Simón acaecieron a mediados de marzo de 1595. Los siguientes debieron ocurrir en diciembre de 1735, y en febrero de 1845 sucedieron los anotados por Guerra Azuola”.

“El próximo desbordamiento (si fallan las medidas preventivas –aún no iniciadas-) sobrevendrá hacia mediados de noviembre del presente año. Ya se han observado los signos característicos: humo del Cráter Arenas; lluvia de ceniza y de gases. Contaminación de aguas y de cultivos. Olores nauseabundos. Derrumbes sobre el río Lagunilla. Estruendo originado en el volcán el 11 de septiembre. Deshielo progresivo del nevado...”.

“En consecuencia, ya es hora de actuar. No más pérdida de tiempo en recriminaciones regionales. No más anuncios de paros cívicos. No más proyectos a largo plazo (para finales de octubre –quizá demasiado tarde- se espera “un balance técnico-científico a fin de ‘poder establecer planes de acción preventiva’)”.

“Lo prudente y necesario sería declarar en emergencia aquella vasta zona del norte del Tolima (especialmente Armero), y que, si no es posible evitar el desbordamiento del Lagunilla, por lo menos se planifique y se proceda de inmediato a la evacuación humana de esos alrededores hoy tan amenazados por la catástrofe” (El Tiempo, 17-XI-1985, p.9A).

¿Por qué no se le prestó atención a las deducciones de don Helio Fabio González, en un caso, y a los reporteros de La Patria, en otro? Porque entre los colombianos o entre los que vivimos sumergidos en el mundo masificado de la televisión, la radio y la prensa existe un mito de autoridad que se impone sobre la verdad misma. Si alguien cobijado con la fama esconde la verdad, no debemos preocuparnos por ello. Por eso, siendo el colombiano una persona de gran agilidad mental, es fácil conducirlo sucesivamente al fracaso. Somos olvidadizos, confiados y predispuestos al descreste. Obscuentes del dogma infalible.

Manizales, como es su hidalga tradición, atendió a los periodistas foráneos a cuerpo de rey. El Gobernador del Departamento, fuera de su gesto de bienvenida, se levantó de su lecho de enfermo (lo dijo don Yamid), a donde lo había lanzado el cruel invierno o la radiante belleza de Su Majestad la Reina Sofía de España, para entregarle al Director de Noticias de Caracol el Decreto de Agradecimiento

a nombre de los caldenses; el Alcalde les tendió las llaves de la ciudad conquistada por sus micrófonos y el dueño del vehículo que llevó de regreso a Yamid Amat y su corte al aeropuerto me confesó, en el colmo de la felicidad, que al despedirse les lanzó este piropo: *¡Gracias, Ustedes vinieron a Manizales y le dijeron: Levántate y anda!* Mejor dicho, no seremos la Ciudad Perdida del futuro. *¡Somos la Ciudad Resucitada!*

En serio: *¡La ciudad sí se levantó y caminó como otro Lázaro?* Se ve gente colgando adornos de navidad. Quienes se alegraron por la supresión de la Feria Anual, a comienzos de enero, ya se arrepienten de esa medida *precipitada* y bendicen a México por haber seguido con el Mundial de Fútbol 1986, desde la mañana misma de ese jueves de pasión; quienes se fueron de Manizales no se cansan de llamar por teléfono que es otra forma de regresar. “El 90 por ciento de los hondanos que se marcharon, ya volvieron”, declaró la alcaldesa de Honda, el 7 de diciembre. El tema del Nevado se ha ido mellando con tal celeridad que hasta dicen que el bolero favorito de los vulcanólogos es “*¡Quizá, Quizá, Quizá!*”. El Yamid Amat que estuvo en Manizales a comienzos de diciembre le preguntaba a María Teresa Peñalosa, desde Bogotá, el 11 de febrero de 1986: *Y, ¿qué hay de ese volcán cansón?*

La causa no está perdida mientras se sigan dando brotes de solidaridad y de humor. Refieren que vagando los socorristas por los potreros inundados por la lava del Volcán toparon con una venus desnuda cubierta de barro; en una de esas muchas ocasiones en que no se sabe qué preguntar, le inquirieron de dónde venía. Ella, dando muestras de contenida ironía, les respondió: *¡No será de Miami!*

El viernes seis de diciembre tuvimos la digna, grata y suave presencia de Su Majestad la Reina Sofía de España, esposa del Rey Juan Carlos de Borbón. Vino a entregar, en persona, la donación del pueblo español. Sobrevoló Armero, Chinchiná y almorzó en el Club Manizales, en compañía del Presidente de la República, Belisario Betancur, y del notablato local al que adiestraron con anticipación para la ceremonia del besamanos. La Reina inició, con su firma, el libro de visitantes ilustres de ese centro social. Según mi tía Matilde, la letra manuscrita de la soberana puede mejorarse: *Puros garabatos de médico*. Clara Rosa, mi otra tía, mitigó este juicio cuando aclaró: *Es la letra de una colegiala*. Manizales la aplaudió más como muestra de agradecimiento que de novelería. Cuando iba a partir, en las escalinatas del Club resonó el Himno Nacional de Colombia. En esos instantes sentimos que se entreabría una orquídea entre el detritus de la pena.

Ha descendido el nivel del fango y de las emociones. A los treinta días, una nube tierna ha cubierto el resol que nos insolaba. Si no hay amor que dure cien años, aunque en El Amor en los Tiempos del Cólera se trate de demostrar lo contrario,

el tiempo es más dramático con las emociones funestas. No alcanzan a florecer en igual intensidad durante un mes siquiera. La emoción perdura pero en forma de pasión o sentimiento sobrellevable. Parece que la tragedia de El Ruiz ha echado por el atajo del olvido. El olvido es la gran pasión del pueblo colombiano.

Los periódicos lanzaron las noticias del Volcán a las páginas interiores. Por ejemplo, ayer 12 de diciembre, perdido entre las noticias de reinas populares en Cali, basuras en Barranquilla, nuevas detenciones de colombianos con cocaína en el estómago, aparece un titular que intenta inútilmente sensibilizar a los lectores: “Angustioso llamado para incinerar 250 cadáveres”. Los muertos en Armero, como los ojos de los enterrados de Miguel Ángel Asturias, se niegan al anonimato profundo de la muerte. Como una protesta han ido emergiendo a medida que el lodo se reseca. La prensa publica grupos de gallinazos en mesa redonda junto a los cadáveres. Es curioso que el Alcalde Militar, con amargura, cuente que el gobierno le ha amonestado por seguir incinerándolos “ya que está prohibido por la Convención de Ginebra”. Tabú es para nuestra cultura quemar la carroña humana. Prefiere que la devoren las aves de rapiña. El tabú es irracional.

Apareció una cartilla para aprender a convivir con El Ruiz. Matrimonio a la fuerza. Y, como si se tratara del ajeteo conyugal, “la actividad puede disminuir o aumentar, hasta hacer una nueva erupción”. De resto, es la consagración de los lugares comunes en el aspecto histórico, geográfico y de advertencias como ésta:

“La ceniza no cae caliente. Por tanto, no provoca incendios, ni ocasiona quemaduras en las personas, los animales o los objetos. Pero al depositarse en las calles, éstas se vuelven lisas y por tanto, peligrosas para la circulación de los vehículos”.

Todo está bien mientras no se torne peligrosa para la circulación de la vida.

La Patria, en su Editorial del 12 de diciembre, preguntaba a los vulcanólogos si es inminente un deshielo total del Nevado. Así, la prensa ha variado de objetivo: Lo que preocupa ahora no es la erupción sino el deshielo de 250 millones de metros cúbicos de agua en bloques de 40 y 60 metros de espesor. El 13 de noviembre se descongelaron, apenas, 5 millones de metros cúbicos. Para responder las inquietudes del diario local, los científicos se fueron a reconocer el paraje que han visitado, mínimo, durante un mes. El plazo es perentorio: Un ingeniero químico predijo que el próximo fin de semana podría presentarse un deshielo total del Nevado.

“Por el calor que se concentra en el interior de la montaña se irá derritiendo el hielo más próximo a la superficie terrestre

causando una especie de vacío que generaría un colapso que concluiría con el rompimiento de toda el agua congelada. Según información de los científicos, el pasado noviembre 13, sólo se verificó un deshielo no superior al diez por ciento del total que existe. Así, de ser cierta la hipótesis a que hacemos referencia multiplíquense por diez las avalanchas y los estragos... No sería solamente Armero y Chinchiná sino media Colombia la golpeada por ese tipo de fenómeno (La Patria, 12-XII-1985, p.4A).

¡Ni qué Hernando Arango Monedero en la Cámara! Este representante a la Cámara, por el Departamento de Caldas fue el que dio la primera voz de alerta en ese recinto pero sus advertencias fueron velozmente olvidadas. Después del editorial de La Patria, el Comité alertó a 25 municipios y 5 corregimientos, a orillas del Cauca y el Magdalena.

El 13 de diciembre, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia se dirigió a la Asamblea General de las Naciones Unidas, en Nueva York, para informar sobre la destrucción y resurrección paulatina de las áreas afectadas. Solicitó ayuda universal, dando respuesta a la Resolución N° 4.013 (otro 13), por medio de la cual la ONU se solidarizaba con nuestro infortunio. La respuesta de la comunidad internacional fue inmediata: Ofreció 36 millones de dólares, siendo que las urgencias mínimas se solucionarían con 150 millones. El doctor Pedro Gómez Barrero aclaró que muchas de esas ayudas no llegarían en dinero sino en colaboración técnica a medida que se fuera desarrollando el plan de Resurgir.

A los tres meses exactos de la tragedia (13 de febrero de 1986), Resurgir poseía 1.920 millones de pesos en el Banco de la República y había invertido 260 millones de pesos en la solución de las necesidades más urgentes. Esto quería decir que la tan cacareada y millonaria suma en dólares no había llegado o llegó a través de otras entidades como la Cruz Roja o las iglesias. Resurgir estaba muy lejos de ser la entidad boyante que vieron nacer los televidentes.

El Presidente de la República va y viene queriendo mostrar que está vivo y coleando. El miércoles once trasladó el Consejo de Ministros a Ibagué y el miércoles dieciocho a Manizales, buscando proyectar soluciones sobre el terreno y consultando de viva voz a los pacientes.

Mi hermana Cecilia dijo: *Ya llega un miércoles y uno siente miedo.* Según esta sensación, no queda día bueno: El martes no te cases ni te embarques; el miércoles dejó en la ruina nuestro ánimo; el jueves no es muy recomendable desde el terremoto de México y el Palacio de Justicia en Bogotá; el viernes

tradicionalmente ha sido lúgubre a pesar de los viernes culturales; tal vez el lunes sea el mejor día de las actuales semanas.

Este trece de diciembre, los científicos tuvieron que dedicarse a tratar de calmar los nervios de los colombianos que esperan un terremoto para el domingo quince, a las tres de la tarde. Sólo quedarán piedras sobre piedras. Los caldenses quedamos curados de espantos naturales. No es que seamos incrédulos sino que la vida y la naturaleza nos tornaron, en parte, felizmente estoicos. Pero el chisme para el domingo es curioso porque nace en la ambigüedad de un inocente titular: En París, la Asociación para el Fomento del Libro inició una campaña de ayuda a los damnificados del Volcán, con el sugestivo nombre “Colombia S.O.S.”. Algo así como Por Ti, Colombia. Ese título lo copió o adoptó (en lo que somos expertos) una programadora de televisión colombiana para un programa kilométrico sobre la actividad de los socorristas en la pasada emergencia. El público colombiano que retiene titulares de prensa o nombres de programas, pero no discierne, paró la oreja a ese “S.O.S.” del nombre francés y se empeñó en buscarle el sentido futurista y parasicológico con brujos, videntes y charlatanes que hacían, en diciembre, su agosto.

A excepción de los caldenses que no emigraron, pocos dormían tranquilos en Suramérica. De distintos países llegaban rumores según los cuales las cumbres de sus cordilleras echaban humo, en la realidad o en la imaginación de los nativos. Desde la Patagonia hasta Caracas se hablaba de la inminente reactivación de muchos picos andinos. Hasta en Bogotá y el departamento de Córdoba, los habitantes escuchaban ruidos dentro de la tierra. Los pastusos han mirado hacia el Galeras y han temido despertarlo. Por eso hablan pasito.

Los científicos, tan parcos en el hablar porque así lo exige la epistemología científica o para no quedar mal como otros en las jornadas septembrinas, pero empeñados en la cruzada por sostener la respetabilidad o el mito de la ciencia en un medio como el nuestro inclinado a las conjeturas, tuvieron que agarrar los micrófonos para calmar a los mortales con la conclusión de que *hasta ahora no es posible predecir la fecha de una catástrofe natural como la imaginada*. Con esto, el público le ha puesto un nuevo plazo a su angustia.

El miércoles 18 de diciembre de 1985 se llevó a cabo, en la capital caldense, el Foro de la Esperanza en el que, fuera de los datos técnicos de toda índole que calculan las pérdidas, sólo en Caldas, en once mil millones de pesos, el Presidente aprovechó la ocasión para hablar de Bonanza y rematar con su habitual desahogo lírico que se le escapa de la garganta cuando nos visita. En un país de libre expresión le resulta conveniente al Poder Ejecutivo insistir, de cuando en cuando, que su existencia es más actuante e indispensable que el Cuarto Poder, tan presencial y poderoso en la anterior emergencia. Tan amenazante para algunos.

El Poder Ejecutivo es público y el Cuarto Poder es privado. El uno es primero y “todo lo demás se os dará por añadidura”.

Aproveché las ardientes tardes navideñas, en San José de Caldas, para desplegar ante los ojos de la imaginación, las más ardientes páginas eróticas de la literatura colombiana de primera línea que acababan de poner a disposición en el mercado del libro. Inicié, en la casa de los abuelos, la lectura del libro amarillo de Gabriel García Márquez (Gabo), con inmenso desgano porque en literatura es axiomático que nunca segundas partes fueron buenas, a excepción de la Biblia y El Quijote. Me habían prevenido infundadamente al decirme que se trataba de una segunda dosis de Cien Años de Soledad pero, haciendo caso omiso de cierta entonación nostálgica, era otra cosa. A mitad del libro estaba tan entusiasmado que si hubiera contado a mi lado con una Viuda de Nazaret (p.208) habría reproducido en vivo y en directo los compases gimnásticos de El Amor en los Tiempos del Cólera. Por desgracia, tuve que cambiar mis fantasías de vacaciones por otras más prosaicas. A las 5:37 p.m. del viernes veinte de diciembre, el transistor estaba sintonizado en Radio Manizales, la primera emisora de Caldas, de amplia acogida en la región. Un arrullo me hizo desviar la mirada hacia la lámpara que pende del artesonado en el centro de la sala para concluir que estaba temblando. Tragaba el primer sorbo de aire cuando una locutora de la emisora interrumpió la programación para gritar desesperada que un fuerte sismo acababa de sacudir a Manizales. Se escuchaba que, en la emisora, abrían y cerraban puertas como en la cocina de una radionovela de terror cuando una compañera de la locutora entró y, a través del micrófono, desahogó sus nervios primarios. No tenían aún a quien consultar pero, así y todo, conectaron irresponsablemente el temblor con el Volcán. Era un dueto desesperado y feliz. Manizales seguía siendo Manizales, a pesar de las campañas ajenas encaminadas a introducir la calma. Las dos paisanitas volvían a arrebatarle al país la propiedad exclusiva de un temblor.

El Instituto Geofísico de los Andes, con sede en Bogotá, anunció que el epicentro del temblor fue en el departamento de Santander, a más de cuatrocientos kilómetros de Manizales. Su intensidad fue de seis grados en la escala internacional, por lo que el sucesor del Padre Goberna, otro chamán de las ciencias telúricas, el Presbítero Vladimiro Escobar lo calificó de “leve intensidad”, descartó daños físicos en toda la República y cualquier conexión con el Volcán.

No se sabe si las mencionadas periodistas se dieron cuenta del oso que hicieron al abandonar la ecuanimidad para ponerse a gritar ante los micrófonos. Esa noche, la tertulia familiar derivó hacia el tema de las bondades e inconveniencias del periodismo ejercido por personas demasiado nerviosas, sobre todo si están armadas de un micrófono. *No hay persona más peligrosa que un miedoso armado.* Recordamos las escenas de los terremotos de México y Tokio que mostraban, por

casualidad, las diferentes expresiones en los rostros de dos parejas de lectores de noticias en televisión, en el momento de los movimientos sísmicos. Los varones, seguramente por machismo o hipocresía, o debido a una sicología distinta, se notaban, en ambos casos, más dueños de sí que sus adorables partenaires. El tema progresó hasta traer a colación el caso de la persona que espera sentada en el Pentágono la orden de despachar a la nada, por medio del disparo de bombas sofisticadas, la mitad de este mundo. Su oficio consiste en esperar la orden del Presidente para oprimir un botón, dicen los que saben o los que inventan. ¿Qué tal que una de las dos periodistas ocupase ese cargo en el momento de una falsa alarma, en Washington o en El Ruiz? Bueno, ya se sabe que la Ministra de Comunicaciones de Colombia hizo correr despavorida, monte arriba, a la población de Mariquita por lo que ella denominó como falsa alarma.

Estas consideraciones las urdimos antes de ir a rezar la Novena de Aguinaldos, frente a un pesebre que, gracias a la inventiva de los niños, contaba con fumarola propia que arrancaba por tubería de un fogón improvisado prendido en el momento de la cita nocturna. Detenerse o regresar es difícil. Por eso se quedaron sin responder las siguientes preguntas de sobremesa: ¿Todo lo que sucede es noticia? El país sintió el temblor; ¿contárselo al mismo sujeto paciente es noticia? ¿Qué sería noticia en el caso del temblor? ¿Es conveniente distanciar el suceso un tiempo prudencial, antes de lanzarlo al público? ¿Se justifica perder la chiva (síndrome de chiva) en aras de una pausa que reportaría serenidad? Hubo honradez y certidumbre, pero faltaron otros elementos claves para una adecuada información: Sensatez y claridad indispensables para no indigestarse.

Vivimos una emergencia tan especial que, como dijo mi madre, *ni el mismo Niño Dios va a saber en dónde están las gentes para meterles los aguinaldos debajo de las almohadas correspondientes.*

La radio transmitió una excelente noticia que debería perdurar, si es posible en mercadotecnia periodística sostener por mucho tiempo un mismo tema sin mellarse: Inauguramos, el 13 de enero de 1986, una nueva bonanza cafetera. ¡Bienvenida! La gente que recuerda el manejo dado a la bonanza cafetera, en 1975, el fin que tuvieron las bonanzas esmeraldera, marihuanera y coquera, se pusieron a tiritar de miedo. La palabreja bonanza causa terror en muchos ambientes. La prensa escrita, más reflexiva que la oral y la visual, meditó los titulares con cauteloso escepticismo: El Tiempo tituló: “A dos dólares el café en Nueva York”, en primera página, a dos columnas. El Espectador tituló a cuatro columnas: “Bonanza: Disparado el café”. Héctor Osuna, el genial caricaturista de El Espectador, publicó el 26 de enero, un trabajo en el que muestra el rostro de Belisario Betancur como si fuera el dios Jano. Con el rostro risueño dice en ese tono patético que lo caracteriza: “¡Qué Congreso Admirable! ¡Qué Holocausto

(tipo masacre)! ¡Qué magistrados y rehenes heroicos! ¡Qué profesionalismo militar! ¡Qué desalojos! ¡Qué volcanes! ¡Cuánta solidaridad! ¡Cuánta sismicidad!”. Y, con el rostro trágico exclama: “... Pero, ¡Dios Mío! ¡Qué catastrófica Bonanza!”. La opinión de un avezado cafetero estaba muy cerca del periódico de la Familia Cano, cuando anotó: *Si la mayoría de los caldenses logró sobrevivir a la catástrofe de El Ruiz, quién sabe si logrará salvarse en esta nueva bonanza.* (Fetichismo de la palabra y el dinero”. Se confirma así el criterio viejo de: *¿Nuevas noticias? ¡Malas noticias!* Claro que más fue el aspaviento. Resultó una minibonanza por lo fugaz.

Es incómodo hablar de humorismo en casos tan trágicos como el del Nevado. La tragedia es tabú intocable. Pero, ¿quién dijo que humorismo es buen humor? Para Eduardo Stilman, en “El Libro del Humor Negro” (Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1977, p.7), el humorismo es una actitud ante el mundo.

“No se trata de una actitud alegre; los últimos límites del humorismo lindan más con los laberintos de la desesperación que con el decorado de la felicidad convencional. El humorismo es malhumorado; un incursor de los mismos territorios que ambicionan la úlcera, la demencia y el suicidio”.

Hay casos en que el humor es lo único que nos queda de la esperanza. Y mientras lo tengamos estaremos en vía de salvación y de salud mental apta para afrontar nuevos embates. El humor (el verdadero humor) siempre es negro y chocante porque destruye mitos, fetiches y tabúes. Es la caries de la solemnidad. Es la broma del estiramiento. Su respuesta no es la vulgar carcajada sino la sonrisa del que ríe por no llorar.

Nos reunimos en familia, al final de las vacaciones, alrededor de unas copas, con la muestra de humor negro que ha florecido en el habla popular y anónima de esa temporada:

Daniel Alberto recordó que, en Manizales, una discoteca se llama como el musical de la televisión: “Oro Sólido”. Saben, preguntó, ¿cómo se llama la discoteca de Armero? “¡Lodo Sólido!”.

Cecilia contó que, en Armero, los niños juegan escondidijo (escondrijo) así: *Unas-dos-tres, por mi abuelita que está debajo de esa piedra.*

Samuel preguntó que si sabíamos cuál era el nombre del cigarrillo de más venta en Armero. ¿Cuál? “¡Nevado!”.

Ángela contó que, en una escuela, la profesora llegó a clase y dijo a los niños: *Abren el libro de Geografía, en la página 83 y, donde dice “Armero” tachen ese nombre.*

Luz Mery, recordando a Vargas Vila, preguntó: *¿Saben cómo han bautizado últimamente a Omaira? “Flor de Fango”.*

Adiela recordó que generalmente a los jardines infantiles les ponen nombres como: *Mi Primer Juguetico, Mi Primera Palabra, Mis Primeras Travesuras* y otros así. *¿Conocen el nombre del Jardín Infantil de Armero? “Mi Primer Pantanito”.*

El Volcán de El Ruiz tiene la enfermedad más escandalosa del momento: SIDA. *¿Por qué? Por haberse comido medio Mariquita.*

Héber Jaime intervino para contar que un señor tenía una tienda en La Dorada y vendía poco. La pasó para Mariquita y tampoco vendía. La pasó para Armero, *¡y se tapó!*

Francisco Javier, apurando un Aguardiente Cristal, preguntó: *¿Saben por qué Belisario no avisó a los moradores de Armero que iba la avalancha? Porque tenía que arreglar las cuentas ya que en el Censo del Población de 1985 le sobraron 25.000 habitantes.*

Tito Fabio intervino para comunicar que el Papa Juan Pablo II está muy molesto con Belisario por no haberlo invitado al asado del Palacio de Justicia ni a los toboganes de Armero.

María Isabel remató con la siguiente anécdota: *- Llegaron los 25.000 muertos del 13 de noviembre a las puertas del cielo. San Pedro los condujo por unos pasillos estrechos a un corralito en que, si mucho, las almas podían respirar y mover los ojos. Los líderes de Armero, con el Alcalde a la cabeza, solicitaron a San Pedro que les cambiara el corral por un sitio más amplio y más cómodo. San Pedro les respondió que, debido a la emergencia, carecían de él. Los nuevos inquilinos del cielo le señalaron una pradera extensa, ondulante, verde y florida que se abría frente a ellos y solicitaron mudarse a ese sitio. San Pedro les respondió: ¡Imposible! Esa explanada la tenemos reservada para los 350.000 que vienen de Manizales.*

Haber tomado parte en aquella orgía de asociaciones o analogías verbales, juegos de palabras basados en parónimos, homónimos, equívocos, parodias y sarcasmos, inventados o acomodados, memorizados y divulgados oralmente por el pueblo raso, en esta temporada, para Michael Foucault sería “como si se hubiera atravesado vivo, la muerte, pero para restituirla en un segundo lenguaje” (El Pensamiento del Afuera, Ed. Pretextos, 1988, p.58). El lenguaje de las sirenas, “de un canto futuro”, de lo disparejo, de la aparente falta de sentido como mucho de lo que nos llovió del cielo sin estrellas, por estos días. La perpetuidad cíclica de Jano.

Luzdary me susurró al oído: *Saboteando las tristezas de ayer, festejamos las alegrías de mañana.*

RESURREXIT



Mitos, fetiches y tabúes no se presentan en una cultura como líneas discontinuas y paralelas sino como sistemas estructurados de signos y símbolos que, en su debido momento, revientan entrelazados en cualquier resquicio del edificio social para salir a desempeñar su función aglutinante. Hiedras de la historia.

En enero de 1986 no hubo toros en la Plaza, ni manolas gritando “¡Ay Manizales del Alma!”, ni afiches para exhibir en las vitrinas a las reinas retozando sobre la nieve dorada. Sin embargo, Propaganda Sancho, originaria de Manizales, ideó un sustituto visual para continuar la campaña de solidaridad con la capital caldense lanzada por los medios masivos de información, utilizando unos micro-textos que alcanzaron la aceptación de un evangelio.

Los carteles han lucido hermosos en muchísimas vidrieras y vitrinas de la ciudad. Buen número de fugitivos retornó a la patria chica al escuchar este mítico canto de sirenas.

La arrogancia invencible de la raza se torna mítica en estos textos porque en ellos no se hace la exposición escueta, denotativa, científica (ni en sentido sociológico, antropológico, ni histórico) para explicar el origen de los fenómenos que concluyeron con la construcción no solo de Manizales sino de la mayor parte de Antioquia y el Gran Caldas, sobre los difíciles baluartes. Son proclamas fruto de la sugestión, planeadas en juntas de publicistas para sugestionar positivamente a un público altamente sugestionable.

Sin ahondar en elucubraciones antropológicas e históricas, aún queda por dilucidar si los caldenses o los manizaleños constituimos raza o hemos iniciado la formidable aleación de tres pueblos básicos (no razas que son cuestiones somáticas): El antioqueño, el caucano y el tolimense para obtener un pueblo síntesis “orgullosa de su pasado y segura de su futuro”.

Los míticos medios masivos de comunicación y el mito de la publicidad del que aquellos se usufructúan explotan el mito de la raza invencible para reacondicionar el hábitat de los caldenses. A los lejos, Roberto Carlos canta: “*Ahora sé lo que mi padre quería esconderme: / A veces las mentiras también ayudan a vivir*”.

Una amiga trató de desentrañar la conveniencia del mito textual y del fetichismo visual cuando, sarcásticamente, se atrevió a lanzar al aire esta deducción: *¡Quién lo iba a creer! Bastó con reproducir hasta en las boletas de fútbol y los recibos del predial*

el hermoso afiche o su texto y con eso aplacaron los nervios de los manizaleños aún desvelados por el Volcán... y tan altos impuestos.

Pero, avancemos en la desmitificación del afiche.

Esconde el nevado, motivo perpetuo de orgullo en los escudos de la Capital y del Departamento de Caldas. Mejor era ocultar tras un enorme sol de invierno el coco que hace unos días era tótem de nácar en el que cada manizaleño prendía *el collar de su cariño*.

Curiosamente, es frío el columpio de nubes regordetas dispuestas en alarde de ensoñación barroca. Esa sinfonía de azules, más que cualquier otro color, permite que descansen en su lecho los ojos desorbitados y las mentes ariscas. Nadie se enardecería ante el preámbulo de ese atardecer matinal captado desde el tradicional barrio La Palma. El arte hace el desmonte de la realidad real para ensamblar su realidad irreal.

El casco urbano de Manizales tiene, como el de pocas ciudades colombianas, un perfil espectacular o, dicho de otro modo, Manizales es una ciudad fotogénica. El yelmo blasona la mitad superior de ese signo visual. En el afiche se tapó tras un sol muerto que sigue saliendo para todos como una luna sobre la silueta de la ciudad encantada.

No se podía ocultar el perfil de la Catedral que sigue atrapando los ojos en el primer plano del dramático paisaje. Es un monumento escultórico, tanto o más que arquitectónico, levantado para contemplarlo de lejos, como símbolo de una “raza orgullosa de su pasado”.

La seguridad en el futuro a que alude el lema de la propaganda se representó con ese ‘nuevayorcito’ que ha ido germinando junto al símbolo religioso de la caldensidad. Era conveniente presentar a los manizaleños aún vacilantes el esbelto diseño de torres fetichizadas como imagen del progreso ascendente, con sus luces nocturnas encendidas a pesar del esplendente sol mañanero que domina el escenario añil.

Es, sin lugar a dudas, una nueva consagración de la casa publicitaria manizaleña, regentada por posteriores familiares de Alberto Arango Uribe, caricaturista y dibujante que ganó el concurso para escoger el escudo de la ciudad, origen del lema “Manizales, la ciudad de las puertas abiertas”.

El día de febrero en que, junto a la Pila de los Fundadores, levantaron como una bandera el enorme pasacalle que reproducía el afiche, retomamos la confianza que aún nos faltaba en la ciudad antaño dolorida y ya recobrada. Fue todo un rito alzar ante los ojos de propios y extraños el nuevo fetiche de gruesa lona que produjo inmediatamente su efecto sedante.

Los contados manizaleños que aún no se habían tranquilizado aprendieron, por lo menos, del afiche mencionado, que el miedo es ruin y no puede mostrarse en público. Es un novísimo tabú que se agazapa bajo el hechizo de la imagen que nos ha amansado: *Para el que todo lo ve negro, el sol se pone por la mañana.*

En julio de 1986, el pasacalle gigantesco frente a los Fundadores estaba vuelto hilachas por la furia del sol, el agua, los vientos y los enormes camiones; los millares de calcomanías, en buses, automóviles, ventanas y vitrinas estaban descoloridos a pesar de sus azules, último color impreso que se roba la luz.

En ese estado de cosas apareció Su Santidad Juan Pablo II, en un helicóptero sobre Chinchiná decidido a consolar con su presencia a los tristes y orar por los difuntos. La multitud escuchaba atenta la homilía pontificia hasta el instante en que un monseñor del protocolo vaticano arrebató al Papa el texto escrito y le ordenó descender de la tarima por carencia de tiempo para llegar a Medellín, en helicóptero, a ordenar 90 sacerdotes.

El siguiente es uno de los párrafos que no pudo proclamar el Pontífice acallado por un mando medio frente a la explanada de Cenicafé:

“Mirando hacia la ciudad de Manizales, colocada sobre la montaña, pienso en su raigambre cristiana y en su tradición cultural que le dan una vocación de altura moral y espiritual para irradiar a los demás la luz que brota de su vigorosa herencia de fe”.

El anterior texto es, ni más ni menos, una glosa pontificia al afiche aludido.

Ahora, una acotación a la afirmación papal: La “vocación de altura moral” es un ideal desueto. La cruda realidad está en que la ciudad “colocada sobre una montaña” “vive de sus glorias” y sucumbe, como quedó oculto en otro párrafo no leído en Chinchiná, a “los halagos del materialismo y el hedonismo”, más que cualquier otra ciudad del país sobre todo después de la erupción volcánica. Manizales, sicológicamente, se convirtió en una San Francisco a la colombiana en donde, con la ayuda de varias bonanzas económicas, la vida terrena se goza con todos los sentidos como si se tratara del minuto final. “Se va la vida, se va y no vuelve” repite el tango en las cantinas del Viejo Caldas. Parecería que el

descubrimiento y explotación de la sensualidad hiciera parte del “desafío de una raza”.

Aún resuena por cerros y cañadas el Adiós papal:

“Caldenses y manizaleños: “¡Siempre Adelante!” (En la capital de la montaña el Papa no tuvo necesidad de entablar diferencias entre los gentilicios departamental y municipal porque allí todos los medellinenses se sienten antioqueños).

Juan Pablo II, en el momento estelar de su gira por Colombia, se posó sobre el desierto de Armero en donde imprimió a sus palabras un exaltado tono dramático:

“Estos hijos tuyos, Padre de bondad, cayeron como trigo en las entrañas de la tierra para germinar en la resurrección de los muertos. Haz que mediante la solidaridad, el trabajo y el tesón de la gente de esta tierra surja, como entre las cenizas, una nueva ciudad de hijos tuyos y hermanos, donde reine la fraternidad, se renueven las familias, se llenen de pan las mesas y de cantos los hogares y los campos”.

“Bendice esta Cruz alzada aquí como signo de nuestra Redención, baluarte de esperanza, símbolo de muerte y vida, de dolor y gozo. Que todas las miradas se vuelvan hacia esta Cruz, árbol de la vida, punto de convergencia entre el Cielo y la Tierra, donde se obtiene la reconciliación y renace la esperanza”.

El mundo presenció, a través de las cámaras de televisión, cuando el Pontífice Máximo se arrodilló al pie de la Cruz, en cemento, de ocho metros de altura, recostó en ella su quemada frente polaca, intentó colocar las manos atrás como un reo, decidió sostenerlas adelante para permanecer, como un pájaro que se estrella contra un muro, el lapso indispensable mientras un clarín urgía simbólicamente la resurrección de los muertos.

La realidad y el mito quedaron canonizados. Todos respiramos en paz.

Derechos Reservados

ISBN – Obra completa 958-9092-10-1

ISBN – Título de la Obra 958-9092-09-8

Primera edición

*Impresa en los Talleres Litográficos de la Universidad
de Caldas*

Manizales, 1998

